



**CEU**

*Instituto de Estudios  
de la Familia*

---

*Universidad San Pablo*

**Documento de Trabajo**  
**Serie Ámbitos de la Mujer**  
Número 2 / 2007

## **Voces de la feminidad**

Estudios de Literatura, Lingüística y Retórica (vol. II)

---

**Ana Calvo Revilla (Ed.)**

*CEU Ediciones*



**Documento de Trabajo**  
**Serie Ámbitos de la Mujer**  
Número 2 / 2007

**Voces de la feminidad**  
Estudios de Literatura, Lingüística y Retórica (vol. II)

---

**Ana Calvo Revilla (Ed.)**

*CEU Ediciones*

Los Documentos de Trabajo del Instituto difunden los resultados de las investigaciones y reflexiones de sus equipos o de alguno de los investigadores o colaboradores en particular.

El Observatorio Universitario de la Mujer es el área del IF dedicada a la investigación multidisciplinar sobre la mujer, en todas las funciones que ésta puede desarrollar en la sociedad, prioritariamente en la familia. Los estudios se desarrollan según la metodología de las distintas disciplinas de las humanidades, las ciencias de la salud y las ciencias sociales. «Ámbitos de la Mujer» difunde los estudios del Observatorio y otros que concuerdan con sus líneas de trabajo.

Las opiniones de los autores no expresan necesariamente las del Instituto.

Serie *Ámbitos de la Mujer* de Documentos de Trabajo del Instituto de Estudios de la Familia

**Voces de la feminidad. Estudios de Literatura, Lingüística y Retórica (vol. II)**

No está permitida la reproducción total o parcial de este trabajo, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Derechos reservados © 2007, por Ana Calvo Revilla

Derechos reservados © 2007, por Fundación Universitaria San Pablo-CEU

*CEU Ediciones*

Julián Romea, 18 - 28003 Madrid

<http://www.ceu.es>

Instituto de Estudios de la Familia

Julián Romea, 23 - 28003 Madrid

<http://www.ceu.es/usp/if>

ISBN: 978-84-96860-41-4

Depósito legal: M-39302-2007

Compuesto e impreso en el Servicio de Publicaciones de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU

# Sumario

<b>Prólogo</b> (Ana Calvo Revilla).....	5
<b>I. Voces de la feminidad. Estudios de Literatura</b> .....	7
<b>Enseñar deleitando. Un análisis de las primeras publicaciones de Elena Fortún en <i>Gente Menuda</i> (Junio-Diciembre 1928)</b> (Marta García Cañete) .....	9
<b>Una voz femenina en tiempos de guerra. <i>Una mujer en Berlín</i> (Anónima)</b> (Juan Luis Hernández Mirón) .....	23
<b>Voces femeninas europeas en algunos cuadernos de notas de José Jiménez Lozano: Simone Weil y Hannah Arendt.</b> (Ana Calvo Revilla) .....	33
<b>II. Voces de la feminidad. Estudios de Lingüística y Retórica</b> .....	57
<b>Sexismo lingüístico: teorías y propuestas</b> (Ángela Pérez García) .....	59
<b>La ideología de género a través del idioma</b> (Pedro Fernández Barbadillo) .....	71
<b>Breve descripción del concepto de yihad y de su extensión a la mujer suicida en el discurso terrorista islamista</b> (Ricardo Ruiz de la Serna) .....	77



# Prólogo

El presente volumen recoge una parte de los trabajos de investigación presentados por algunos profesores del Área de Lengua y Literatura del Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala en las Jornadas “Voces de la feminidad. Estudios de Literatura, Lingüística y Retórica”, celebradas en colaboración con el Observatorio Universitario de la Mujer-CEU y del Instituto de la Mujer. En él se abordan cuestiones de gran relevancia en consonancia con las materias de estudio propuestas, pudiéndose establecer dos módulos temáticos perfectamente diferenciados: los estudios propiamente literarios y los lingüísticos desde los que se tratan cuestiones ideológicas y sociales de gran actualidad.

Dentro de lo que hemos considerado como primer bloque temático, “Voces de la feminidad. Estudios de Literatura”, la investigación de la profesora Marta García Cañete nos sitúa en los intereses de la escritora Elena Fortún, seudónimo de Encarnación Aragoneses, una mujer activa y comprometida con los ambientes intelectuales del Madrid de comienzos de siglo XX, especialmente desde que comenzara a frecuentar el Lyceum, un lugar de intercambio de teorías de corte feminista que ella compartió. Reflejo de esta actividad son los numerosos artículos que escribió durante la guerra civil española en un Madrid sitiado; aunque nunca se comprometió en partido u organización política alguna, Encarnación Aragoneses se mostró partidaria de la causa republicana con el deseo de poder acabar con el analfabetismo y con la situación de desigualdad que vivía la mujer. Durante su estancia en el exilio argentino no desaprovechó la ocasión de continuar la obra literaria emprendida y en Buenos Aires escribió *Celia en la revolución*, un texto basado en la tragedia fratricida que no fue publicado hasta los años ochenta cuando lo recuperó la Editorial Aguilar. Aunque la trayectoria literaria de Elena Fortún fue prolífica [trabajó en las revistas *Blanco y Negro*, *Cosmópolis*, *Crónica y Semana*, y en las infantiles *La moda práctica*, *Pinocho*, *Estampa Macaco*, *El Perro*, *el Ratón y el Gato* y otras, no solo de España sino también de América, asimismo escribió las conocidas historias de Celia –*Celia en el colegio*, *Celia en el mundo*; *Celia, lo que dice*; *Celia y sus amigos*, *Celia novelista* o *Celia madrecita*, *Cuchifritín*, *el hermano de Celia*; *Matonkikí y sus hermanas*; *Pues señor (cómo debe contarse el cuento y cuentos para ser contado)*–], el estudio se centra de modo exhaustivo en el análisis de los primeros artículos publicados entre junio y diciembre de 1928 en *Gente Menuda*, el suplemento infantil del dominical de *ABC*, *Blanco y Negro*, y especialmente en el análisis de todos aquellos factores que contribuyeron a la difusión de su obra como la innovación de las corrientes pedagógicas o la popularización de la literatura infantil, entre otros; se detiene también la profesora García Cañete en cuestiones pertenecientes al ámbito literario: la presencia del humor, la verosimilitud en la incorporación del imaginario fantástico que no rompe con las coordenadas costumbristas y realistas, el dialogismo y la importancia concedida a las voces infantiles, etc.

El profesor Juan Luis Hernández Mirón nos introduce en uno de los testimonios literarios más sobrecogedores que se han escrito sobre la toma de Berlín por las tropas rusas, el de la voz femenina y anónima que narra y describe los infiernos vividos durante el asedio y la caída de Berlín en el diario *Una mujer en Berlín* (Anagrama, 2005), constituido por las anotaciones de los tres cuadernos escolares que escribió entre abril y junio de 1945. La investigación realizada nos permite descubrir la riqueza poliédrica y pluridimensional de la obra, profundizando en la naturaleza del anonimato y en las motivaciones que pueden conducir a la reescritura de

este tipo de anotaciones vivenciales e intimistas, el verismo y la polifonía de una narración tras la que se ocultan tantos rostros humillados, cuya escritura parece necesaria para contar el dolor que de otro modo hubiera permanecido oculto, etc.

Esta voz de mujer anónima se suma a la de todas aquellas otras mujeres que no han temido poner palabras veraces y llenas de sinceridad a la tragedia humana que han contemplado o vivido para narrarla desde posiciones vitales o para defender la dignidad humana desde posturas más ideológicas o intelectuales, pero comprometidas también con las causas más débiles, como es el caso de otras dos mujeres, Simone Weil y Hannah Arendt, cuya presencia hemos estudiado a través de las anotaciones que figuran en algunos de los dietarios escritos por José Jiménez Lozano: *Los tres cuadernos rojos* (1986), *Segundo abecedario* (1992), *La luz de una candela* (1996) y *Los cuadernos de letra pequeña* (2003).

El estudio de la cuestión de la “woman’s sentence” y de la búsqueda de un lenguaje literario adecuado para expresar la experiencia femenina, objeto de desvelo y preocupación para escritoras como Virginia Woolf y Dorothy Richardson, es lo que ha conducido a los profesores Pedro Fernández Barbadillo, Ángela Pérez y Ricardo Ruiz de la Serna a abordar la cuestión del género y del sexismo lingüístico dentro de lo que hemos considerado como segundo bloque temático y encuadrado bajo el término “Voces de la feminidad. Estudios de Lingüística y Retórica”. Si el profesor Pedro Fernández Barbadillo se detiene en el análisis de la expresión “violencia de género”, el estudio de la profesora Ángela Pérez constituye un recorrido que, partiendo de las aportaciones realizadas por las teorías feministas y sus grandes ideólogas como Simone de Beauvoir o las norteamericanas Betty Friedan o Kate Millet, se extiende a las efectuadas sobre el sexismo lingüístico, abordando temáticas complejas como las correspondencias establecidas a partir de las tesis de Humboldt entre el sistema de la lengua y la realidad extralingüística para justificar la correspondencia entre “sociedad machista” y “lenguaje sexista” y afrontar el análisis de las formas léxicas o sintácticas que incurren en sexismo (tesis de Robin Lakoff o Eulàlia Lledó); o las establecidas entre conceptos como patriarcado y androcentrismo al entrañar una apropiación de la genericidad por parte de los varones y desde el punto de vista lingüístico la ocultación de mujer en el lenguaje; las implicaciones de los roles sociales en la lengua y la concepción del género no solo como categoría gramatical sino también semántica (tesis de Patricia Violi); la negación de una esencia de identidad entre ambos sexos y la alerta de la peligrosidad del feminismo de la diferencia (tesis de Judith Butler); el estudio pormenorizado de la polémica suscitada sobre la naturaleza simbólica o meramente arbitraria del género, entre otros.

El profesor Ricardo Ruiz de la Serna se sumerge en un tema de plena actualidad no solo desde el punto de vista lingüístico sino ideológico y social. Describe en su estudio las dos acepciones fundamentales de la palabra yihad en el Corán y se detiene en la manipulación que algunos grupos islamistas radicales ha hecho del concepto de la Yihad cuando prescindiendo de las acepciones del término, han hecho del terrorismo suicida un arma estratégica, ampliando la figura del shahid a la mujer suicida e involucrándola en su discurso terrorista islamista. Un fenómeno que se ha dio extendiendo como puso de relieve la muerte el 9 de noviembre del 2005 de la primera mujer europea que se inmolaba en una misión yihádica suicida.

El panorama que el lector puede extraer de las páginas de este libro es amplio y variado tanto por la temática abordada como por los enfoques elegidos, si bien cada uno de ellos, por sí mismo, constituye una aportación necesaria en cada uno de los temas investigados. Aprovechamos la ocasión para resaltar el esfuerzo y la colaboración prestada por el Instituto de Humanidades Ángel Ayala, por el Observatorio Universitario de la Mujer-CEU y el Instituto de la Mujer por facilitar iniciativas de esta índole que permiten ahondar y profundizar desde la literatura o la lingüística en la esencia y comprensión de la valía de la mujer.

Ana Calvo Revilla



I. Voces de la feminidad

Estudios de Literatura



# Enseñar deleitando. Un análisis de las primeras publicaciones de Elena Fortún en *Gente Menuda* (Junio-Diciembre 1928)

Marta García Cañete

Hace muchos años que escribo para los niños y que los observo con el interés de quien ha de hacerlos vivir en los libros; que los oigo hablar con la ligereza de los pájaros o con la gravedad de los hombres ya maduros; que los veo reír con risa burlona o pícara y llorar de rabia o de dolor, mostrando ya las virtudes y los defectos, la capacidad de valor y tenacidad, o la flaqueza de ánimo que han de ser las características de su vida adulta. Y así, de ver en ellos el hombre que serán, he acabado por ver en los hombres el niño que fueron.<sup>1</sup>

Estas palabras con que Elena Fortún introduce y justifica la biografía novelada del General San Martín niño, escrita en la Argentina durante los años de su exilio, nos ofrecen la luz necesaria para entender otra frase que pertenece a uno de sus últimos libros titulado *Pues señor... cómo debe contarse un cuento*. En él dice: «No puede enseñarse la Historia de la Literatura en toda su extensión si no se comienza por el cuento infantil»<sup>2</sup>, como si para entender adecuadamente la literatura de carácter general de una determinada etapa literaria fuera necesario echar un vistazo a la que fue concebida para el mundo de los niños. Como si la primera fuera un trasunto de la segunda. Como si una sirviera de espejo de la otra y en esa proyección mutua, la imagen del adulto reconoce partes de su historia que le conforman también como persona. Como si, en definitiva, para crecer y madurar no se abandonara del todo algo de lo que fuimos cuando éramos niños y por eso, desde los textos concebidos para adultos, también pudiéramos ver el niño literario que fueron.

En cualquier caso, en estas jornadas que pretenden volver la mirada para fijarla en la presencia de la mujer en la literatura, creo de obligado cumplimiento incluir en la nómina de estas particulares semblanzas a la que fue una de las voces fundamentales en la renovación de la literatura infantil de nuestro tiempo.

En realidad, si atendemos a la biografía de esta autora constatamos que hablar de ella no solo es hablar de libros para niños. Ella es en definitiva imagen de la mujer de la primera mitad del siglo XX, que fue educada en unos principios a los que no supo encontrar sentido y a la vez participó de todas las corrientes de promoción cultural de la mujer que tuvieron lugar en la España –en el Madrid, en concreto– de la segunda década del siglo. Casada a los 21 años con Eusebio de Gorbea, militar de profesión y escritor por vocación, vive hasta pasados los cuarenta años de ciudad en ciudad siguiendo los destinos de su marido y volcada en el cuidado de su familia hasta la muerte del hijo menor, que ocurre cuando apenas tenía diez años. El golpe es tan fuerte que Encarnación Aragoneses, verdadero nombre de Elena Fortún, no se recuperará nunca. Sin embargo, una estancia de dos años en Canarias, junto a su íntima amiga Mercedes y toda la familia de esta, le devolverá las esperanzas y la proyección de la que su vida parecía carecer. Allí será también cuando publique sus primeros

<sup>1</sup> Elena Fortún, *San Martín niño. La infancia imaginaria del libertador*. Buenos Aires, 1948, nota de la autora, p. 9.

<sup>2</sup> Elena Fortún, *Pues señor... Cómo debe contarse un cuento y cuentos para ser contados* (1941) Prólogo Carmen Bravo Villasante. Barcelona: Olañeta, 1991, p. 26.

artículos. A su vuelta a Madrid, se pone en contacto con todas las intelectuales del momento<sup>3</sup> y empieza a frecuentar el Lyceum Club, un centro para mujeres creado por María Maeztu al que podían ir las señoras a tomar el té y a recibir charlas formativas y culturales<sup>4</sup>.

Toda la intelectualidad de la época pasará por el Lyceo,<sup>5</sup> de tal modo que también se convierte en lugar de encuentro para la exposición de muchas teorías de corte feminista que Encarna compartía. Es en este momento cuando descubre que su camino está ligado a la escritura<sup>6</sup>. Desde entonces, todas las demás vicisitudes de su vida quedarán reflejadas en su obra. Su vivencia de la guerra, el exilio a Buenos Aires con su marido, que morirá allá años después, las nuevas amistades, la vuelta a España, la vida imposible en Estados Unidos con su hijo y su nuera y los últimos años pasados entre Barcelona y Ortigosa del Monte, un pueblo situado en la sierra segoviana, hacen de Elena Fortún un testimonio de todas las conquistas del siglo XX y de todos los conflictos que dichas conquistas trajeron consigo. Reflejo de la mujer de entonces: innovadora y portadora de una tradición de la que no se quiere desprender del todo, su imagen, como su nombre son los de una mujer que quiso vivir otra vida desde la literatura.

De todos los aspectos de su interesantísima obra, voy a fijarme únicamente en el que se refiere al modo como logró una renovación de la literatura para niños que ya aparece prácticamente sin retoques en sus primeros artículos y que se desarrollará con perfección a lo largo de toda su producción literaria.

En concreto me estoy refiriendo a los primeros artículos publicados entre junio y diciembre de 1928 en *Gente Menuda*, el suplemento infantil del dominical de ABC, titulado *Blanco y Negro*. En total son dieciséis artículos de los que cuatro son cuentos que no voy a comentar porque merecerían un tratamiento especial.

Puesto que el título de mi exposición compendia el lema de las condiciones que regían los planteamientos de la literatura escrita para niños, daré al menos un apunte sobre cuáles eran tales principios.

La máxima clásica del *instruir deleitando*<sup>7</sup> había encontrado verdadero eco en una sociedad en la que la preocupación por la instrucción del niño empezaba a cobrar fuerza en parte promovida desde una concepción burguesa que pretendía mantener sus propios condicionamientos sociales.

El auge del realismo y del naturalismo había incorporado a los relatos infantiles una variedad de personajes, de asuntos y de objetos cotidianos, al mismo tiempo, que el retorno al costumbrismo —registrado también en aquellos años— contribuía a que las creaciones de esta época se caracterizaran por el dominio de lo descriptivo, de la preocupación por el reflejo fiel de la vida diaria y por la presentación de unos comportamientos idealizados a través de personajes que se presentaban como posibles espejos de los problemas y circunstancias que rodean al menor.

---

<sup>3</sup> «[...] volvió a entrar en contacto con las personas a quienes había conocido en las tertulias literarias que su marido organizaba cuando vivían en la calle Ponzano. Sus amigas recuperadas fueron, esencialmente, dos: María Lejárraga, la mujer de Gregorio Martínez Sierra, y María Martos, la mujer de Ricardo Baeza» (M. Dorao, *Los mil sueños de Elena Fortún*, Universidad de Cádiz, 2000, p. 87). Fueron ellas quienes la introdujeron en los círculos literarios de la época.

<sup>4</sup> Un breve compendio de la historia y formación del Lyceum lo ofrece el prólogo de Carmen Martín Gaité a *Celia lo que dice*, Alianza Editorial, 1995, pp. 12-23, que es la edición de cita que utilizamos en estas páginas.

<sup>5</sup> Entre otros, escritores como García Lorca, Alberti, Unamuno y Benjamín Jarnés.

<sup>6</sup> Sus primeros artículos habían sido publicados en el periódico canario *La prensa* durante el último año que Encarnación pasó junto a la familia de su amiga Mercedes. A su vuelta a Madrid continúa con otras publicaciones hasta que en 1924 sus amigas María Baeza y Pura Ucelay la presentan a María Lejárraga, quien a su vez le pone en contacto con don Torcuato Luca de Tena. A partir de este encuentro, comenzarán sus colaboraciones en *Gente Menuda*, el suplemento infantil de la revista *Blanco y Negro*. Véase también Carmen Bravo Villasante, «Elena Fortún y los libros de Celia. Datos sobre su vida y su obra», en *Elena Fortún (1886-1952)*, Temas de literatura infantil, n.º 6, publicaciones de la Asociación Española de Amigos del IBBY, 1986, p. 8.

<sup>7</sup> Ya Horacio había señalado en su *Epístola ad Pisones* que una de las dualidades ante las que se enfrenta el creador literario es precisamente la de elegir a cuál de estas dos finalidades concede la primacía sobre la otra. *Instruire y Delectare* se presentan así como las dos caras de algo que es inherente a toda creación.

De este modo, el niño ganaba protagonismo en estos relatos, sí, pero era siempre visto desde la óptica adulta y bajo el prisma de lo que el educador concebía como adecuado para su formación. Por eso, porque promueve y mantiene los postulados de una burguesía floreciente y segura de sí misma, las creaciones literarias presentan protagonistas modélicos, sujetos a una instrucción dirigida a ocupar un papel predeterminado en el conjunto social establecido. Por la misma razón también eran relatos edificantes en los que después de una serie de degradaciones del personaje, la narración solía terminar con un reconocimiento al esfuerzo, a la abnegación o a la generosidad de su actitud. La recompensa normalmente consistía en una vida de adulto en la que desarrollaba un trabajo digno rodeado de una familia cariñosa con la que vivía en una hermosa casa<sup>8</sup>.

En 1837 se había publicado en Italia el *Gianneto*, de Luigi Alessandro Parravicini, que llegó a contar con traducciones y ediciones hasta bien entrado el siglo XX.<sup>9</sup> Siguiendo el modelo de esta publicación, Pilar San Juan escribe hacia 1885 *Flora o la educación de una niña* y Calleja, el clásico *Tesoro de las escuelas*, fiel trasunto de la obra de Parravicini, mostrando la perfecta simbiosis que existía entre la literatura para niños y los textos escolares.

A principios del siglo XX este modelo literario sigue vigente y prueba de ello, entre otras muchas, son las ocho ediciones que en 1913 había alcanzado un libro de Pilar Oñate, titulado *Victoria*. A pesar de ser menos famoso que *Flora*, todavía se reeditará de nuevo en 1929. Por ser este más cercano en el tiempo a los textos de Elena Fortún, me referiré especialmente a él.

Escrito en forma epistolar, se presenta a Victoria, una niña de doce años, que hasta entonces había vivido en el campo en compañía de su madre. El relato comienza cuando se traslada a Madrid para pasar una temporada en casa de sus tíos. Vaya como testimonio de la actitud pedagógica de corte decimonónico que preside el libro la dedicatoria de la propia autora:

A Doña Matilde García del Real, Inspectora de las Escuelas públicas y de párvulos de Madrid.

Hace algunos años que, en una de las primeras visitas que hizo usted a mi escuela, sorprendió a las niñas leyendo en el admirable libro de Amicis, *Corazón*. Hablando de las condiciones de esta obra, única en su clase, usted dijo: Es lástima que no haya un libro análogo a este consagrado especialmente a las niñas españolas. Pensando en lo que acababa de oír, empecé a escribir *Victoria*. [...] Amicis consiguió —y yo he pretendido— que los niños que aparecen en escena sean seres de carne y hueso, con sus pequeñas pasiones sus momentos de entusiasmo, sus instantes de desfallecimiento<sup>10</sup>.

Como se puede ver, es una literatura que surge a la sombra de los clásicos extranjeros pero en la que ya se detecta algo que Elena Fortún logrará hacer maravillosamente bien: conseguir que el relato muestre a un «niño de verdad». Como Pinocho. Por eso Victoria no es modélica en todo. Es el mundo de los adultos el que le sirve de referencia para ir encauzando las tendencias de su carácter o los problemas de relación. A través de sus cartas escritas en primera persona contará el inicio del colegio y su primer disgusto en la escuela, los exámenes, las fiestas de Navidad, la excursión al Retiro, o el desplazamiento a la casita de campo «en un pueblo próximo a Madrid»<sup>11</sup> que tienen los padres de una amiga. Algunas prácticas de la vida social, como

<sup>8</sup> Es lo que ocurre con numerosísimos personajes de los relatos de moda por entonces tales como el famoso *Gianneto*, de Parravicini o con *La buena Juanita*, de Fornari. En España, la autora de *Flora o la educación de una niña*, considerada como nuestra «Juanita autóctona», escribirá una continuación de su historia precisamente con la narración de la madurez de Flora en *Escenas de Familia* (h. 1886).

<sup>9</sup> Un ejemplo de la influencia que tuvo esta publicación en España es la versión libre del Juanito a cargo de Tomás de Aquino Gallissa (aparecida en Barcelona: Faustino Paluzie, 1876) que conoció distintas reediciones hasta los años cincuenta, ya en los fondos de la imprenta Elzevierian, de Barcelona.

<sup>10</sup> *Victoria. Libro de lecturas para niñas*. Madrid: Imprenta el magisterio español, s/a.

<sup>11</sup> *Ob. cit.* p. 119.

las visitas, las invitaciones o la celebración del cumpleaños completan la imagen costumbrista y cotidiana que rodea la vida de Victoria como la de muchas niñas de su tiempo. El fomento del trato fraternal que se extiende a las compañeras de su clase, incluidas las nuevas, el amor a la patria, el respeto a la naturaleza o el denuesto de costumbres como el Carnaval responden adecuadamente a la intención instructiva del texto. Incluso, desde la posición media de su familia, hablará de las acostumbradas «visitas de caridad», de las amigas que tienen que ejercer de «madrecitas» con sus hermanos con todos los desvelos que conlleva, de los niños huérfanos que viven en los hospitales... Por último, experiencias como la enfermedad, los accidentes y hasta la muerte de una compañera completan las enseñanzas que Victoria recibe de ese mundo adulto que le rodea formado por su maestra, sus tíos y la presencia de su madre a través de la correspondencia epistolar.

Sin embargo, a pesar de este tratamiento profundamente realista, el personaje resulta muy poco natural y carente de vida propia.

Durante esos mismos años, junto a estas posiciones poco innovadoras en cuanto a temas y tratamiento, conviven algunas semillas de lo que luego será el movimiento renovador<sup>12</sup> de la literatura infantil, desarrollado durante las tres primeras décadas del siglo XX, que tuvo su origen en dos cambios fundamentales respecto al periodo anterior:

El primero, **la diferente actitud frente al niño** que influye en todo el ámbito pedagógico con el perspectivismo que promueven los movimientos de vanguardia —entre otros el dadaísmo<sup>13</sup> y el surrealismo—, pero también se debe a la corriente de innovación pedagógica que cuaja en proyectos educativos como la Institución Libre de Enseñanza<sup>14</sup>.

En segundo lugar, es determinante **la popularización de la literatura infantil** pues rompe los moldes a los que se había ajustado durante el siglo XIX, periodo en el que quedaban circunscritos únicamente al ámbito escolar. Este logro se debe en buena medida a la labor editorial de Saturnino Calleja Gutiérrez que concibió la literatura para que llegara a todos los niños. Sus dos hijos, Rafael y Saturnino, continuaron la política de publicar los mismos cuentos en distintos formatos, puesto que los que aparecían en colecciones más caras<sup>15</sup> también se editaban en muchos casos en un formato menor, más asequible<sup>16</sup> y al alcance de todos.

Además, es interesante constatar que el mundo del juguete comienza a florecer en estos años, como si desde el punto de vista económico también se hubiera desvelado el enorme filón comercial que supone incorporar los niños a la cadena de consumo. Así aparecen las famosas casitas en miniatura, las cocinitas, los caballitos de cartón, la presencia de los carísimos peluches y de las muñecas, remedos de las niñas reales, que sin

<sup>12</sup> Este tipo de coexistencia de tendencias renovadoras y conservadoras se da también en la producción de algunos autores de la época como por ejemplo en Francisco Pi y Arsuaga que en 1898 había publicado *Carlos (Libro de lectura enciclopédica para niños)*, siguiendo el comentado modelo de *Juanito* y solo tres años más tarde, en 1901 publica *Preludios de la lucha (Baladas)*, de tono y temática completamente insólitos. Es curioso también constatar, por ejemplo, que Matilde García del Real, inspectora pública a la que Pilar Oñate dirige su decimonónica *Victoria*, sea sin embargo requerida por la novísima Residencia de señoritas en el ciclo de conferencias dirigidas a las estudiantes de Magisterio —en ese momento, las más numerosas—, que tuvo lugar en el segundo año de su fundación y cuyo programa era el siguiente: seis conferencias sobre Historia de la Música por Ramón María Terreiro, dos sobre Arte por Magdalena Fuentes, una sobre la Educación en Bruselas por Matilde García del Real y otra sobre Educación en España por Purificación Saiz.

<sup>13</sup> Recuérdense, entre otros, los poemas XXXX y X de *Trilce*, en los que un autor tan ajeno a las preocupaciones infantiles, como pueda ser César Vallejo, incorpora en su lenguaje expresiones propias del mundo infantil.

<sup>14</sup> Muchas fueron las iniciativas surgidas a la zaga del espíritu de la Institución, tales como la Junta para la Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes, el Centro de Estudios Históricos o el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales, entre otros. Sin embargo, la urgencia de renovación pedagógica sobrepasaba los límites de la Institución libre de Enseñanza, y da lugar a la creación de otros proyectos educativos no vinculados con ella, tales como la Institución teresiana, a cuya iniciativa se debe la fundación de la primera residencia universitaria femenina de Madrid, en 1914, un año antes de que abriera sus puertas la inspirada por la Institución Libre de Enseñanza.

<sup>15</sup> Esta variedad abarcaba desde colecciones como Cuentos de Calleja en colores, con tricromías en muchos casos, hasta las ediciones de lujo entre las que destacaban los volúmenes de la preciosa Biblioteca Perla encuadernados en pasta dura y con hermosos grabados. En realidad, era la más cuidada en su presentación y para la que se reservaban las traducciones más selectas de los grandes clásicos.

<sup>16</sup> Como los minúsculos *Juguetes Instructivos*, colección de pequeño formato (70 x 100 mm) que en dieciséis páginas lograba reunir un cuento breve, una «charada», un pasatiempo, un chiste y aún dejaba la contraportada para publicitar alguna novedad editorial de Calleja. Se vendían por separado, a un ínfimo precio para que todos pudieran comprarlo. Existía, incluso, la posibilidad de adquirir una caja metálica en la que guardar varios tomitos.

embargo aún no estarán al alcance de todas las economías y uno de cuyos exponentes será, ya mediado el siglo, la famosa Mariquita Pérez.<sup>17</sup>

Hoy día el reconocimiento social de la literatura infantil es una realidad incuestionable, pero es cierto que el auge que vive hoy la literatura infantil, además de a la labor editorial de determinadas empresas como Calleja, Araluce, Bastinos, Molino, o Juventud, entre otras muchas, se debe también a autores de la talla de Elena Fortún que contribuyeron a ennoblecirla con la calidad literaria de sus historias para niños.

Vamos a detenernos a ver cuáles son las claves renovadoras de su producción que están presentes ya en sus primeros artículos.

Antes de empezar a colaborar con la sección infantil de la revista *Blanco y Negro*, Elena Fortún había escrito en *La moda práctica* y luego lo hará para *Pinocho*, *Estampa*, *Macaco* y otra serie de revistas más<sup>18</sup>. Me voy a centrar únicamente en las primeras publicaciones en *Gente Menuda*, en el año 1928 por ser las que preludian lo que luego constituye toda la saga de Celia.

.-En primer lugar, **prima el humor sobre lo formativo. Pero es un humor sobre todo infantil, que pueden entender los niños**. Elena Fortún nunca hará chascarrillos ni juegos de palabras con doble intención que muevan a la risotada. Es la risa de los niños lo que busca y lo que consigue con sus diálogos en tantos casos magistrales<sup>19</sup>.

Su primera colaboración se titula «Un problema» (aparece el día 3 de junio). En ella reproduce la conversación que mantienen dos amigos, Pepín y Totó, sobre la preocupación de uno de ellos a causa de la petición de mano de su hermana y las dudas sobre si sentirá dolor al tener que separarse de la mano. «¿Y para qué la quiere?», cuestionará con la lógica de los niños el otro amigo. Ya tenemos a la misma Elena Fortún que, más adelante, jugando con el lenguaje a veces ilógico de las frases hechas, hará decir a Celia cuando habla de su gata: «Pirracas era de la abuelita, que la quería más que a las niñas de sus ojos. (Eso también lo dice Juana) Y como la abuelita se ha muerto, ahora es mamá la que quiere a la gata más que a esas niñas»<sup>20</sup>.

La siguiente semana, bajo el seudónimo de Doña Quimera, escribe «Los milagros de la vida corriente» además del cuento de «Las hermanas cigarras». Me ciño exclusivamente al articulito en el que dice:

¿Sabes por qué están tristes y aburridas las personas mayores? Pues porque nada les interesa. Como han visto muchas veces salir el sol, volar los pájaros y correr el agua, se figuran que todo ello es lo más natural del mundo. En cambio, tú, como tienes los ojos nuevos, estás siempre asombrado. [...] Yo he de esperar que tú me preguntes. Te contaré por qué anda el reloj, por qué se enciende la luz, por qué canta el gramófono... Y cuando juntos veamos, tú y yo, todo lo que tenemos que agradecer a tantos hombres, [...], nos hará más buenos la gratitud. [...] También te contaré por qué corre el agua por los arroyos, por qué las estrellas no se ven de día, por qué tienes fiebre cuando estás enfermo... Y verás cómo nada puede compararse a la divina perfección de lo que está hecho

<sup>17</sup> Un ejemplo de la importancia que empieza a tener el cuidado de las muñecas en el mundo infantil aparece también entre las primeras colaboraciones de Elena Fortún que tienen lugar en *Gente Menuda*, el apartado infantil del suplemento *Blanco y Negro*. En los artículos titulados «Problemas del hogar. La casa de muñecas» (19 de agosto de 1928) y «El veraneo de las muñecas» (16 de septiembre 1928), los dos firmados con el seudónimo *Luisa*, se exponen varias posibilidades de arreglo y confección manual en concreto de los vestidos de «Serafinita y de Julieta», que la protagonista había dado a Solita, la hija del portero.

<sup>18</sup> Para una bibliografía sobre la obra de Elena Fortún, ver VV.AA., *Homenaje a Elena Fortún (1886-1952)*, Temas de literatura infantil. n.º 6, publicaciones de la Asociación Española de Amigos del IBBY, 1986, p. 60-77.

<sup>19</sup> Algunos críticos relacionan su maestría para los diálogos con el apoyo que siempre brindó a la obra de un enamorado del teatro como fue su marido, Eusebio Gorbea.

<sup>20</sup> *Celia lo que dice*, ed. cit. p. 49.

por Dios. Y cómo también, cuando sepamos esto, nos hará más buenos todavía esta nueva gratitud.  
[...] Y tus ojos, que ahora son nuevos, no envejecerán nunca. Porque siempre preguntarán por qué.  
[...] *Doña Quimera*.

En este texto aparece otra de las características fundamentales: **la contraposición entre dos mundos antagónicos y enfrentados, el del adulto y el del niño**<sup>21</sup>. Elena Fortún, por supuesto, toma partido por el segundo hasta el punto de provocar en el lector la sospecha de a qué obedece tanta recriminación al mundo adulto, como si la propia autora no lo fuera... Y sin embargo, ¿no es también una sutil invitación para los mayores —«y tus ojos no envejecerán nunca»— a tener esta otra actitud ante la vida, a mirarla siempre con los ojos nuevos «porque nos hará más buenos la gratitud», a no renunciar nunca a esa mirada siempre abierta?<sup>22</sup>

Respecto a la visión del niño quiero hacer notar cómo Encarna le trata como si fuera bueno. Pero más allá de lo que la crítica ha señalado sobre su idea de la bondad natural, en realidad a Elena Fortún no le importa si son buenos o malos los niños. En el epílogo a un libro muchos años posterior el de *Los cuentos que Celia cuenta a las niñas*, se acercan a ella algunos chicos con ínfulas de superioridad que la contadora de cuentos se limita a transcribir pero no lo juzga<sup>23</sup>. También Celia es una niña a veces caprichosa y alocada y desde luego agotadora, vista desde la perspectiva de una madre, pero nunca nos lo pareció si lo leíamos de niñas, porque no hay crítica hacia ella. **Elena Fortún ha tomado partido por otra forma de educar**. Ya no admite el enseñar mostrando la parte amarga como si fuera el único modo de educar. Parece más bien partidaria de ese postulado de Antoniorrobles sobre educar en «la moralidad por la ausencia absoluta de inmoralidad»<sup>24</sup>. Educar en la bondad por la ausencia de maldad. Parece que Elena Fortún ha entendido que **se educa más por imitación** que por la reconvencción de las cosas... y desde luego es lo que lleva a la práctica con total maestría:

Los que leíamos Celia —permitidme el alegato nostálgico— y sólo ciñéndome a los primeros títulos de la serie, teníamos muy claro que no era recomendable meter en la bañera a nuestro hermano o subir un burro en ascensor o ascender por la fachada hasta lo alto de una torre por mucha estrella que prendiera de ella. Y sin embargo, capítulo tras capítulo, sí se nos pegaba el corazón de Celia, su forma de ver la vida desde el propio mundo interior que enriquece con su magia la vida real, y compartíamos su forma de sentir, eso que hacía que agradeciera cualquier atisbo de afecto en las madres del colegio, o la misericordia por el mendigo al que cree San Pedro, o por el burrito que unos chicos llevan a matar, o por los cachorros de Dalila, la perra de la sierra, o por la pena del abuelo de Carlota cuando quieren vender la ermita...

Ahora bien, Elena Fortún escribe no para que lleguemos a ser como Celia ni con la intención de cambiar a sus lectores. Más bien se hace evidente que si quiere que alguien cambie, esos son los mayores. A ellos sí que les juzga como veremos claramente en la serie de artículos «Celia dice a su madre».

<sup>21</sup> Recuérdese en este sentido, el prólogo al libro *Celia lo que dice* (ed. cit), o los planteamientos de Cuchifritín o Matonkiki, otros personajes de la serie, que viven en permanente confrontación con el modo de entender el mundo de los adultos.

<sup>22</sup> Esta es otra de las claves de su literatura: a través del mundo de los niños se engarzan mensajes que también tienen sentido para los mayores. Y es que, en el fondo, a través de esta dualidad, también Encarnación Aragoneses se está contando a sí misma.

<sup>23</sup> «El hermano de Paloma me ha encontrado en la estación esta mañana y me ha dicho con aire de suficiencia:

-¡Dicen que tienes mucha gracia para contar cuentos! ¿Es verdad?

-No sé... Que lo creas o no, depende de quien te lo haya dicho.

-¡Quién va a ser!... La mona de mi hermana [...]. ¡Me figuro que serán payasadas!

-Unas sí... y otras no.

-Oye..., ¿te molesta si voy una tarde?

-No; pero me parece que no te van a gustar [...], las protagonistas son niñas.

-[...] ¿Y no sabes otros que les sucedan a chicos?

-¡Sí! ¡Claro!

-¡Ah, bueno!... Pues el día que yo vaya, cuentas de esos.

-Así lo haré. [...] Y para los que no puedan venir, escribiré un libro nuevo que se llamará: *Los cuentos que Celia cuenta a los niños*. (Elena Fortún. *Los cuentos que Celia cuenta a las niñas*. Madrid: Aguilar, 1982, p. 173-174).

<sup>24</sup> Antoniorrobles, Prólogo a *26 cuentos infantiles en orden alfabético*. Madrid: CIAP, 1930. Tomado del homenaje coordinado por García Padrino, que lleva por título *Nuestro Antoniorrobles* (Temas de literatura infantil. n.º 19, publicaciones de la Asociación Española de Amigos del Libro Infantil y Juvenil, 1996, p. 14).



No vuelve a aparecer una colaboración de Encarnación Aragoneses hasta el 12 de agosto, aunque en este caso, es doble: uno de los textos, que trata sobre el ingenio humano y el sentido que tiene el esfuerzo a la hora de aprender y de mejorar, aparece firmado con el seudónimo de Doña Quimera. El otro artículo se encuadra dentro de la corriente pedagógica que pretende instruir al niño con una serie de explicaciones sobre cuadros. Lo que me interesa señalar es que por primera vez aparece el seudónimo que luego mantendrá hasta el final de su vida<sup>25</sup>: Elena Fortún. En realidad, era un nombre tomado de una de las obras escritas por su marido, cuyo título era *Los mil días de Elena Fortún* (Madrid, Calleja, 1924). Consistía en una recreación de la historia de las principales ciudades visitadas por la protagonista, de la que Encarnación Aragoneses toma su nombre<sup>26</sup>.

La siguiente semana, el 19 de agosto, aparece, dentro de la sección titulada Problemas del hogar, «La casa de muñecas», firmado por Luisa. El mundo de los juguetes y las obras manuales además de ser habitual en el suplemento, que ya contaba con artículos sobre cómo elaborar cometas, de Rodolfo Salazar, por ejemplo, vuelve a ser tratado, también bajo el seudónimo de Luisa, el 16 de septiembre. Esta vez con el título de «El veraneo de las muñecas», y todo el trajín que supone para las «niñas mamás» en cuanto a la elaboración de los vestidos para Serafinita y Julieta que se habían quedado sin ellos desde que se los «di a Solita, la hija del portero» tal y como ocurre también en el primer capítulo de lo que luego será el libro de *Celia lo que dice*, en el que, después de su conversación con el rey Baltasar reparte sus juguetes con Solita con los consiguientes aspavientos de los mayores.

En esta acción, contada con infinita sencillez, ya no queda nada de las famosas «visitas de caridad» presentes en las obras de corte decimonónico. Otro **tópico desterrado a fuerza de naturalidad**. Y es que, precisamente esta naturalidad tiene su origen en algo muy propio de Encarnación Aragoneses: la disminución de las diferencias sociales entre los niños. Ella, que elige contar la historia de una niña de clase media alta de Madrid, perfilará un personaje que estará de parte de los desfavorecidos, lo que justifica que Celia cuenta entre sus amigos a Lamparón y Pronobis, o que elija irse con Solita a los carnavales porque allí se lo pasará mejor que tomando marronés y tartinas de mantequilla, o que se ponga a servir para ayudar a la economía familiar...

Son tres las colaboraciones que aparecen sobre cuadros de Museo: el 2 de septiembre, titulada «El toisón de oro»; «Las Meninas», del 16 de septiembre y «El bobo de Coria», del 2 de diciembre.

Sólo incluyo el inicio del primero que sirve de ejemplo, de nuevo, del cambio de tono y de perspectiva con que Elena Fortún hace evidente su apuesta por el mundo infantil.

El domingo te llevó papá al museo y te quedaste parado delante del retrato de Carlos V [...]

-¿Quién es ese señor, papá? –preguntaste.

-Carlos V. Está pintado por Tiziano. ¿Te gusta?

-¿Por qué lleva ese collar con la piel del corderito colgando? [...]

Y en una sucesión de preguntas y respuestas se va informando del sentido del cuadro y de la Historia. Nada que ver con *Carlos. Libro de lectura enciclopédica para niños*, de Pi y Arsuaga ni con ninguna de las otras versiones del clásico Juanito.

<sup>25</sup> De hecho, estando ya muy enferma, hospitalizada en una clínica de Barcelona, continúa recibiendo cartas a nombre de Elena Fortún. Véase Marisol Dorao, *ob. cit.* p. 360.

<sup>26</sup> «Yo, de todas formas, nunca he tenido condiciones ni para los nombres ni para los títulos. ¡Siempre era Eusebio el que los ponía!» Palabras de Elena Fortún que afirman que fue su marido quien sugirió alguno de los mejores nombres de la familia Gálvez. También Marisol Dorao dice en nota a pie de página que los acertadísimos e inmortales Matonkikí y Cuchifritín son sugerencias suyas. (Ver *ob. cit.* pág. 272, nota 138).

En esta misma línea se sitúan los artículos publicados en la serie «Los milagros de la vida corriente» que se había iniciado con el ya citado que aludía a la mirada siempre nueva del mundo de los niños. En estos otros, Doña Quimera habla de «Por qué arde el carbón» (9 de diciembre) o de cómo se inventó la máquina de hilar (11 de noviembre) o sobre cuál es la razón por la que anda el tren (2 de septiembre).

El 10 de junio sólo dos semanas antes de la primera colaboración de Elena Fortún en *ABC* había aparecido el artículo escrito por Ramiro Merino que comenzaba «Desde los cuatro hasta los 12 años los chicos no tienen más que un deseo o, por lo menos, un deseo que predomina sobre todos los demás: Píntanos un tren [...]» y tras comentar lo mal que los padres dibujan los trenes termina sentenciando

«un tren pintado por un amoroso padre de familia es casi un tren botijo [...] Por eso comprenderéis, queridos peques, que los papás se resistan a pintaros trenes, porque les falta el entusiasmo que sentís vosotros. Decidles que os pinten niñeras».

Cuando Elena Fortún habla de los trenes dirá:

Has de saber, si ya no lo sabes, que en el agua vive un misterioso duende que sólo espera ser transformado en vapor, gracias al fuego, y escapar hacia las nubes como si fuera un ángel o un aeroplano. Unos señores que estudiaban mucho aprendieron a manejar a esta raza de seres que viven en la naturaleza y a convertir al pobre duendecillo del agua en un servidor nuestro. Y entonces inventaron la máquina del tren. [...] *Doña Quimera*.

Sencillamente es genial la forma que tiene de recuperar el imaginario de lo fantástico que es tan genuino del tiempo de la infancia y de incorporarlo sin fisuras a lo real. Ya tenemos otra de las características presentes en la saga de Celia y que a la vez coincidirá con los grandes clásicos universales de comienzos de siglo, tales como *Mary Poppins* o *Alicia*.

Y por fin llegamos a comentar los artículos de Celia. La primera colaboración era del domingo 24 de junio y llevaba por título *Celia dice a su madre*.

Celia ha cumplido siete años. La edad de la razón. Así lo dicen el Catecismo y las personas mayores.

Celia es rubia, tiene el cabello de ese rubio tostado que, con los años, va oscureciéndose hasta parecer negro. Tiene los ojos claros y la boca grande. Es guapa. Mamá se lo ha dicho a papá en secreto, pero ella lo ha oído.

No se envanece por tal cosa. Es seria, formal, reflexiva, razonadora... Porque ¿de qué serviría haber alcanzado la edad de la razón si no sirviera para razonar?

Así, pensando y pensando ha venido a sacar en consecuencia que, siendo los mayores tan grandes y tan ásperos, tan diferentes en todo a los niños, no pueden comprender nada de lo que los niños piensan o hacen.

¡Pero vaya usted a quitarle de la cabeza a una persona mayor que es ella la que debe mangonear!

Que se queda Celilla con los ojos muy abiertos, contemplando los leños que arden en la chimenea, pues dice mamá: Juana, acueste usted a la niña, que se está durmiendo. Que al coger una porcelana de la vitrina se cae y se rompe, ¡Dios mío, qué escándalo y qué regañina!... Como si ella no lo sintiera más que nadie.

Algunas veces está triste (le dan tantos disgustos) y tiene tanta pena que, aunque haya llorado mucho,

los sollozos la ahogan todo el día. Entonces, los mayores dicen «¡Dios quiera que nunca tengas que llorar por algo más grande!» Y en seguida: «¡Feliz edad! ¡Qué dichosos son los chiquillos!»

¡¡Dichosos!! Ellos sí que lo son, que se van a la calle cuando quieren, se acuestan cuando les parece bien, comen lo que les gusta y rompen lo que se les cae, sin que nadie acuda a darles azotes.

¡Y qué tono se dan! «Cuando las personas mayores hablan, los niños no rechistan». «A los mayores no se les contradice nunca». «En la mesa: A comer y a callar»... No sé adónde llegarían las cosas si hubiera que callarse siempre.

Felizmente, ella tiene siete años. ¡La edad de la razón! ¿Será por haber pasado de esa edad por lo que los mayores no comprenden las cosas más sencillas?

De todas las incomprensiones, las que más le duelen a Celia son las de su madre porque ¡la quiere tanto! Afortunadamente para todo hay remedio en este mundo.

Ella dirá a su mamá todo cuanto sería preciso hacer para que todos fueran felices. Se lo dirá con cariño, tiernamente, como una buena hija; y su mamá que es bastante razonable aunque es mayor, la oír, la cogerá en sus brazos, la besará y se reirá mucho y no la hará caso.

¡Oh, de eso está segura! ¡Pero ella habrá cumplido con su deber!

Por un lado, es un **personaje prototípico**: niña buena que es a la vez una niña guapa. Entre los precedentes literarios se encuentran las creaciones aparecidas en la etapa anterior del suplemento Gente Menuda (1906-1910) firmadas por M<sup>a</sup> Atocha Ossorio y Gallardo que presentaba como protagonistas a unas chiquillas ingenuas y graciosas en medio de diferentes peripecias cotidianas. Clara referencia, sin duda, para el planteamiento de las entregas semanales protagonizadas por Celia, una vez que el mismo suplemento iniciaba una segunda etapa más ambiciosa en su dedicación a los lectores infantiles.

Elena Fortún mantiene el mismo modelo infantil concretado en una niña real rodeada de adultos, cuya vida discurre por los cauces propios de la burguesía media-alta del Madrid de los años 20. **Costumbrismo, realismo y personajes infantiles son constantes presentes en su obra.**

Ahora bien, a partir de ahí, por medio de sus cuentos y de sus colaboraciones, por la forma que tiene de dirigirse a los niños, por lo divertido de sus relatos, por la presencia constante del humor, de los juegos y de la imaginación propia de la lógica infantil, trascenderá y reelaborará la máxima clásica de tal modo que el deleite primará siempre en sus relatos y la enseñanza moral realmente irá dirigida al mundo de los adultos. Y ¿cómo consigue exactamente que esto funcione con tanto éxito? Lo primero que hace, es **dejar de moralizar** y reducir a la vez la crítica para dirigirla a los mayores **dando voz propia al protagonista infantil** sin convertirlo por ello en un personaje antimodélico. Así lo hace en este primer artículo cuando exclama, en pura reclamación infantil:

¡Y qué tono se dan! «Cuando las personas mayores hablan, los niños no rechistan». «A los mayores no se les contradice nunca». «En la mesa: A comer y a callar»... No sé adónde llegarían las cosas si hubiera que callarse siempre.

Y el éxito queda asegurado cuando, al darle voz propia, el protagonista cobra vida también... porque es cierto que Celia era un personaje real para todos sus lectores, como veremos más adelante.

Los otros dos artículos que aparecen de la serie Celia dice son los que luego constituirán los capítulos 4 y 6 del libro primero de la colección, *Celia lo que dice* Me refiero a los titulados «Promesas sin cumplir»<sup>27</sup> y, según

<sup>27</sup> Elena Fortún, *Celia lo que dice*, ed. cit., págs. 64-68.

las ediciones, «Mamá se va»<sup>28</sup> o «Mami se va a la calle». Incluyo únicamente la versión íntegra del suplemento de Gente Menuda del primero, aunque anoto a pie de página las diferencias fundamentales respecto a la versión del libro publicada sólo dos años después.

Yo no puedo aprenderme la lección... ¡Es muy difícil!

Mamá, que se está puliendo las uñas, vuelve la cabeza y contempla un momento a su hija, llorosa.

-Estudia y verás cómo la aprendes –dice.

-¡Si estudio! ¡Si estudio mucho!

-Pero sin orden ni concierto... Ea, vete a tu cuarto a estudiar, que tengo mucho que hacer.

La niña no se mueve. Al fin, tímida, pregunta:

-¿Qué tienes que hacer?

-Muchas cosas. Tomar la cuenta a la cocinera, escribir dos o tres cartas y salir a las cinco a tomar el té con tía María<sup>29</sup>.

-¿Y no me puedes tomar antes la lección?

Mamá, resignándose, al fin, ante el apuro de su hija, coge el libro, diciendo:

-¡Válgame Dios, qué pesada eres! Vamos a ver qué sabes.

-¡No sé casi nada...!

-Empieza –dice mamá, impaciente.

La niña, cruzando las manos atrás y balanceándose, como todas sus compañeras de colegio, canturrea:

-«Sila, señor y tirando de Roma...»

-¡Jesús! ¡Pero qué disparates estás diciendo!

Celia se pone muy encarnada y se le llenan de lágrimas los ojos.

-Si casi no la sé... Si no...

-Pero, hija, si es que no sabes lo que dices. Vamos, ven acá... No llores. Siéntate a mi lado. ¿Qué quieres decir con eso de *tirando de Roma*? ¿Qué es eso de *tirando*? Lo que dice es «Sila, señor y tirano de Roma»... ¿Tú sabes lo que es un tirano?

Celia vacila y acaba por confesar que no, que no sabe lo que pueda ser.

-El otro día me dijiste que tampoco sabías lo que era *muchedumbre*, ni *límite*, ni *fluvial*; y así, sin saber las palabras, no es posible que aprendas la lección.

La niña mira a su madre un poco asombrada.

-¡Anda! ¡Si es por eso!... La lección nunca se sabe lo que dice...; ninguna la entiende...; ni las profesoras, tampoco.

-Pero ¿de dónde sacas esas cosas? –pregunta mamá, sorprendida.

-Pues, porque en los libros nada está claro...; todas son palabras que no se dicen nunca.

Y mamá suspira, pensando que la niña tiene razón, y que es maravillosa la habilidad con que en los libros las cosas más sencillas se hacen incomprensibles.<sup>30</sup>

-¡Si tú me explicarás! –dice Celia, mimosa.

-Bueno. Pues, vamos.

Y mamá, con las sencillas palabras de todos los días, comienza a explicar y hace de la lección, fatigosa e indigesta, un bello cuento, que la niña no olvidará nunca.

-¡Qué bonito era, y yo no lo sabía! –dice Celia, entusiasmada. Luego, tristemente–: ¡Yo sola no lo entiendo!

<sup>28</sup> Elena Fortún, *Celia lo que dice*, ed. cit., págs. 57-59.

<sup>29</sup> En el libro, Elena Fortún dirá: «salir a las seis a tomar el té con mis amigas del Lyceum» (pág. 64).

<sup>30</sup> En el libro aparecerá: «Mamá dijo que sí, que los libros de los colegios son retorcidos y confusos.

-Lo dirán así para que no entendamos nada, ¿verdad, mamá?

Mamá no me contestó, pero me dijo lo que quería decir cada una de las palabras, y me lo explicó tan bien, que la lección era hasta bonita» (pág. 66).

En la versión del libro, el diálogo gana en frescura y también en penetración de la psicología infantil.

-No es sólo que no lo entiendas; es que no lees bien.  
-¿Quién me ha enseñado a leer? –pregunta Celia.  
-Yo; pero de nada sirve si no conoces las palabras.  
-Y a hablar, ¿quién me ha enseñado?  
-Yo; esas cosas las enseñan las madres.  
-Pues ya ves; aún no sé bien todo eso. ¡Si quisieras explicarme la lección siempre!  
-¡Ay, hija! Yo he olvidado ya todas esas cosas, y apenas te puedo enseñar nada.  
-¿Se te han olvidado? Pues mejor; así las aprenderemos juntas –y, suplicante-: ¡Mamita! estudia conmigo todos los días.

Hasta aquí llega el artículo, cuyo final corresponde con esa idea de Elena Fortún de implicar a los padres en la educación de los hijos, y con la intención de fomentar en las madres<sup>31</sup> el deseo de saber, de volver a interesarse por el conocimiento de lo que ya se ha «olvidado». Sin embargo, la versión del libro continúa de este modo:

-¿Y quién me ha enseñado a hablar?  
-Yo, pero de nada sirve si no conoces las palabras.  
-Pues ya ves que todavía no he aprendido todas las palabras y tienes que enseñármelas... Anda, ahora mismo me enseñas unas poquitas...  
-No, hijita, ya te he dicho que no puedo... Aunque renuncie a escribir las cartas tengo que ir de compras antes...  
-Bueno, pues vete...  
-Ya sabes que no me gusta verte de hociquito...  
-No pongo hociquito... Es que ningún sábado te quedas en casa conmigo... Y eso que no tengo colegio...  
Y me dio tanta pena de mí, que me puse a llorar.

El capítulo continúa aún con el propósito de la madre de llevarla al cine el sábado siguiente si no llora y es buena, —bondad que consiste también en ser «obediente»—, y aunque en otros momentos Elena Fortún criticará la escasez de obras de teatro y de espectáculos dirigidos a los niños, aquí hace alarde de la cartelera de cine del momento. Sin embargo, Celia se enfada y acaba el capítulo recordando a su madre y con ella a todos los mayores: «no me prometas nada que luego no me cumplas, mamaíta».

En realidad la versión del libro es mucho más interesante que la del artículo. Constituye una de esas pequeñas obras de arte que son algunos capítulos de Celia, en los que, con la sencillez más extrema es capaz de expresar una verdad compleja precisamente porque es estrictamente fiel a la realidad.

**Por un lado, gracias a un perfectísimo dominio de la técnica de la conversación, logra reflejar perfectamente la psicología infantil y el modo de discurrir de la infancia:** «Si no hago como en el colegio no puedo dar la lección», dirá en vez de describir el balanceo que acompaña a la cantinela al decir la lección; además, Celia se pone encarnada y le entran ganas de llorar no por haberse equivocado, sino por el susto que se lleva ante los aspavientos de su madre; incluso, cuando consigue que ella asienta ante lo confusos que son los libros de texto, Celia hará algo que es muy propio de los niños: volver a insistir en la idea con la que se han identificado con los mayores («Lo dirán así para que no entendamos nada, ¿verdad, mamá?»); y cuando al fin se da cuenta de que ya no puede retener más a su madre junto a ella, asume su derrota con un mandato y un rechazo, tan propio de los niños: «bueno, pues vete».

<sup>31</sup> En tantas mujeres que aún no han descubierto lo que en 1928 Encarnación Aragonese acababa de descubrir.

Esto en cuanto a psicología infantil. Respecto al mundo de los mayores, es evidente la serie de juicios y de críticas que les dirige. Unas más directas, tales como contra el estilo utilizado en los libros de texto y otras más sutiles, como la actitud un tanto despreocupada de la madre respecto a su hija, que por otra parte es un tema recurrente en los artículos de la infancia<sup>32</sup>. Sólo la semana anterior al primer artículo de Elena Fortún en *Gente menuda*, había aparecido un artículo-cuento de J. Ortiz de Pinedo titulado «El matrimonio de bebé», en el que se nos dice:

La mamá de Bebé no tuvo inconveniente en dejar la educación de su retoño a las titas en la imposibilidad de atenderla por sí misma. No tenía cinco minutos libres. Entre ondularse, maquillarse, merendar en Negresco e ir a casa del modisto, se le pasaba el tiempo que era un gusto.

Mujeres centradas en sí mismas, que empiezan a pintarse (en este caso sólo se estaba puliendo las uñas<sup>33</sup>) que no tienen más encomiendas que dirigir la casa (tengo que tomarle la cuenta a la cocinera) y la vida social (escribir tres o cuatro cartas, salir a tomar el té) y que a pesar de todo, no se dan cuenta de lo centradas en sí mismas que viven. De hecho, se siguen reconociendo como necesitadas de algo que las compense, como explicará su madre a Celia en otro de los artículos «Papá está encantado de que yo me distraiga un rato por la tarde»<sup>34</sup>. En este sentido, uno de los cambios más interesantes de la redacción del artículo respecto a la del libro es el de sustituir «el té con tía María», por el que la madre de Celia dice que tomará con las «amigas del Lyceum». Elena Fortún, lyceómana conocida y convencida, incomprensiblemente, utiliza el Lyceum para ejemplificar el lugar que separa a Celia de su madre. La madre del libro es una madre menos impaciente que la del artículo, que no soporta ver llorar a su hija, con más vida social y más *glamour* (es capaz de preguntar la lección «sin dejar de limarse las uñas»), a quien no se le han olvidado los conocimientos de historia. Pero entonces, ¿por qué utiliza aquí la palabra Lyceum? ¿Es porque Encarna no ha conocido este tipo de personas más que en ese círculo social y es así de fiel a su representación de la realidad? ¿Era una forma de propaganda? Sin embargo, en el contexto, el Lyceum no resulta bien valorado, porque sirve para alejar a Celia de su madre... ¿Entonces? Entonces se produce aquí una de esas ambigüedades tan propias de Elena Fortún y que despista tanto a la crítica.

Y es que a la madre de Celia le pasa lo mismo que a su hija. De la pluma de Elena Fortún surge una madre real que hace cosas que estaban de moda o al menos en boca de la gente sobre todo en Madrid. Es lo mismo que ocurrirá cuando Elena Fortún deba responder a las muchas cartas que recibía en la redacción de *Blanco y Negro* que preguntaban si Celia era real o no: «ya me gustaría a mí no serlo, porque entonces no lo pasaría mal en los exámenes», contestaba. ¿Puro juego? Sí, por supuesto, porque Elena Fortún está invitando constantemente a eso, pero también hay algo más.

Más allá de la pura invención, Encarnación Aragoneses tenía un pequeño secreto. Lo que ella estaba contando era una niña de verdad, una que existió y que conocía y a la que nunca quiso enseñar a los demás para no acabar con la intimidad de su familia. Se trata de una de las hijas de su amiga Mercedes, con quienes convivieron los Gorbea dos años fundamentales en su casa de Tenerife, cuando Elena Fortún empezó a escribir. Estos son los personajes reales, simiente de toda la saga de los Gálvez. Incluso sus primos y Matonkiki, la prima tremenda de Celia, hija de don Tomás que está sordo y de su tía Cecilia, hermana de la madre, una «niña que a fuerza de poner hociquito se ha vuelto fea» tenían sus correlatos en la vida real.

---

<sup>32</sup> Aunque sería interesante señalar los diferentes matices que existen entre la imagen de la madre reflejada en el artículo y la que surge del diálogo del libro.

<sup>33</sup> Recuérdese que en el capítulo titulado «La perfecta Florita», de *Celia lo que dice*, ella llegará a pegarse con otra niña al grito de «Mentira» cuando le diga al oído «Tu mamá se pinta» (*Ob. cit.*, pág. 132).

<sup>34</sup> Elena Fortún, *Celia, lo que dice*, *ob. cit.*, p. 58.

Por eso, cuando se publicó la primera edición de los cuentos de Celia en la editorial Aguilar, Encarnación Aragonés mandó un ejemplar a Florinda y le dedica: «A Florinda, el hada pequeñita de mis cuentos». Y sin embargo, Celia es también más que Florinda, porque volcará sobre ella todas las anécdotas que a Elena Fortún le van contando sus amigas. Y a la vez es ella misma y todo aquello a lo que le hubiera gustado jugar...

En definitiva, mucha parte de la obra de Elena Fortún aún queda pendiente de un estudio serio. Puede parecer que estamos ante una obra solo de literatura infantil y sin embargo, hay en ella guiños y ambigüedades tales como la cita del Lyceum, o los mensajes para los mayores, o la presencia de lo religioso en tantos ámbitos de lo cotidiano, o la coincidencia de que siempre sean las figuras masculinas (el padre, el tío Rodrigo, hasta don Restituto) las que están más cerca del mundo de Celia y la entiendan más... a pesar de que la autora participaba de las ideas feministas de la época. Todas estas «zonas de sombras», en terminología de García Padrino<sup>35</sup>, hablan de Elena Fortún como de una autora imposible de encuadrar en una única ideología y cuya literatura está aún por explorar.

Hablar de ella es poner de manifiesto todas las corrientes renovadoras del mundo cultural en el primer tercio del siglo XX, pero a la vez supone hablar de una mujer que decidió vivir también de y en la literatura. Aparentemente creó poco a poco y sin una idea previa perfectamente delineada un personaje tan real que le crece entre las manos y se ve obligada a novelarlo aunque lo controle... Es como si aún siendo mayor, ella siguiera jugando... y los lectores también. ¿Vale que Celia era de nuestra familia? A lo mejor a Elena Fortún, que hasta su nombre es literatura, le ocurrió lo que a Celia con el museo del negro<sup>36</sup>, que se inventó su existencia como excusa y al final, a ella también le dio miedo, porque se lo creyó.

---

<sup>35</sup> J. García Padrino, «El mundo literario de Elena Fortún», en VV. AA., *Homenaje a Elena Fortún* (1886-1952), Temas de literatura infantil, nº 6, Asociación Española de Amigos del IBBY, 1986, p. 37.

<sup>36</sup> *Ob. cit.*, pág. 78.





# Una voz femenina en tiempos de guerra

## *Una mujer en Berlín* (Anónima)

Juan Luis Hernández Mirón

Infandum, regina, iubes renovare dolorem  
*Eneida*, II, 3

### Introducción

No parece adecuado calificar, como hace Antonio Muñoz Molina en su espléndida novela *Sefarad*<sup>1</sup>, de simplemente curioso el hecho de que, entre la abundantísima literatura testimonial sobre los infiernos creados por el nazismo y el comunismo, se alcen numerosas voces femeninas. Sin duda, se trata de un descuido involuntario del autor citado. En asunto tan grave, poco importa que la voz sea masculina o femenina; importa el testimonio. Si este es el testimonio de una mujer, debe ser analizado con los criterios de rigor y honestidad que el análisis de toda manifestación del dolor humano requiere. Quizá la abundancia de voces femeninas que nos han dejado el testimonio de los horrores padecidos en esos infiernos, pongan de manifiesto que hay en la condición femenina, además de todos los valores inherentes a la persona, una superior capacidad para afrontar, incluso con mayor valor y dignidad que el varón, el sufrimiento en situaciones irremediamente límites. En nada es inferior el testimonio que de su particular *gulag* nos deja Eugenia Ginzburg en sus memorias publicadas bajo el título de *El vértigo*<sup>2</sup> al testimonio que de su paso por los *lager* nazis nos deja Primo Levi en su conocida trilogía (*Si esto es un hombre*, *La tregua* y *Los hundidos y los salvados*).

Todos cuantos padecieron el dolor infligido por la mano del hombre alzada contra el hombre mismo en esos infiernos erigidos por el nazismo y el comunismo, forman una voz coral y polifónica en la que podemos reconocer las voces de quienes, por medio de la escritura, nos han dejado el testimonio de su sufrimiento. Y, sí es significativo, que entre ellas abundan voces femeninas (Ana Frank, Eugenia Ginzburg, Nadezhda Malndestam, Ruth Andreas-Friedrich, Volkonski, Lore Walb, Úrsula von Kardoff, Margret Boveri, la princesa Wassilikow, Christabel Bielenberg, Helen Holzman, -Margarete Buer-Nuemann, Anna Lárina, Ety Hillesum, etc.). Y entre estas voces se oye la voz anónima de una mujer alemana que padeció el asedio y caída de Berlín en manos del vengativo y victorioso Ejército Rojo.

De esta voz pretendo hacerme eco, un débil eco, en esta breve intervención. Lo haré a través de la emocionada y plural lectura del conmovedor testimonio que de su dolor nos ha dejado en su obra titulada *Una mujer en Berlín*, publicada por Anagrama en 2005.

Pero antes una breve digresión sobre el acto de lectura, ese acto íntimo en el que nos comunicamos con el autor a través de su texto. “Porque el deseo de leer, como todos los demás deseos que distraen nuestras almas infelices, puede ser analizado” (Virginia Wolf, *Sir Thomas Browne*, 1923). Solamente cuando encuentra

<sup>1</sup> Cfr. Muñoz Molina, Antonio, *Sefarad*, Madrid, Alfaguara, 2001, p. 587.

<sup>2</sup> Cfr. Ginzburg, Eugenia, *El vértigo* (Prólogo de Antonio Muñoz Molina. Traducción de Fernando Gutiérrez), Madrid, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2005.

un lector, el texto se consagra como tal. No hay texto si no hay lector. Ahora bien, siendo el texto único e invariable en su literalidad, se hace pluridimensional en su contenido. Es lineal en su forma pero se hace poliédrico en su mensaje, debido a los distintos lectores que a él se aproximan. El lector es, pues, un cómplice necesario para que la escritura, lo escrito, deje de ser un monólogo y se convierta en un diálogo. Incluso cuando releemos un texto, encontramos en él lados que nos habían quedado ocultos en lecturas anteriores. *El Quijote*, por ejemplo, que leímos en nuestra juventud, no es *El Quijote* que hemos leído años después. El texto creado por Cervantes es el mismo en su literalidad, pero nosotros ya no somos los mismos, hemos cambiado y porque nos hemos transformado, en cada lectura recreamos al menos para nosotros mismos el texto. Toda lectura es un acto creativo. Alguien decía que la literatura la hace el lector. O como dice Emilio Lledó: “el verdadero contexto de la escritura es (...) el lector”<sup>3</sup>.

Venía a cuento esta pequeña digresión sobre la experiencia de la lectura para advertiros de que lo que a continuación voy a decir es mi lectura, mi paráfrasis de una excepcional voz femenina que proclama sin sensiblería ni autocompasión el dolor padecido en tiempos de guerra. Es una voz humana, en este caso de una mujer. Y es, además, una voz anónima.

Me he preguntado insistentemente qué íntimas razones pudieron mover a nuestra autora a permanecer en el anonimato. Nos cuenta Viktor E. Frankl que al terminar el manuscrito de *El hombre en busca de sentido* estuvo dudando de mantenerse en el anonimato por miedo al exhibicionismo, pero luego pensó que el anonimato haría perder a su testimonio la mitad de su valor porque, según él, la valentía de la confesión eleva el valor de los hechos<sup>4</sup>. No creo que a nuestra autora le faltara la valentía de la confesión. Creo que con su voluntad de permanecer en el anonimato quería recoger con su voz las innumerables voces (también anónimas) de cuantas mujeres (y hombres) compartieron con ella tan atroz destino. Quizá también la moviera a ocultar su nombre la intuición de que muchos lectores habrían de ver en su conducta comportamientos amorales; o que otros, en cambio, fijaran en su persona sentimientos excesivamente compasivos, sensibleros y exhibicionistas. Sea como fuere, lo cierto es que “sin su declaración, la crónica de nuestra época, escrita hasta la fecha casi exclusivamente por varones, sería parcial e incompleta”<sup>5</sup>, como acertadamente apunta el prologuista de la primera edición de 1954.

## *Una mujer en Berlín*. El escenario

No es verdad que siempre una imagen valga más que mil palabras. Tomemos como ejemplo la dantesca y apocalíptica descripción que en su obra, *Sobre la historia natural de la destrucción* nos hace W. G. Sebald del bombardeo que sobre la ciudad de Hamburgo llevaron a cabo las fuerzas aliadas durante la noche del 28 de julio de 1943 con el objetivo de aniquilarla y reducirla a cenizas:

“En pocos minutos, enormes fuegos ardían por todas partes (...) y se unieron tan rápidamente que (...) todo el espacio aéreo, hasta donde alcanzaba la vista, era un solo mar de llamas (...) El fuego, que ahora se alzaba dos mil metros hacia el cielo, atrajo con tanta violencia el oxígeno que las corrientes de aire alcanzaron una fuerza de huracán y retumbaban como poderosos órganos en los que se hubieran accionado todos los registros a la vez (...) En su punto culminante, la tormenta (de fuego) se llevó frontones y tejados, hizo girar vigas y vallas publicitarias por el aire, arrancó árboles de cuajo y arrastró a personas convertidas en antorchas vivientes. (...) En algunos canales el agua ardía. En los vagones de tranvía se fundieron los cristales de las ventanas, y las existencias de azúcar

<sup>3</sup> Cfr. Lledó, Emilio, *El silencio de la escritura*, Madrid, Espasa Calpe, 1998.

<sup>4</sup> Cfr. Frankl, Viktor E, *El hombre en busca de sentido*, Barcelona, Herder, 21ª, 2001, p. 24.

<sup>5</sup> Cfr. Anónima, *Una mujer en Berlín*, Madrid, Anagrama, 2005, p. 14.

hirvieron en los sótanos de la panadería. Los que huían de sus refugios subterráneos se hundían con grotescas contorsiones en el asfalto fundido, del que brotaban gruesas burbujas. Nadie sabe realmente cuántos perdieron la vida aquella noche ni cuántos se volvieron locos antes de que la muerte los alcanzara. (...). Por todas partes yacían cadáveres atterradoramente deformados. En algunos seguían titilando llamitas de fósforo azuladas. Otros se habían quemado hasta volverse pardos o purpúreos, o se habían reducido a un tercio de su tamaño natural. Yacían retorcidos en un charco de su propia grasa, en parte ya enfriada. (...). Cuando a mediados de agosto, después de enfriarse las ruinas, las brigadas de castigo y prisioneros de campos de concentración comenzaron a despejar el terreno, encontraron personas que, sorprendidas por el monóxido de carbono, estaban sentadas aún a la mesa o apoyadas en la pared, y en otras partes, pedazos de carne y huesos, o montañas enteras de cuerpos rociados por el agua hirviendo que había brotado de las calderas de calefacción reventadas. Otros estaban tan carbonizados y reducidos a cenizas por las ascuas (...) que los restos de familias enteras podían transportarse en un solo cesto para la ropa”<sup>6</sup>.

Otras 130 ciudades y pueblos alemanes fueron también objetivos de las fuerzas aliadas y fueron en gran parte arrasadas casi por completo; entre ellas, de manera muy especial, Berlín. De los numerosos textos que describen los horrores de la guerra moderna (en el libro que comentamos la autora deja también frecuentes descripciones de la destrucción) este de Sebald nos parece el que con mayor verismo nos describe el escenario de destrucción en el que se desarrolla la peripecia vital de nuestra autora.

En la Navidad de 1944 los berlineses ya intuían la aproximación del desastre final y temían brutales represalias del Ejército Rojo en venganza de las barbaridades cometidas por las tropas alemanas en Stalingrado y demás ciudades rusas durante la campaña de 1943. “El humor negro propio de sus habitantes se había tornado en humor lúgubre. El chiste que circulaba por la ciudad en aquel período tan poco festivo era: ‘Sé práctico, regala un ataúd’”<sup>7</sup>. El saludo “Heil Hitler” se sustituía por el de “¡sobrevive!”. Se difundían historias difíciles de confirmar, como la de que niñas y muchachas jóvenes copulaban en rincones oscuros con extraños con el deseo de perder la inocencia antes de la llegada de los rusos, etc. La gente gastaba alocadamente el dinero en la convicción de que pronto perdería su valor y de que se produciría el desabastecimiento total. Del relato de nuestra autora podemos deducir que ella vio con claridad que los alemanes habían revertido sobre sí mismos todos los males que habían infligido a otros pueblos.

## La autora

Todo cuanto sabemos sobre la vida de nuestra autora es lo que ella nos cuenta en su conmovedor relato al que nos referimos. Aun cuando toda su atención está irremediabilmente fijada en narrarnos la atroz experiencia que le tocó vivir durante el asedio y la caída de Berlín, exactamente desde el viernes 20 de abril de 1945 a las cuatro de la tarde hasta el viernes 22 de junio de 1945, a lo largo de su confesión nos deja algunas breves referencias biográficas, apenas recuerdos de la vida familiar y escolar. Debía de andar por los 32 años cuando la caída de Berlín. Pertenecía a la burguesía y poseía una notable formación. Había viajado por casi toda Europa “dibujando, fotografiando y estudiando”:

“(…) estuve en doce países europeos. He vivido entre otras ciudades, en Moscú, París, Londres, y he presenciado de cerca el bolchevismo, el parlamentarismo, el fascismo, como persona sencilla entre personas sencillas”<sup>8</sup>.

<sup>6</sup> Cfr. Sebald, W. G., *Sobre la historia natural de la destrucción*, Barcelona, Anagrama, 2005, p. 36.

<sup>7</sup> Cfr. Beevor, Antony, *Berlín. La caída: 1945*, Barcelona, Planeta de Agostini, 2006, pp. 15-16.

<sup>8</sup> Cfr. Anónima, *Una mujer en Berlín*, cit., p. 222.

Llegó a dominar varias lenguas y adquirió notables conocimientos del ruso, de los que se sirvió para hacer de intérprete con los “ivanos”. Parece ser que se mantuvo al margen de las organizaciones del Tercer Reich. En su confesión hace algunas reflexiones sobre la política y los políticos. Con 16 años se interesa, motivada por su profesor, por conocer los partidos políticos. Por entonces, nos dice, comenzó su primer diario con el propósito de formarse una opinión política; diez días después, abandonó defraudada el diario a pesar de que le quedaban muchas hojas en blanco:

“Hoy opino que acaso deberíamos haber fundado el partido de los dieciseisañeros para satisfacer nuestras exigencias morales: quien crece, peca” (Lunes 7 de mayo de 1945)<sup>9</sup>.

Durante el último año de la guerra se instaló en Berlín donde encontró trabajo (probablemente en una editorial) y donde vivió el asedio y posterior caída de la ciudad en manos del Ejército Rojo. Los tramos cronológicos anteriores y posteriores a este paréntesis han quedado aniquilados para nosotros y quizá también lo quedaron para ella.

Terminada la guerra su figura desaparece por sabe Dios dónde. Quizá emigrara primero a algún país europeo y posteriormente a EEUU donde murió en 2001. Es irritante pensar que una dilatada vida (debió de nacer hacia 1910) haya quedado para nosotros reducida a tan breve paréntesis cronológico.

¿Quizá aquella vida, que como toda vida humana es siempre un proyecto, quedó desde ese traumático paréntesis reducida a un simple proceso? No lo sabemos, pero dada la excepcional valentía con que supo hacerse digna de su sufrimiento afrontando todas las más crueles manifestaciones de la guerra: el hambre, el frío, la deslocación, la perturbación de las relaciones personales, la despersonalización, la muerte,... y las violaciones. No se puede dudar que en tiempos de paz recuperaría su proyecto vital. Quizá con Gerd “quien llegó a significarlo todo para mí”<sup>10</sup>. Gerd es su novio, a quien habían movilizado y que tras desertar, se presenta en casa el 17 de junio. Nuestra autora le cuenta las historias que les ha tocado vivir a las mujeres. Gerd vocea y las recrimina: “Os habéis vuelto desvergonzadas como las perras (...). Es horrible tratar con vosotras. Habéis perdido el sentido de la compostura”<sup>11</sup>. Gerd se marcha. Ella termina su testimonio: “¿Seguirá Gerd pensando en mí? Quizás hallemos la manera de reencontrarnos”<sup>12</sup>.

## Contar el dolor

Hay un pasaje de la *Eneida* cuya lectura siempre me conmueve. Está concretamente en el comienzo del libro segundo. La escena tiene lugar al atardecer en el palacio de la reina Dido de Cartago donde Eneas y los compañeros que con él sobrevivieron al naufragio provocado por la ira de Juno, han sido acogidos. Han cenado opíparamente y como conversación de sobremesa, Dido le pide a Eneas que les narre la caída de Troya. Eneas, llevado de un sentimiento tan humano como es el del agradecimiento, sabe que no puede eludir la petición de la reina, a pesar del dolor que le produce recordarlo: “Infandum, regina, iubes renovare dolorem” (“Reina, me ordenas recordar un dolor indecible”), *Eneida*, II, 3.

Y Eneas se debate en humana lucha entre el agradecimiento y dolor de recordar. Por todos los medios trata de eludir el compromiso. El dolor es tan grande que aun los propios destructores de Troya (los enemigos) difícilmente podrían reprimir las lágrimas. Incluso aduce lo tarde de la hora (“cadentia sidera suadent

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 181.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 318.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 315.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 318.

somnos”); “hay que retírese a dormir”. Pero cede, quizá no solo por agradecimiento sino también por la valentía de confesar, de recordar y, aunque el alma se espanta ante el sufrimiento, les narra a los comensales y a Dido la caída de Troya. Pero “brevemente”: “Et breviter Troiae supremum audire laborem / quamquam animum meminisse horret luctuque refugit / incipiam”; [(Pero si tanto deseo tienes) de escuchar el supremo desastre de Troya, aunque mi ánimo se horroriza al recordarlo y retrocede por el espanto, comenzaré”, *Eneida II*, 11-12].

Eneas se resiste a recordar el dolor porque es indecible. Nuestra autora no parece rechazar narrar el dolor y aun cuando las palabras le parecen incapaces (el jueves 10 de mayo de 1945 anota: “¡Pobres palabras que no alcanzáis para describir!”<sup>13</sup>), sin embargo encuentra en el acto de la escritura un remedio terapéutico para soportar y quizá encontrar sentido al sufrimiento. El sábado 21 de abril de 1945 escribe:

“Las tres de la madrugada, el refugio dormita. Varias veces llegó el aviso de cese de alarma, pero inmediatamente después volvían a sonar las sirenas. Sin bombas. Escribo, me hace bien, me distrae. Y Gerd lo leerá si regresa..., si es que todavía...”<sup>14</sup>.

*Una mujer en Berlín* es el resultado de las notas que nuestra anónima autora fue escribiendo con letra menuda, abundantes abreviaturas y garabatos en tres cuadernos escolares entre los días 20 de abril y 22 de junio de 1945. A partir de julio del mismo año las fue mecanografiando para una persona vinculada a ella. En este proceso de reescritura el texto alcanzó su forma definitiva en 121 páginas mecanografiadas en aquel papel gris de la guerra sin apenas interlineado, como si quisiera comprimir todo su indecible dolor en el menor espacio posible. El manuscrito cayó en manos del escritor Kurt W. Marek, conocido de la autora, quien consideró que se trataba de un testimonio personal de interés universal, Era el testimonio de una época. Consiguió Marek que un editor de Nueva York se interesara en su publicación y así apareció una primera versión al inglés en 1954 a la que siguieron versiones en noruego, italiano, francés, alemán, español, etc. Hasta 1957 no vio la luz el original alemán y no a cargo de una editorial alemana, sino de una pequeña editorial suiza con sede en Ginebra. Es evidente que el público alemán en general, y la intelectualidad en particular, no estaban preparados, debido a la amnesia producida por la guerra y la derrota, para hacer frente a tantos hechos desagradables como habían provocado las locuras del Nacionalsocialismo y el Tercer Reich.

“Los aspectos más sombríos del acto final de una destrucción, vividos por la inmensa mayoría de la población alemana, siguieron siendo un secreto familiar vergonzoso, protegido por una especie de tabú, que quizá no se podía confesar a uno mismo”<sup>15</sup>.

Se calcula que durante la caída y conquista de Berlín fueron violadas más de 100.000 mujeres alemanas. En el documentadísimo libro *Berlín, la caída 1945* de Antony Beevor se describen con crudeza algunas de las violaciones llevadas a cabo por los soldados del Ejército Rojo. Nuestra autora elude estas descripciones quizá por evitar caer en la sensiblería o por, dada su entereza para afrontar el más atroz sufrimiento, eliminar todo rastro de autocompasión. Tan solo deja constancia de haber sufrido tan inhumana vejación con el uso de una abreviatura (VLCN) como si reduciendo la palabra pudiera reducir el sufrimiento.

Alguno de los pocos críticos que reseñó la obra se lamentó de lo que denominó “la desvergonzada inmoralidad de la autora”, pues, como señala el autor de la introducción al libro:

“No era de esperar que las mujeres alemanas hicieran mención de las realidad de las violaciones; ni que presentaran a los varones alemanes como testigos impotentes cuando los rusos victoriosos reclamaban a sus mujeres como botín de guerra”<sup>16</sup>.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 206.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 31.

<sup>15</sup> Cfr. Sebald, W. G., *Sobre la historia natural de la destrucción*, cit., pp. 19-20.

<sup>16</sup> Cfr. Enzensberger, Hans Magnus, “Introducción”, *Una mujer en Berlín*, cit., p. 9.

Dada la acogida que el libro había tenido en Alemania en 1959, la autora no quiso que se reimprimiera hasta después de su muerte; acaecida esta en 2001, en 2003 se reimprimió con notable acogida por parte del público alemán pues, olvidada y superada la amnesia provocada por la guerra y derrota, era ya posible debatir y sacar a la luz los temas que anteriormente habían sido tabú.

Pero nuestra autora consigue decir lo indecible, no solo con las pobres palabras, sino también con el silencio. Hay pasajes en los que se muestra como una observadora fría, implacable, no solo por lo que escribe sino también por lo que sugiere.

En otro orden de cosas conviene no olvidar que se trata de un diario; escrito por lo tanto “in situ et ipso die”, por eso, no hay en este relato nada verosímil porque en él se contiene solamente la verdad. (Decía Unamuno que cuando perseguíamos la verosimilitud, nos alejamos de la verdad). No es una recreación del pasado a través de la memoria. En este caso la escritura actúa como una cámara que registra lo que está ocurriendo. No se trata de unas memorias escritas muchos años después, cuando el recuerdo recoge tan solo fragmentos cristalizados en la memoria y por lo tanto frecuentemente reinterpretados para hacerlos verosímiles porque ya entonces, transcurrido el tiempo, no damos crédito a que los hechos (especialmente los dramáticos) hayan podido ser verdad. No hay un solo pasaje del libro que nos induzca a dudar de la veracidad del testimonio. Es, pues, de un verismo atronador.

Tras leer este aterrador y frío testimonio, el lector queda inevitablemente conmovido ante la grandeza del alma de esta mujer; y queda también aturdido ante la valentía de su confesión; queda conmovido al ver hasta dónde puede llegar el mal que anida en el ser humano; y queda, por fin, profundamente emocionado al observar que pese a todo, hay seres humanos capaces de afrontar el sufrimiento indecible y sobrevivir en medio de la destrucción y el sinsentido. Otros muchos, careciendo del valor de nuestra autora, sucumbieron al desastre final. No es fácilmente calculable la cifra de cuantos, no pudiendo soportar los horrores de la guerra, especialmente mujeres brutalmente violadas, buscaban en el suicidio la solución final a todo horror.

Ella hizo frente con casi una inhumana valentía a todos los horrores que la guerra traía consigo: al hambre, a la sed, al frío, a la deslocación, a la perturbación de las relaciones entre los individuos, a la enfermedad y especialmente... a las violaciones. De todas estas penalidades que nuestra protagonista hubo de padecer durante el asedio y caída de Berlín, reseñaremos solamente algunos fragmentos sobre el hambre y las violaciones; y concluiremos con algunos pasajes en los que nos revela su actitud religiosa ante el sufrimiento. El viernes 20 de abril anota: “Ahora que todo ha desaparecido y tan solo me queda una maleta pequeña con ropa, me siento desnuda y ligera. Como ya no poseo nada, me siento dueña de todo”<sup>17</sup>.

Como en otros muchos testimonios sobre los horrores de la guerra o sobre los campos de exterminio, también en el testimonio de nuestra anónima autora, el hambre es una referencia constante. El hambre es sin duda el sufrimiento que más perturba y destruye al ser humano tanto en su cuerpo como en su alma. Viktor E. Frankl cuenta cómo el hambre que padecían los prisioneros del *lager* provocaba que el deseo de procurarse alimentos fuera el instinto más primitivo en torno al cual giraba toda su vida mental. De tal modo esta quedaba perturbada que durante los duros trabajos el tema de conversación permanente y obsesivo entre ellos era imaginar los menús que podrían ingerir tras la liberación, si es que esta llegaba. Y concluye:

“Los que no han pasado por una experiencia similar difícilmente pueden concebir el conflicto mental destructor del alma ni los conflictos de la fuerza de voluntad que experimenta un hombre hambriento”<sup>18</sup>.

<sup>17</sup> Cfr. Anónima, *Una mujer en Berlín*, cit., p. 21.

<sup>18</sup> Cfr. Frankl, Viktor E, *El hombre en busca de sentido*, cit., p. 55.

El 21 de abril de 1945, nuestra autora encuentra enganchado en el borde de un cajón de la buhardilla donde vive de alquiler una carta dirigida al propietario. Al punto, siente vergüenza ante la tentación de leerla, pero lo hace y anota:

“Una enamorada carta de amor. La tiré al retrete (por ahora seguiremos teniendo agua la mayor parte del tiempo). Corazón, dolor, amor, impulsos. ¡Qué palabras más lejanas y extrañas. Por lo visto una vida amorosa refinada y exigente presupone una sucesión regular de comidas. Mi centro vital es, mientras escribo estas líneas, la barriga. Todo pensamiento, sentimiento, deseo y esperanza comienza en la comida”<sup>19</sup>.

Ese mismo día abre al azar una novela que ha cogido de los escasos restos de la biblioteca del propietario de la buhardilla y anota:

“Ambiente nobiliario inglés: en ella la siguiente frase más o menos: ‘...arrojó una mirada fugaz sobre su intacta comida, se levantó y se fue de allí...’ Ya había avanzado unas diez líneas más en la lectura cuando volví a ese pasaje como atraída por una fuerza magnética. La leí quizás una docena de veces y me sorprendí arañando las letras con las uñas como si pudiera entresacar la comida –prolijamente descrita con anterioridad– desde la letra impresa. Vaya locura. Es el comienzo de una demencia breve por hambre”<sup>20</sup>.

Pero el hambre le produce no solo estos desvaríos mentales sino que altera también su comportamiento ético y moral. En el grupo de vecinos con quienes vive, nuestra autora es, sin duda, por su formación cultural, por su prestancia física y además por su escaso pero suficiente dominio del ruso, quien se constituye en líder del grupo. Desde tal condición trata por todos los medios de defender a todos ante los rusos y especialmente a las mujeres de los continuados intentos de violación que padecen<sup>21</sup>. El viernes 27 de abril llegan por primera vez los rusos a los sótanos de la casa donde el grupo se ha refugiado. Cunde el miedo entre todos. Ella ingenuamente cree que haciendo uso de sus armas de mujer podrá evitar las violaciones. En las anotaciones de ese día, que encabeza con el título de: DÍA DE LA CATÁSTROFE. VÉRTIGO ATROZ, anota:

“Siento cómo se disipan algunos miedos de mi interior. Pues al fin y al cabo, incluso los rusos son solo hombres a quienes se puede abordar con mañas y astucias de mujer; les puedes dar largas, distraer, quitártelos de encima”<sup>22</sup>.

Pero de nada le sirven sus armas de mujer, pues ese mismo día padece una primera y doble violación por evitársela a otra chica del refugio, y ante la actitud cobarde y pasiva de los varones allí presentes<sup>23</sup>. De ahí, entendemos la razón del título que encabeza las anotaciones de ese día. En la anotación del día 1 de mayo parece sobreponerse al horror, a la “catástrofe” y al “vértigo atroz”, y escribe estas frías palabras:

“¿Qué significa violación? Cuando escuché esa palabra en voz alta el viernes por la noche en el refugio, me recorrió un escalofrío por toda la espalda. Ahora ya puedo escribir sin que me tiemblen las manos. La pronuncio para mí, para acostumbrarme a su sonido. Suena a lo más extremo imaginable, pero no lo es sin embargo”<sup>24</sup>.

<sup>19</sup> Cfr. Anónima, *Una mujer en Berlín*, cit., p. 22.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 22.

<sup>21</sup> *Ibidem*, pp. 79 y ss.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 74.

<sup>23</sup> Sobre la cobardía de los hombres recogemos esta anotación del día 29 de abril: “Nuestros hombres, me parece a mí, tienen que sentirse por fuerza más sucios que nosotras, mujeres maculadas. En la cola del agua contaba una mujer cómo un vecino la increpó en el refugio cuando los Ivanos se la llevaban y ella se resistía: ‘¿Vamos, vaya de una vez! ¡Nos está poniendo a todos en peligro!’” (*Ibidem*, p. 107).

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 92.

Y toma una determinación tras el horror de la vejación sufrida para, al menos, no ser víctima de muchos:

“Está más claro que el agua: aquí hace falta un lobo que me defienda de los demás lobos. Un oficial, del más alto rango, comandante, general, lo que pueda pillar. ¿Para qué tengo yo, sino mis sesos, mis pocos conocimientos de la lengua del enemigo?”<sup>25</sup>.

Lo consigue y por ello se siente orgullosa, y así en retrospectiva del lunes, 30 de abril anota:

“Y estoy de lo más orgullosa de haber logrado domesticar a uno de los lobos, acaso al más fuerte, para que me mantenga lejos del alcance del resto de la manada”<sup>26</sup>.

Es el hambre, ese primario instinto de supervivencia, lo que la ha llevado a ese extremo. Pero nuestra anónima autora es generosa y solidaria, aunque en algún momento dude de sus actuaciones. El miércoles 16 de mayo, harta de convivir con unos vecinos porque su buhardilla alquilada ha sufrido graves desperfectos por los bombardeos, desea volver a la misma y anota:

“Quiero dejar a la viuda, pero sobre todo al señor Pauli, que me envidia cada bocado de las patatas que como. Me gustaría regresar a la buhardilla, limpiarla, hacerla habitable. ¿Encima voy a estar estos pocos días procurándole alimentos al apático de Pauli con un ‘comeporcama’ (Otra palabra nuestra. Con el tiempo hemos llegado a desarrollar entre nosotros una jerga extraña)”<sup>27</sup>.

Pero ya en las anotaciones del jueves 3 de mayo, nuestra autora reflexiona sobre su situación dejándonos un testimonio frío y conmovedor de su capacidad para afrontar el horror que le toca vivir y al tiempo percibimos en las mismas una considerable preocupación por la moralidad de sus actuaciones; y al final parece caer en la cuenta de que las circunstancias la han convertido en prostituta:

“Esta de ahora es una nueva situación. No se puede afirmar de ninguna de las maneras que el comandante me viola. Creo que con una sola palabra mía, pronunciada con frialdad, bastaría para que se marchara y no volviera nunca más. Así, pues, estoy voluntariamente a su disposición. ¿Lo hago por tocino, mantequilla, azúcar, velas, carne enlatada? Seguro que un poco sí. Me ha agobiado tener que compartir las provisiones de la viuda. Me alegro de poder dar algo yo también gracias al comandante. Me siento más libre así, me alimento con la conciencia más tranquila. Por otra parte, me gusta el comandante, me gusta tanto más como personas cuanto menos quiere de mí como hombre. (...) Probablemente anda buscando más un contacto personal con una mujer que solo lo puramente sexual. Y esa proximidad se la doy yo de buen grado, con mucho gusto. (...) Bien, de acuerdo, pero todavía no he respondido a la pregunta de si tengo que calificarme de puta ya que prácticamente vivo de mi cuerpo y recibo alimentos a cambio de entregarme. Mientras escribía las líneas de antes he tenido que pararme a reflexionar por qué me recrimino y actúo como si el oficio de puta estuviera por debajo de mi dignidad. (...) Sin embargo, dejando aparte las consideraciones morales, ¿podría gustarme introducirme en este oficio? No. Nunca. Va contra mi propia naturaleza, ofende mi amor propio, destruye mi orgullo... y me hace miserable corporalmente. No tengo por qué pasar por ahí. Me retiraré de este oficio. Con toda la alegría del mundo cuando pueda ejercer una verdadera profesión...”<sup>28</sup>.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 94.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 117.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 239.

<sup>28</sup> *Ibidem*, pp. 154-156.



No queremos terminar este breve parafraseado de este conmovedor testimonio sin hacer alguna referencia a las convicciones religiosas de nuestra autora. Apenas podemos saber nada acerca del grado de intensidad de las mismas, pero a lo largo de su testimonio nos deja algunas reflexiones que nos permiten deducir que, cuando menos, esta mujer poseía una notable formación cristiana. Es humano, muy humano, que en tiempos de desolación, el hombre acuda a la presencia y asistencia de Dios. Nuestra autora, olvidando que el mismo Jesús en la Cruz invocó la presencia del Padre, parece resistirse, al menos, por algún tiempo a orar en tiempos de desgracias.

El miércoles 25 de abril, regresando de coger agua, se inicia repentinamente un bombardeo y ha de cobijarse junto con otras mujeres en un refugio para ella completamente desconocido. Y anota:

“Abajo, en una oscuridad total, un montón de gente espantada, inquieta. Una voz de mujer sollozando: ‘Dios mío, Dios mío...’ Y otra vez silencio.

¿Era eso un rezo? Tengo que retrotraerme a dos años atrás: me veo en el más mísero de todos los míseros refugios, en una verdadera cripta bajo una casa de pueblo de una sola planta (...) Había una vela prendida en la penumbra, y las mujeres (pocos eran los hombres allí) rezaban el rosario, el del misterio de los dolores; me parece oírlo todavía, monótono, de carrerilla: ‘...que fue azotado por nosotros...’ y nuevamente los padrenuestros, los avemarías, monótonos, en voz baja, como un alivio, un remedio, (...) y en medio, de vez en cuando, bramido de motores, alguna bomba que hacía temblar la llama de la vela. Y de nuevo: ‘...que cargó la pesada cruz por nosotros.’ En aquellos días podía yo palpar cómo el rezo ungía los agitados ánimos de los presentes, el bien que producía, la gran ayuda que significaba. (...)

Nunca me ha gustado la frase: ‘La necesidad enseña a orar’ (...) Una oración extraída, por imposición del miedo y de la necesidad, de los labios de aquellos que en los buenos tiempos ni sabían lo que significaba un rezo, no es más que una mísera perorata. (...)

No existe un dicho como: ‘La felicidad enseña a orar.’ Una oración semejante de acción de gracias ascendería libremente como incienso aromático (...) dicho lo cual sigo sin haber resuelto la cuestión de si el sollozo en el refugio a oscuras fue o no un rezo. Una cosa es segura: que es una suerte y un alivio poder rezar de manera sencilla y sin sentir vergüenza, bajo el tormento inmenso de nuestra desgracia y nuestro miedo. Y no puedo... todavía no. Sigo resistiéndome”<sup>29</sup>.

Quizá algunos días después ya no continuara resistiéndose a la oración. El miércoles 9 de mayo, mientras buscaba leña por el césped cercano a la casa donde vive y “donde ahora se entierra a los muertos de nuestra manzana”<sup>30</sup>, se topa con tres sepulturas dobles, de tres matrimonios que se han suicidado. Hay otra sepultura individual donde yace una mujer que se ha suicidado arrojándose desde el piso donde vivía cuando la acosaban los rusos. Hay una cruz sobre la tumba. El contemplarla suscita en nuestra autora una reflexión de la que podemos deducir que ha dejado o va dejando de resistirse a orar, porque a nuestro parecer, estas palabras contienen explícita e implícitamente un verdadero acto de oración. Ese mismo día anota:

“En una de las sepulturas individuales yace la mujer que saltó del tercer piso cuando la acosaron los Ivanos. Hay una especie de cruz encima hecha con dos trozos de listones blancos, lacados y unidos con alambre. Se me hizo un nudo en la garganta. ¿Cómo nos habla la forma de la cruz con tanta fuerza? ¿Cómo ocurre eso incluso si no debemos denominarnos ya cristianos? Regresan tempranas impresiones de la infancia. Vi y oí a la señorita Dreyer ilustrándonos la Pasión del Redentor con ojos llorosos y con infinidad de detalles a nosotras, niñas de siete años... Para nosotros, occidentales educados cristianamente, siempre habrá un Dios en la cruz..., aunque esté hecha únicamente con dos tableros y algo de alambre”<sup>31</sup>.

<sup>29</sup> Cfr. Anónima, *Una mujer en Berlín*, cit., pp. 55-56.

<sup>30</sup> Cfr. Anónima, *Una mujer en Berlín*, cit., p. 201.

<sup>31</sup> Cfr. Anónima, *Una mujer en Berlín*, cit., p. 202.

Quizá al descubrir esa gran fuerza con que “nos habla la Cruz”, descubrió también el sentido de su vida dentro del enorme sufrimiento que le tocó padecer y así, no sucumbió al suicidio, como había sucumbido la mujer sobre cuya tumba se erguía la Cruz.

El testimonio de esta excepcional y humanísima mujer nos sirve para parafrasear un pensamiento de Viktor E. Frankl, con el cual concluimos la emocionada lectura de su confesión: es evidente que un solo ejemplo de hombre o mujer que en las circunstancias más adversas es capaz de mantener su dignidad y descubrir el valor sagrado de la vida por encima del sufrimiento más insoportable es prueba suficiente de que hay en el ser humano una fortaleza íntima que puede elevarle por encima de un destino adverso<sup>32</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA:

ANÓNIMA, *Una mujer en Berlín*, Madrid, Anagrama, 2005.

BEEVOR, Antony, *Berlín. La caída: 1945*, Barcelona, Planeta de Agostini, 2006.

FRANKL, Viktor E, *El hombre en busca de sentido*, Barcelona, Herder, 21ª, 2001.

GINZBURG, Eugenia, *El vértigo* (Prólogo de Antonio Muñoz Molina. Traducción de Fernando Gutiérrez), Madrid, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2005.

LLEDÓ, Emilio, *El silencio de la escritura*, Madrid, Espasa Calpe, 1998.

MUÑOZ MOLINA, Antonio, *Sefarad*, Madrid, Alfaguara, 2001.

SEBALD, W. G., *Sobre la historia natural de la destrucción*, Barcelona, Anagrama, 2005.

---

<sup>32</sup> Cfr. Frankl, Viktor E, *El hombre en busca de sentido*, cit., p. 102.

# Voces femeninas europeas en algunos cuadernos de notas de José Jiménez Lozano: Simone Weil y Hannah Arendt<sup>1</sup>

Ana Calvo Revilla

Los cuadernos de notas –o dietarios– de José Jiménez Lozano ofrecen al lector los adentros del alma del autor y las claves de su proceso creativo. Como ha señalado José Ramón González, en ellos está ya inscrita, en cierto modo, toda su obra, siendo un texto que “la recorre en su totalidad y que permite acceder al lugar mismo de donde brota”<sup>2</sup>. Con su lectura el lector podría seguir lo que Amparo Medina-Bocos ha denominado la biografía espiritual del autor<sup>3</sup>, como muestra esta anotación recogida en *La luz de una candela*:

“A. se percata perfectamente de que muchas de las anotaciones de hechos o vivencias de *Los tres cuadernos rojos* han quedado luego transmutadas en narraciones. Sí, así es. Es en esos momentos cuando debí de ver los rostros y oír las palabras, y cuando supe las historias”<sup>4</sup>.

El primer volumen de los cuadernos de notas, de los cinco ya publicados, apareció en 1986 con el título de *Los tres cuadernos rojos*, seguido de *Segundo abecedario* (1992), *La luz de una candela* (1996), *Los cuadernos de letra pequeña* (2003) y *Advenimientos* (2006).

Los dietarios cumplen un cometido importante en la tarea que tiene asignada el escritor. En la introducción a *Los tres cuadernos rojos* hace referencia Jiménez Lozano a alguna de estas funciones; se hace eco ahí de unas palabras del alemán Ernst Jünger en las que considera que el escritor de nuestro tiempo tiene, entre otras misiones, la puesta en orden de los acontecimientos y pensamientos, el hallazgo del consuelo solitario, y la lucha por defender y conservar lo que Heráclito denominaba el demonio del hombre, importante en unos momentos en que se quiere privar al hombre del ejercicio de la libertad interior y de su individualidad. Los cuadernos de notas constituyen, pues, el fruto del ejercicio de una inteligencia libre, que se mueve sin ataduras ni coerciones de ningún tipo.

¿Cuál es el papel de los dietarios respecto al lector? Y responde en las palabras introductorias mencionadas: “Quizá, para un determinado número de lectores, “pueden ofrecer algún tipo de compañía, conversación o disponibilidad: estar ahí, a mano”<sup>5</sup>.

A través de una prosa autobiográfica y reflexiva, los cuadernos de notas contienen una voz personalísima, manifestada a través de sugerencias y evocaciones que encuentran el fundamento último en lo profundo del alma, en una personalidad volcada hacia el interior del corazón, allí donde se condensan las vivencias espirituales, e irremisiblemente atraída por la contemplación de la naturaleza y por la sabiduría de los

<sup>1</sup> El presente artículo forma parte del Proyecto de Investigación “La identidad cultural de Europa ante el proceso de integración y globalización. Entre un pasado humanista y un futuro solidario”, aprobado por el Ministerio de Educación y Ciencia (Ref.: SEJ2004-060207/CPOL).

<sup>2</sup> Cfr. González, J. R., “Introducción” a *Jiménez Lozano*, Valladolid, Junta de Castilla y León / Universidad de Valladolid, pp. 15-21, p. 18.

<sup>3</sup> Cfr. Medina-Bocos, A., “De Port-Royal a Nínive: un recorrido por la obra de José Jiménez Lozano”, *José Jiménez Lozano*, cit., pp. 25-45, p. 32.

<sup>4</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *La luz de una candela*, Barcelona, Anthropos, 1996, p. 34.

<sup>5</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Los tres cuadernos rojos*, Valladolid, Ámbito, 1986, p. 7.

místicos castellanos y de cuantos acompañan al escritor en su caminar literario y personal. A través de las anotaciones puede el lector adentrarse en los rasgos más sobresalientes de la intimidad del escritor –perfilada con nitidez también a través de su obra literaria–, encontrar la profundidad y hondura de un pensamiento maduro, y gozar de la belleza y goce estético que proporcionan.

La originalidad de los dietarios reside no sólo en el tratamiento de la información en ellos contenida –carente de una datación diaria (no hay fechas salvo excepciones; únicamente encabezan las anotaciones los años en que fueron escritas)– sino también en la variedad temática que aborda. Jiménez Lozano hace del dietario una forma eminentemente literaria tanto por la voluntad de estilo, que en ellos impera, como por la forma tan personal de mirar el mundo. Contribuye con ellos a la vitalidad del género y se suma a la lista de autores consagrados en esta tradición de las letras españolas. Resalta en él como rasgo distintivo la apertura hacia lo trascendente y un talante escéptico reservado para algunos enfoques en asuntos sociales y políticos<sup>6</sup>. Todas las anotaciones de estos dietarios comparten este tono y temática, aunque se podría señalar que es en el primero de los publicados, en *Los tres cuadernos rojos*, donde se ocupa especialmente de materia y asuntos religiosos. Estos cuadernos de notas han de ser, por lo tanto, debidamente apreciados y no deben ser considerados como un género residual o secundario en el conjunto de su prolífica producción literaria .

*Los tres cuadernos rojos* está constituido por la selección de las anotaciones tomadas en el período comprendido entre los años 1973 y 1983. El título del volumen procede de los cuadernos rojos en el que casi todas esas notas fueras escritas y posteriormente compiladas para su publicación; alude el escritor al comienzo de la obra a la labor de depuración a la que fueron entonces sometidas, desechando aquellas notas demasiado personales o aquellas otras que, debido a su difícil comprensión, hubieran estado necesitadas de una glosa que permitiera entenderlas o contextualizarlas.

*Segundo abecedario* aparece encabezado con unas palabras pertenecientes a San Juan de la Cruz, a su obra *Dichos de luz y de amor*, en concreto, al dicho 58 encuadrado en la “Oración del alma enamorada”: “El camino de la vida es de muy poco bullicio y negociación”. Se perfilan así dos de los rasgos que están presentes en su personalidad espiritual y literaria: la presencia de una interioridad alejada tanto del ruido y bullicio exterior como de cualquier manifestación de frivolidad o banalización de la realidad; y también un no andar en negocios humanos ni en componendas con poderes, que puedan limitar el ejercicio de la libertad y el desinterés en la búsqueda de la verdad. El título permite establecer paralelismos con el tratado ascético *Segundo abecedario*, de Francisco de Osuna, uno de los principales representantes de la escuela mística franciscana, continuadora de la enseñanza de Francisco de Asís. En las palabras que bajo el título de “Ofrenda” presiden estas notas personales escritas entre 1984 y 1988, ofrece Jiménez Lozano otra de las claves que permiten remontarse al origen o a la fuente de las mismas: “devuelvo en la medida de mis fuerzas lo que se me ha dado en lecturas, encuentros o vivencias. O simplemente en la mirada de un rostro desconocido o unas palabras de quienes también han cruzado por mi vida sin saberlo siquiera”<sup>7</sup>. Las anotaciones surgen, pues, como una ofrenda o una dádiva que el autor comparte con el lector para alumbrar su vida, como también alumbran la suya. Es el escritor quien nos revela la naturaleza de estas notas que no duda calificar de “soledades” –así las denomina en la primavera de 1995 cuando introduce el volumen tercero de sus dietarios, *La luz de una candela*–; manifiesta así, con sencillez, su deseo de que no sean concebidos como meros “dietarios literarios” ni “intimistas”.

El tercer cuaderno de notas, *La luz de una candela*, abarca las anotaciones escritas en el período de tiempo que se extiende desde 1988 a 1993. Surgen estas con la brevedad de un chispazo, al hilo de la lectura de un

<sup>6</sup> Cfr. Torrecilla, A., “El dietario íntimo como género literario. La voz de la intimidad”, *Acepremsa*, 49/93, 2 de abril de 1993, pp. 1-4.

<sup>7</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Segundo abecedario*, Barcelona, Anthropos, 1992, p. 9.

libro o de la contemplación de un cuadro, de encuentros con personas conocidas o de sucesos cotidianos que se convierten en ocasión propicia para que el autor despierte la agudeza de ingenio y el espíritu crítico ante los males que aquejan a la sociedad cuando se olvida del destino trascendente del hombre o de los principios que aseguran su dignidad en los distintos quehaceres y actividades humanas. Encabezan la antología las palabras del escritor francés Marcel Jouhandeau, a las que también hizo referencia en el discurso pronunciado con motivo de la recepción del Premio Cervantes<sup>8</sup>: “Chaque âme est à elle seule une société secrète”. Como señala el autor en el prólogo faltan las notas referentes al año 1992 y sólo recoge la mitad de las relativas a los años 1990 y 1991. El título *La luz de una candela* es sugerente. Educado en la posguerra civil española, en un tiempo “de escasez de luz eléctrica y de abundancia de historias”, la producción literaria de este escritor se enraíza en la memoria y en la pervivencia de la luz de las candelas, de sombras y llamas, de las rondas nocturnas, del amortajamiento de cadáveres y de la compañía de la muerte que entre otros, serán motivos también recurrentes de su narrativa:

“Mi infancia y adolescencia han transcurrido en la convivencia con la luz de las candelas y las llamas, y las sombras en torno. Yo he visto rondas nocturnas, como en Rembrandt: al alzarse un farol en las dependencias de servicio de la casa, en los corrales, a la vez que una pregunta: ‘¿Quién está ahí? ¿Quién anda ahí?’, el acompañamiento del Viático, llevado a un moribundo, con faroles y candelas; la lamparilla sobre la mesita de noche, o ante una imagen; el amortajamiento de un cadáver a la luz de las velas, que era un juego entre blancos y sombras, y la amarillez del cuerpo; un muerto puesto en el suelo sobre una colcha blanquísima y con una palmatoria encendida como vigilante. Resplandor de cuerpos desnudos como si fueran relámpagos, como carne cenicienta y cárdena, si el resplandor era de quinqué o de carburo. Faroles y lamparillas ardiendo a prima noche en el camposanto aldeano; faroles de los coches de caballo de luz tan incierta, tan misteriosa si se veía de lejos. Ya nunca habrá regresos tan esperados como aquéllos, visitas del médico llamado urgentemente, que se anunciaban con esas tenues lejanas luces oscilantes; y no se sabrá ya con qué paso lento, avanzaban la alegría o la esperanza, ni tampoco se adentrará tan tempranamente en el alma la perfecta conciencia de la sombra que somos, si ya no puede verse a alguien subiendo una escalera con una candela en la mano, y los juegos de lentitudes y escorzos grotescos o graves de su sombra en la pared”<sup>9</sup>.

El libro *Los cuadernos de letra pequeña* abarcan las anotaciones efectuadas entre los años 1993 y 1998; fue publicado en el año 2003 en una edición cuidada de la editorial Pre-Textos –con tipografía de Andrés Trapiello, Alfonso Meléndez y de la editorial–, en cuya portada se encuentra la ilustración de *Cazadores en la nieve* de Brueghel, pintor que ha acompañado al escritor. Como él mismo manifiesta, estas notas no habían sido concebidas para ser publicadas, lo que explica que algunas de ellas hubieran sido ya quemadas junto a otros papeles. El título responde, en esta ocasión, a la naturaleza de los seis o siete últimos cuadernos, que eran de pequeño tamaño y, por lo tanto, de letra muy comprimida<sup>10</sup>.

*Advenimientos* recoge las notas de los cuadernos posteriores a 1998, que se extienden desde el año 2001 al 2004 inclusive; como señala el autor en la nota introductoria, lo más probable es que las escasas notas que debió escribir durante los años intermedios (1999, 2000 y la mayor parte de 2001) desaparecieran. El

<sup>8</sup> “Y aún peor, porque, a fin de cuentas, era y es escritor, que ponía y pone a sus lectores en esa misma situación que él mismo describió cuando decía que lo único importante era caer en la cuenta de que se tiene un ánima, y esto es en lo último en que queremos caer en la cuenta cada uno de nosotros, porque *si la locura de la sinceridad se apropiara del mundo ¿qué quedaría del mundo?*, y, cuando me tome la locura de la sinceridad, ¿qué quedará de mí?, nos preguntamos todos, consciente o inconscientemente, con Marcel Jouhandeau” (cfr. Jiménez Lozano, J., “Discurso de José Jiménez Lozano en la recepción del Premio Cervantes 2002”, L. Bonnín (coord.), *José Jiménez Lozano. Una narrativa y un pensamiento fieles a la memoria*, Barcelona, Anthropos, 200, 2003, pp. 102-107, p. 103).

<sup>9</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., “Por qué se escribe”, L. Bonnín (coord.), *José Jiménez Lozano. Una narrativa y un pensamiento fieles a la memoria*, cit., pp. 85-101, pp. 87-88.

<sup>10</sup> Cfr. Calvo Revilla, A., “*Los cuadernos de letra pequeña* de José Jiménez Lozano: una escritura de los adentros del alma”, *Nuntium*, 9, 2003, pp. 152-163.

nombre es “el de la cartela que llevaba el atado de los últimos cuadernos de 2001, *Adviento y Advenimientos*, significando con una pequeña ironía que en esos cuadernos se trataba de lo que *había advenido* o sucedido ya en torno al tiempo otoñal y litúrgico del Adviento”<sup>11</sup>.

En los cinco volúmenes puede el lector seguir las huellas que desvelan la presencia de otros seres, una condición que Jiménez Lozano, siguiendo el magisterio del filósofo francés Gilles Deleuze y del psiquiatra Félix Guattari, considera necesaria para la madurez del pensamiento y para evitar lo que califica, en una anotación de 1996, como la más terrible de las soledades:

“S. refiriéndose a la queja de Cervantes de que no tenía con quién hablar, recuerda la afirmación de Deleuze y Guattari, cuando afirman que la presencia de otro, de un amigo, es una condición para el ejercicio del pensamiento; y dice S. que, efectivamente, se da el más terrible de los vacíos y de las soledades, cuando no se pueden confrontar los propios pensamientos con quienes están en torno porque son de otra onda de pensamientos”<sup>12</sup>.

A través de los cuadernos de notas que ahora estudiamos (no nos ocupamos de *Advenimientos*), José Jiménez Lozano proporciona una visión de la vida compartida por las voces y las semblanzas de los seres (reales y de ficción) que le acompañan y que forman parte del entramado que sostiene su obra literaria; en unas Navidades del 1997 escribe en *Los cuadernos de letra pequeña*:

“Mis compañeros de Navidad han sido el *Sartorius* de Faulkner, ya no sé si por tercera o cuarta vez releído, y el hermosísimo libro de Sylvie Courtine-Denamy, *Tríos femmes dan de sombres temps: Edith Stein, Hannah Arendt, Simone Weil*; y falta la Hillesum, pero ya la invito yo.

El libro está lleno de papelitos, como otras veces, para señal de aquello que me ha llegado más, o más me ha inquietado, pero aquí sólo apunto esta cita, que está en uno de ellos, de *La voluntad de poder* de Nietzsche, que me parece que da en el quid de nuestro estado de civilización y evita prolijos análisis y discursos:

‘El *aidos* es la emoción y el temor de ofender a los dioses, a los hombres y a las leyes eternas; es el instinto de veneración convertido en estado de costumbre en el hombre noble: una especie de disgusto a la sola idea de ofender lo que es venerable. La aversión de los griegos contra el exceso (*hybris*), contra el ser que sobrepasa sus propios límites, es algo muy aristocrático, se reclama la más noble nobleza. La ofensa al *aidos* es un espectáculo terrible para aquél que es familiar al *aidos*’.

Simone Weil refiere este *aidos* a ‘la particular especie de respeto que se debe a un desgraciado cuando se es suplicado por él’, como en *Las suplicantes* de Esquilo. Y el *aidos* sería, en suma, el respeto. Seguramente no hay otro modo de estar civilizados, de ser uno mismo; y el respeto de uno mismo es una lucha continua para no encanallarse, y por un orden en la polis que implique sustancialmente la justicia. El discurso de la autora del libro, contrastando a este respecto el pensamiento de la Weil y de la Arendt, se ve obligado, naturalmente, a invocar a la Antigüedad, ‘más experimentada en nosotros que en política’. Los sueños modernos en este plano de la realidad, incluidos los humanitaristas, igualaristas, fraternales y piadosos, ya han producido demasiada sangre.

Como es lógico, por lo demás, Dostoevski y Melville también son invocados como *avisadores* de todo esto. ¿Para qué si no la literatura? ¿Por qué, y para qué, crearán algunos ilustres caballeros literarios que escribió Esquilo, y se escriben novelas?

Parece que Nathaniel Hawthorne se lo dijo un día a su amigo Herman Melville, le convenció, y éste se salió con *Moby Dick*”<sup>13</sup>.

<sup>11</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Advenimientos*, Valencia, Pre-Textos, 2006, p. 11.

<sup>12</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Los cuadernos de letra pequeña*, Valencia, Pre-Textos, 2003, p. 151.

<sup>13</sup> Cfr. *Ibidem*, pp. 197-198.

En unos momentos en que “nadie quiere saber nada con historias ni tener nada que ver con la historia”<sup>14</sup>, Jiménez Lozano, fiel al pensamiento y a la concepción trascendente de la vida humana, se hace eco del peso de la historia y de las historias en la vida de los hombres, sin temor a mentar “la bicha” de la tragedia humana porque sólo habrá un presente verdaderamente humano cuando este absorba en sí la tragedia, y esta se convierta en semilla de un futuro mejor. Y porque la ignorancia o el falseamiento a que han sometido a la historia las construcciones ideológicas y políticas más fuertes solo han dado como frutos el horror y las víctimas y el sufrimientos de tantos seres humanos. Por este motivo, el escritor abulense ha cultivado lo que considera los dos modos fundantes del narrar y enseñar la historia: el documento y la narración –no exenta de lo que ha denominado “una especie de purificación de la narración”, que consiste en “no contar ni más ni menos de lo que se sabe, ni embellecimiento ni envilecimiento, ni un átomo de ideología y, luego, el desposamiento del mundo y del tiempo que se narran, y la pura objetividad”<sup>15</sup>-. Jiménez Lozano recoge el rastro del hombre mediante la purificación de los intereses y permanece ajeno a cualquier constructo ideológico, sin corsés de compromisos sociales ni políticos que puedan impedirle otorgar voz propia a los seres que han vivido la historia. Afirma: “Y ciertamente que el historiador ha de salir de su yo y de su tiempo para hablar de otros yoes de otros tiempos, sin sustituirlos, sin prestarles pensares y sentires, naturalmente; y todo esto forma parte de la objetividad que sólo es –pero no menos– lealtad con todo eso, y con los hechos”<sup>16</sup>. En este sentido podemos subrayar que, al estudiar los cuadernos de notas y el conjunto de su obra literaria, cabe hablar de honestidad intelectual memorialística en el sentido más estricto del término; en la narración de las historias huye de manejar ideas preconcebidas, prejuicios o concepciones ideológicas sobre las que se alcen presupuestos teóricos; se encuentra con la realidad y la cuenta con la objetividad de que es capaz, en un intento deliberadamente buscado de narrarla tal y como ha sido, sin la pretensión de apropiarse de la historia ni del pasado, porque “ni la tiniebla, ni la nada, ningún poder del mundo y del trasmundo, pueden hacer que no haya sido”<sup>17</sup>.

En el estudio que nos ocupa nos hemos centrado en dos voces femeninas contemporáneas que, en mayor o menor medida, han acompañado al escritor en sus reflexiones, en los momentos dedicados a la lectura o en los ratos de conversación a lo largo de tres décadas, desde 1973 al 1998: Hannah Arendt y Simone Weil. Nuestro análisis ha partido de las anotaciones en las que estas mujeres han sido nombradas. No llama la atención que sean ellas las elegidas y no otras. Y si nos preguntáramos acerca de los motivos por que las retoma Jiménez Lozano, la respuesta es la que el mismo autor daba cuando trataba de hablar de los místicos, porque como estos “desde su insignificancia mundana y su *aperteid*, han aparecido, sin embargo, en las noches del mundo, y lo han sostenido”<sup>18</sup> y se han convertido –y nos servimos de términos que son familiares para los lectores de este escritor– en *avisadores* de nuestro tiempo.

Encontramos en estas anotaciones de Jiménez Lozano el respeto a la realidad (a la *res nostra* de la que le gusta hablar) como único modo posible de saber cómo se es y no se es hombre, huyendo de la irrisoria estupidez de mixtificar lo acaecido –una tendencia actual en la enseñanza de la historia que dice que la objetividad del relato histórico “no estaría *in re*, sino en la realidad que se decida que ha sido la realidad, hasta por las autoridades competentes de las distintas geografías de la Piel de Toro u otros reinos o sectas ideológicos”<sup>19</sup>-. Los cuadernos de notas guardan *memoria de hombre* –como a él le ha gustado nombrar la herencia del verdadero patrimonio histórico-artístico legado, único suelo fundante de la identidad humana, más allá de los determinismos ideológicos-sociales o políticos que en cada época de la historia hayan pretendido

<sup>14</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., “El ángel de la historia”, *Archipiélago*, 47, 2001, pp. 11-14.

<sup>15</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 12.

<sup>16</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 12.

<sup>17</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., “Mantener en pie una memoria”, *Nueva Revista de Política, Cultura y Arte*, 46, 1996, pp. 33-46, p. 33.

<sup>18</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., “Una cierta mirada sobre la mística cristiana”, *Stromata. Revista de Cultura*, 3, 2004, pp. 11-30, p. 18.

<sup>19</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., “El ángel de la historia”, cit., p. 14.

reafirmarse—. A través de estas anotaciones que apresan la belleza del hombre y del mundo Jiménez Lozano plasma en escritura lo que al hombre le ocurre de gozoso o lacerante para que acompañe y habite a otros hombres y les facilite la tarea del vivir cotidiano, del “pasar la vida y tragar la muerte”<sup>20</sup>, sirviéndonos de una expresión suya. Consciente de que el mundo de la cultura y de las ideologías imperantes en la sociedad está muy distante de funcionar de acuerdo con los cánones y los valores que defendieron con su vida Simone Weil y Hannah Arendt, acude Jiménez Lozano al descanso interior que le proporciona la lectura de sus obras y a la compañía que le aseguran en el camino hacia el universo de la verdad, de la belleza y del bien que es reservado a los genios, un territorio frecuentado por quienes no están comprometidos con ninguna forma de poder ni esclavizados por el dinero o el interés, considerados por el mundo y la mundanidad como la escoria del mundo, *les malheureux*, *l'idiot de village*, de que hablaba la Weil, entre los que se encuentran los humillados por las ideologías totalitarias, los místicos, los miserables y un largo etcétera que va recogiendo a lo largo de su narrativa<sup>21</sup>.

De las dos voces femeninas europeas seleccionadas, las referencias a Simone Weil son las más numerosas a lo largo de los cuadernos de notas. Su nombre figura en los cuatro primeros volúmenes y aparece desde las primeras anotaciones de 1973 de *Los tres cuadernos rojos* hasta las del año 1998 con *Los cuadernos de letra pequeña*. Son asiduas las referencias a pasajes concretos de sus obras, si bien no aparecen mencionados en ninguna los títulos de ninguna de ellas (*Pensamientos desordenados acerca del amor de Dios*; *Reflexiones sobre las causas de la libertad de expresión y la opresión obrera*, escrita en 1934; *Ensayos sobre la condición obrera* [1935]; *La gravedad y la gracia* [*Le pesantier et la Grâce*] [1947]; *La conciencia sobrenatural* [1950], *A la espera de Dios* [*Attente de Dieu*], escrita en 1950; *Reflexiones sobre los orígenes del hitlerismo*; *Carta a un religioso*, [*Lettre à un Religieux*]; *Intuiciones precristianas* [*Intuitions pré-chrétiennes*], de 1942; *Echar raíces* [*L'enracinement*]; *El conocimiento sobrenatural* [*La Connaissance surnaturelle*], etc. Viene esta pensadora francesa de origen judío a engrosar la contradictoria familia de un escritor, para quien el asunto de narrar es una cuestión de complicidades no sólo con los escritores que han tenido la capacidad de generar encuentros e historias que interpelan la vida del lector, sino también con los personajes de las historias narradas:

“El escribir, el narrar, es esencialmente un asunto de complicidad con esa tu larga, compleja y contradictoria familia: Pascal y Voltaire, Cervantes y Boccaccio, Shakespeare y Eurípides, Qohelet y Dostoievski, Melville y Giovanni Verga, y, sobre todo, los personajes y las historias de docenas de narraciones o dramas que se han hecho más amigos tuyos, más hermanos, se han desposado contigo y tú con ellos y os habéis herido y devorado mutuamente”<sup>22</sup>.

Cercana al sufrimiento y a los problemas y necesidades de la clase obrera, Simone Weil manifestó gran interés por los problemas sociales hasta buscar que la desgracia ajena penetrara en su “carne y en su alma”. En 1930 obtuvo la cátedra de Filosofía en Puy, tras cursar durante cuatro años en el liceo Duruy los estudios superiores en las clases de Le Senne y del filósofo normando Émile Chartier –más conocido con el seudónimo de Alain–, con quien colaboró en la redacción de unos artículos conocidos con el título de *Propos*, una especie de charlas con las reflexiones estéticas y éticas que marcarían su pensamiento; de este pensador recibió Simone su amor por lo real concreto y la pretensión racionalista de alcanzar la mística, trascendido por un eclecticismo individualista; con su ayuda descubrió el amor *fati* que intentó vivir hasta el extremo con las clases obreras a las que conoció al empezar a trabajar en 1934 en la Renault como fresadora, descritas en *Attente de Dieu*:

“Tenía el alma y el cuerpo, en cierto modo, hechos pedazos. Este contacto con la desgracia había matado mi juventud. Hasta entonces no había tenido experiencia de la desgracia, a no ser de la

<sup>20</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., “Mantener en pie una memoria”, cit., p. 33.

<sup>21</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., “Queridísima e irritante Simone”, en *Archipiélago*, 43, 2000, pp. 13-20, p. 14; Calvo Revilla, A. (ed.), “La apuesta ética y estética de la narrativa de José Jiménez Lozano”, *Cultura y Sociedad*, Madrid, Fundación Universitaria San Pablo-CEU, 2005, pp. 61-90.

<sup>22</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., “Por qué se escribe”, cit., p. 86.



mía propia, que, siendo mía, me parecía poco importante, y que, por lo demás, no era más que una desgracia a medias, puesto que era biológica y no social. Sabía perfectamente que había muchas desgracias en el mundo, tenía la obsesión de ellas, pero no las había comprobado nunca por un contacto prolongado. Estando en la fábrica, confundida a los ojos de todos y a mis propios ojos con la masa anónima, la desgracia de los otros entró en mi carne y en mi alma. Nada me separaba de ellos, porque había olvidado realmente mi pasado, y no esperaba ningún porvenir, ya que difícilmente podía imaginar la posibilidad de sobrevivir a estas fatigas. Lo que allí sufrí me marcó, de un modo tan duradero que todavía hoy, cuando un ser humano, cualquiera que sea, en cualquier clase de circunstancias, me habla sin brutalidad, no puedo evitar el pensar que debe de haber en ello algún error y que el error va sin duda, a disiparse”<sup>23</sup>.

Una experiencia parecida a la que tuviera durante su trabajo como vendimiadora, tras escaldarse los pies mientras prestaba apoyo a la causa republicana en la guerra civil española, que relató así: “Un día me pregunté si no estaría muerta y habría caído en el infierno sin darme cuenta de ello, si el infierno no consistiría en vendimiar eternamente”<sup>24</sup>.

En una anotación del año 1990 recoge el escritor abulense en *La luz de una candela* uno de los pensamientos de Simone Weil (“La creencia en la existencia de otros seres humanos como tales es amor”) como base de su reflexión: “Pero Simone de Beauvoir cuenta que a ella y a Sartre la inteligencia de esta muchacha les aterraba”<sup>25</sup>. El nombre de Simone Weil es imprescindible cuando se alude a la concepción que Jiménez Lozano tiene de la narración como una de las posibles maneras de recuperar la memoria de los pobres y seres de desgracia:

“Los pobres no tienen nada que hacer en nuestra sociedad, son más que nunca ‘los Invisibles’; así que tampoco Kierkegaard, tampoco Simone Weil, tampoco Juan de la Cruz, tampoco *Les hauts quartiers*. Es lógico de toda lógica”<sup>26</sup>.

Y, asimismo, bajo la influencia de esta pensadora francesa surge en Jiménez Lozano la concepción del genio como aquel ser capaz de mostrar la desgracia; así lo anota en *Los cuadernos de letra pequeña*:

“La crítica literaria está hecha, como cuando Simone Weil exigía para el genio la capacidad de mostrar la desgracia; lo demás verdaderamente es pura añadidura. ¿Y acaso cabe esperar verdad y hermosura de otra clase de gentes que de gentlemen and friends?”<sup>27</sup>.

En alguna ocasión, el nombre de Simone Weil aparece asociado al de Dostoievski. Ambos escritores le sirven como punto de referencia en algunas historias en las que es palpable la complejidad del existir del hombre, como se puede apreciar en esta anotación del año 1981:

“De nuevo esos rostros de mi infancia, seres de vida tan atroz, pero que con su pobreza y su sufrimiento siguen iluminando la mía. Obdulia, que se volvió loca, al ser requerida y presionada, día tras día a entregarse sexualmente, si quería evitar que asesinasen a su tío con quien vivía. Y no

<sup>23</sup> Cfr. Weil, S., *Attente de Dieu*, París, La Colombe, 1950, p. 72 [Ch. Moeller (1953), *Littérature du XX<sup>e</sup> siècle et Christianisme, I, Silence de Dieu*, París et Tournai, Éditions Casterman. Traducción de V. García Yebra, *Literatura del Siglo XX y Cristianismo, I. El silencio de Dios*, Madrid, Gredos, 1966, 6<sup>a</sup> ed., pp. 74-75].

<sup>24</sup> Cfr. Weil, S., *La pesanteur et la Grâce*, París, Plon, 1948, p. VI [Charles Moeller (1953), *Littérature du XX<sup>e</sup> siècle et Christianisme, I, Silence de Dieu*, París et Tournai, Éditions Casterman. Traducción de V. García Yebra, *Literatura del Siglo XX y Cristianismo, I. El silencio de Dios*, cit., p. 296]

<sup>25</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *La luz de una candela*, cit., p. 107.

<sup>26</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Los tres cuadernos rojos*, cit., p. 178.

<sup>27</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Los cuadernos de letra pequeña*, cit., p. 66.

hubo asesinato, y ni siquiera intención de llevarlo a cabo, pero los nervios de Obdulia se rompieron y tuvo que ser internada. La he visto llorar y llorar, y sólo he podido comprender mucho más tarde la razón de ese llanto.

Edita, la muchachita pobre, sin madre, con su jersey cillo rojo, las manos hinchadas, lavando, sentada al sol, raquítica, sin amor. Vivía en una cuadra que a mí me parecía un palacio encantado donde ella pasaba frío. Muerta, en seguida. Al volver de vacaciones un año pregunté: ¿Y Editita? Murió, me respondieron.

Luis, con su gran cabezota, que se convirtió para él en mal mote, sin madre, siempre hambriento, con las manos llenas de grietas, enfermo del corazón. Y también muerto, en seguida.

Son como tres ángeles terribles que me rodean y cuyo rostro veo con perfecta nitidez. Pero ¿por qué su sufrimiento? Cuando leí, luego, a Dostoievski, a Faulkner, a Gorki o a Bernanos –y desde luego a Juan de la Cruz– ellos estuvieron en cada página. Por Simone Weil supe muy pronto que seres así sostienen el mundo, la historia y el pensamiento”<sup>28</sup>.

Como no dudan señalar los biógrafos, para no empequeñecerse ante la superior capacidad intelectual de su hermano, Simone Weil se impuso el desprecio de la belleza física como medio para alcanzar otras verdades superiores tras llegar a la convicción, formulada en *A la espera de Dios*, de que “cualquier ser humano, aunque sus facultades naturales sean casi nulas, penetra en el reino de la verdad reservado para el genio, con sólo decir la verdad y hacer constantemente un esfuerzo de atención para alcanzarla”. El contacto con el dolor ajeno la condujo a una entrega y solidaridad con los seres más débiles y desamparados de la sociedad<sup>29</sup>. Como ya sucediera en la complicidad del escritor abulense con Dostoievski<sup>30</sup>, a través de S. Weil continúa ofreciendo una concepción ética del oficio de escribir, porque la literatura –nos dirá– ayuda a descubrir el corazón humano y la trama o urdimbre de las acciones humanas, el misterio terrible de lo que al hombre le ocurre, y, por lo tanto, permite que el lector se acerque al enigma del hombre por los sótanos y el descenso a los infiernos, sin disimular lo que hiede<sup>31</sup>. Por este motivo, son numerosísimas las alusiones a la escritora francesa cuando acuden a los cuadernos de notas historias de seres de desgracia, de los don nadie, de los aplastados de la sociedad, de los idiotas, como esta:

“Un forense amigo mío me cuenta que una muchacha de dieciocho años, que se suicida, deja en la mesita de noche una carta en la que explica que durante varios días ha tratado de arrojar al paso del tren, pero que no ha tenido valor ‘y, hoy, no sé si me atreveré’. El acné de su rostro le hacía la vida harto amarga.

El forense no encuentra rastro de acné en el rostro del cadáver. ‘Quizá –me dice–, porque la rigidez cadavérica lo ha hecho desaparecer’.

Cuando un escritor acude al dietario para narrar, los críticos al uso hablan de ‘expediente literario’. La superficialidad de sus vidas les impide ver lo que es la escritura: el verter el alma y el infierno en que se vive en el papel, lo que es, realmente, literatura. O lo que merece tal nombre. Y si se escribiese que el acné de un rostro desaparece con la muerte, hablarían de alegorías o símbolos. Como si los símbolos no fuesen, por otra parte, una profundísima expresión de la realidad, y de una realidad atroz y cuyo sentido se nos escapa como en este caso: la muerte torna adorable un rostro que la vida había hecho desagradable. Pero la belleza estaba ahí.

Siempre hay un momento de esplendor y transformación, un momento de gloria y transfiguración, un instante, al menos, un relámpago de belleza en todo ser humano. Todo rostro ha suscitado

<sup>28</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Los tres cuadernos rojos*, cit., pp. 122-123.

<sup>29</sup> Cfr. Weil, S., *Attente de Dieu*, cit., p. 292.

<sup>30</sup> Cfr. Calvo Revilla, A., “Los humillados y ofendidos en la literatura europea: Jiménez Lozano y Dostoievski”, M<sup>a</sup>. D. de Asís Garrote y A. Calvo Revilla (eds.), *Ficción y realidad en la novela contemporánea española. Actas de las II Jornadas de Narrativa Contemporánea Española*, Madrid, Instituto de Humanidades Ángel Ayala-CEU y Universidad San Pablo-CEU 2005, pp. 48-74.

<sup>31</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Los tres cuadernos rojos*, cit., p. 78.

alguna vez el deseo de un beso, y el rostro de los idiotas revela, a poco que pongamos cuidado en él, sus rasgos de niño. Me fascinan estos misteriosos rostros, que la imbecilidad científica alinea en los tratados de enfermedades mentales. El genio, como diría Simone Weil, resplandece en ellos, siquiera con un esplendor oscuro”<sup>32</sup>.

Las lecturas de Simone Weil acompañan al escritor en la tarea de prescindir de lo anecdótico y superficial para penetrar de golpe y con delicadeza extrema en las recónditas profundidades del alma, en sus raíces, rescatando lo más plenamente humano y redimiéndolo de su aparente debilidad y fragilidad, de su miseria humana y moral, y para manifestar, de ese modo, la grandeza del ser del hombre, como señala en una anotación de 1983:

“Una corona de flores de plástico, puesta sobre una cruz en una pobre sepultura de tierra, está envuelta en una funda igualmente de material plástico que, sin duda, ha cubierto un colchón, porque en ella se leen las palabras de este eslogan publicitario: ‘Noches de confort’. Algo que, naturalmente, en este lugar resulta cómico y hasta sarcástico; pero la risa se me hieló en seguida en los labios. ¡Con cuánto amor se ha debido de traer aquí esa corona y con cuánto amor se ha debido de envolverla y de alisar la funda –como si se alisara el embozo de una sábana– para que el recuerdo perdure sobre las injurias del tiempo y las flores de plástico se vean y testimonien lo que un corazón siente por aquel ser querido allí enterrado!

La pobre mujer que cuida de esta tumba no ha visto el lado inconveniente o cómico de la situación, si es que sabe leer siquiera. Sólo la ha guiado su amor y su sufrimiento, que todo lo transfiguran. Y he aquí una cuestión para hermeneutas literarios clásicos o modernos, analíticos o estructuralistas. He aquí una gran cuestión semiótica de significantes y significados. Pero callar ante ella, como ante toda palabra verdadera cuya enunciación puede ser torpísima, o hasta hecha en silencio. Como las palabras de un pobrecillo arrastrado ante un tribunal, que incluso le toma a chacota y a cuyas preguntas, que ni siquiera entiende, responde con despropósitos. Simone Weil nos ha dicho que así es como comparece siempre la verdad ante los hombres: como ridícula y pobrecilla”<sup>33</sup>.

Con la influencia y la compañía de Simone Weil, el lector ve desfilar a lo largo de las anotaciones las vidas de seres humanos débiles e indefensos, desvalidos, inermes en la pobreza, en el dolor y en la miseria, cuya memoria José Jiménez Lozano intenta redimir del olvido e insignificancia<sup>34</sup>. De sus personajes se ha señalado con acierto que “son sabios, por lo mucho que, en carne propia o en la de sus antepasados, han vivido y han padecido, por lo mucho que han heredado del conocimiento oculto en el dolor”<sup>35</sup>. La mirada del escritor se acerca a su fragilidad con indulgencia, ternura y comprensión, siguiendo la doctrina del libro de Job: “*Homo natus de muliere, brevi viven tempore, repletus miseriis, qui quasi flos egreditur et conteritur et fugit velut umbra*” (Job, XIV, 1-2), “el hombre, nacido de mujer, corto de días, harto de tormentos, brota como flor y se marchita y huye como sombra sin pararse”, un hombre que no es capaz de prolongar los días de estancia sobre la tierra y nace en la fragilidad. La mirada que les dirige es entrañablemente humana y va impregnada de piedad y misericordia, como subraya en *La luz de una candela*: “Nunca se tiene demasiada indulgencia, demasiada comprensión. Sólo el orgullo, la prepotencia y la bruticie merecen desprecio”<sup>36</sup>. Los seres que rescata, también en los dietarios, son los que sufren y las voces que se escuchan las de las víctimas que la historia ha acallado y enmudecido. En toda su obra literaria se puede apreciar un propósito deliberado e intencionado de rescatar del olvido y de la memoria a los seres olvidados y marginados por la sociedad, todo

<sup>32</sup> Cfr. *Ibidem*, pp. 11-12.

<sup>33</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 214.

<sup>34</sup> Cfr. González Saiz, J. A., “Para que todo esto no sea todo”, *Archipiélago*, 26-27, 1994, pp. 141-156, p. 141.

<sup>35</sup> Cfr. Bonnín, L., “Un hombre solo: Jiménez Lozano y el periodismo”, *José Jiménez Lozano*, cit., pp. 97-111, p. 98.

<sup>36</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *La luz de una candela*, cit., p. 19.

lo que es o se muestra desvalido e insignificante. Otorga así a la memoria un papel redentor del sufrimiento humano que se ve confortado, consolado, considerado, estimado, etc.

José Jiménez Lozano muestra simpatía humana y afecto hacia los seres más desafortunados de este mundo, hacia aquellos en los que ha dejado de alguna manera su impronta el sufrimiento, ya sea por enfermedad, por desamor o por miseria. Se aprecia una preferencia por los seres más débiles de la sociedad, por los más indigentes e indefensos, que recuerdan a la protagonista de *El diálogo de las carmelitas* de Bernanos, Blanca, quien, al entrar en el Carmelo para hacer la ofrenda a Dios de su misma debilidad, encarnó el espíritu de las Bienaventuranzas, ofreciendo esa inversión de los parámetros humanos: lo que estaba humillado es ensalzado y a la inversa. Si bien no aparecen explícitas las referencias a Dios ni a la preferencia divina por los seres humillados como reflejo de la cruz de Cristo –como sucede en Bernanos–, sí la mirada amorosa con que el narrador nos los presenta. La presencia de estos seres de desgracia va asociada en uno de los dietarios a la contemplación del Crucificado en un pintor flamenco; se trata de una anotación del año 1995, en la que el nombre de Simone Weil aparece junto al breve comentario que le sugiere el cuadro de *Camino del calvario* de Pieter Brueghel, un óleo en el que junto a la figura central del Crucificado desfilan quienes asistieron a la crucifixión de Cristo: María –con la cabeza inclinada hacia su Hijo– consolada por San Juan y las santas mujeres, y un coro de curiosos, una masa humana, despersonalizada, que desde la distancia y lejanía contempla lo sucedido:

“También de Brueghel me lacera particularmente, entre tantas otras hermosuras, su cuadro de *Camino del calvario*, en el que ha pintado verdaderamente a un ser de desgracia, a un pobrecillo que es todos los pobrecillos del mundo, y éste sí que pregunta, aunque ni siquiera nos mire. ¿Quién sostendría su mirada? Haría añicos el mundo. Pero sólo un genio es capaz de pintar a un ser así, de escribir sobre un ser así, como decía la Weil, y no tiene réplica tal afirmación, ciertamente”<sup>37</sup>.

Consciente de que uno de los males que aquejan a la sociedad y la dañan es la tendencia a violar el carácter individual del alma humana, a pulverizar el carácter único de cada persona y a reducirla mediante formas de degradación diversas a un carácter gregario, el escritor abulense alza su voz crítica para defender la individualidad de cada ser humano y de cada uno de sus actos, aunque los pensamientos y sentimientos no encajen en las categorías políticas de moda (ya en otras ocasiones hemos aludido al clima de silencio que ha separado su obra de los círculos culturales vigentes<sup>38</sup>). Es la suya una obra encaminada a llegar a los entresijos del alma y destinada a rescatarla de las distintas formas de poder social o político que sobre ella se ejercen. Si ya entonces aludimos a cómo una parte considerable y nada desdeñable de su producción ensayística ha estado orientada a alertar de los peligros con que se encuentra la palabra escrita, invitada a entablar un compromiso con las ideologías<sup>39</sup>, es este un aspecto que hacemos extensivo también a sus dietarios; en esta tarea lo acompañan, asimismo, algunas consideraciones de Simone Weil, como esta de *La luz de una candela*:

“En televisión, en una emisión de gran público que lleva invitados se presenta a un ‘deficiente mental’ a quien se trata con una deferencia humillante. Se le pregunta que qué tal se entiende con las chicas y cómo le gusta la coca-cola, si fría o caliente, etc., alabándole continuamente. Es un espectáculo intolerable: la *mise en scène* de una historia de bufones, sabandijas, enanos y dominguillos del barroco, divirtiendo a los señores y democratizada ahora por la televisión. Me acuerdo de Simone Weil, inevitablemente: ella reconoció el genio y su invisible huella en estas vidas. Pero también ‘me acuerdo’ de la tribu de imbéciles que es a la que pertenecen todos los que han montado este espectáculo, salvaje y de ‘gran audiencia’”<sup>40</sup>.

<sup>37</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Los cuadernos de letra pequeña*, cit., p. 102.

<sup>38</sup> Cfr. Bonnín, L., “José Jiménez Lozano. Memoria y narración de los silencios y olvidos que secretamente constituyen la trama de nuestra urdimbre cultural”, L. Bonnín (coord.), *José Jiménez Lozano. Una narrativa y un pensamiento fieles a la memoria*, cit., pp. 3-84.

<sup>39</sup> Cfr. Calvo Revilla, A., “La apuesta ética y estética de la obra literaria en José Jiménez Lozano”, cit., p. 62.

<sup>40</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *La luz de una candela*, cit., p. 165.

Para permanecer libre e independiente de los estereotipos –de lo que él ha denominado con gran acierto *idola temporis* o *Zeitgeist*, espíritu del tiempo, el corsé de la *doxa* o constricción social y cultural–<sup>41</sup>, para huir de la cultura de la nada, del nihilismo, Jiménez Lozano acude deliberadamente al refugio que le proporcionan los adentros del alma de Simone Weil, en un intento de superación de las restricciones que vienen impuestas por las circunstancias históricas, políticas o ideológicas del momento en que le toca vivir, como lo hicieran también San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Ávila, o Cervantes. Sólo así puede acudir en medio de la vanagloria y aplausos o silencios del mundo a los verdaderos fondos, al lado de atrás de la realidad que permite tocar la llaga y la gloria del mundo en busca de “hermosura, conocimiento, y grosor de humanidad”<sup>42</sup>. En este sentido es significativa una de las anotaciones de *Segundo abecedario*, en que el autor, después de una tarde en la que se ha visto obligado a atender cuestiones políticas, acude al descanso que le proporciona la lectura de Simone Weil:

“A última hora de la noche, después de haber tenido que ocuparme toda la tarde de ‘cuestiones políticas’ por oficio, busco un antídoto, y bien pueden serlo estas palabras de Simone Weil: ‘Así, el despojamiento perfecto es el único que permite ver las cosas desnudas y sin el ruido de valores mentirosos. Por eso Job necesitó las úlceras y el muladar para que se le revelara la belleza del mundo’.

Una noche heladora, pero un cielo hermosísimo, y el intenso parpadeo azul de sirio. Un azul que es pura luz”<sup>43</sup>.

Se alza así una obra literaria dotada de una gran unidad en la concepción de la escritura, sostenida en una teoría de la literatura de lo débil y quebradizo, que halla su centro en lo que no luce ni ha lucido nunca. Su referente nuevamente es, entre otros, Simone Weil cuando sostiene que una condición de la belleza es la distancia y cuando halla en San Francisco de Asís la imagen del buscador de la verdad y la belleza en la pobreza y en la fragilidad:

“L’espectacle des fleurs du cerisier au printemps –escribe Simone Weil–, n’irait pas au coeur comme il fait si sa fragilité n’était tellement sensible. En general une condition de l’extrême beauté est d’être presque absent, ou par la distance ou par la faiblesse. Les astres son inmutables mais très lointains; les fleurs blanches sont là, mais déjà presque détruites’ Y también: ‘c’est à cause de mensonge de la richesse que saint François n’en a pas voulu. Il a cherché dans la pauvreté non la douleur, mais la vérité et la beauté. Il chrechait la poesie du contact vrai, conforme à las vérité de la situation humaine, avec cet univers où nous avons été placés’.

He aquí toda una ‘teoría de la literatura’: sólo lo que es lejano o débil es importante, sólo lo que es pobre o frágil es hermoso, y la extrema belleza nunca es obvia, ni fulgura. La riqueza literaria, como la otra, es mentira, y hay que pasar de ella, desposar la pobreza. Es decir, la simplicidad. Escribir es, seguramente, desnudar y despojar al mundo de oropeles y relucencias, no llenarlo un poco más, o mucho más, de palabras y palabras como bibelots, joyas y cachivaches. Narrar es encontrarse con rostros que nadie conoce sino tú, pero sólo si sabes dónde están esos rostros y aguzas el oído para escuchar su voz; sólo si acudes a los suburbios de la historia, a sus subterráneos, quizás a sus muladares.

‘L’histoire –dice también Simone Weil– est basée sur la documentation, c’est à dire dur le témoignage des meurtriers concernant les victimes.’ Y así es, porque son siempre ‘les meurtriers’, esto es, los triunfadores y los señores, los que tienen voz y han hablado, quienes poseen el poder de

<sup>41</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., “Los demonios del escritor”, *Lecciones en la Residencia. José Jiménez Lozano. El narrador y sus historias*, Madrid, Residencia de Estudiantes y Fundación de Jorge Guillén, 2003, pp. 21-48, p. 36.

<sup>42</sup> Cfr. *Ibidem*, pp. 22-23.

<sup>43</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Segundo abecedario*, cit., pp. 135-136.

la lectura-escritura y de la hermenéutica de los signos y los *facta*, e incluso quienes pueden decidir también lo que es ser hombres o desechos humanos, y lo que es la realidad. Y ellos han fabricado la documentación.

Sólo en el tiempo más reciente los historiadores se han decidido a preguntar a las víctimas, a los silenciosos y a los invisibles, pero su rostro y su voz sólo la narración puede salvarlos”<sup>44</sup>.

Si en otras ocasiones hemos aludido a Dostoievski para fundamentar la relación estrecha que, en la concepción de nuestro Premio Cervantes, la obra literaria mantiene con la belleza y lo verdadero, también hemos de establecer lazos de conexión con Simone Weil. En ella encontramos una de las raíces nutricias de la concepción estética e intelectual de lo que la literatura es para José Jiménez Lozano, quien alude a dos de los rasgos que para Simone Weil definen el acto estético: en primer lugar, percibimos los ecos de la tesis expuesta en *La gravedad y la gracia* cuando, tras definir el gozo estético como un acto de amor, de asombro y de admiración ante la belleza creada, señala que en el acto de percepción estética el sujeto acepta la distancia de lo bello y se experimenta el atractivo de algo distante, sin afán de poseerlo<sup>45</sup> –Jiménez Lozano lo traduce en términos de lejanía y desinterés que necesitan del silencio–:

“La belleza de esta mañana helada, silenciosa. La escarcha es tan abundante que cruje bajo el calzado, como la nieve. Pero quizás la belleza suprema del paisaje y de la naturaleza toda se revela ‘cuando nadie lo ve, absolutamente nadie’, como dice Simone Weil.

‘Cuando yo estoy en algún sitio –añade– mancho el silencio del cielo y de la tierra con mi respiración y el latido de mi corazón.’ Y ciertamente, cuando la belleza es tan silenciosa, tan frágil, uno tiene la sensación de ser un intruso”<sup>46</sup>.

Y en segundo lugar, la tesis expuesta en su obra *Echar raíces (L'enracinement)*, cuando al hablar del alma humana se sirve de la imagen de un árbol cuyas raíces necesitan alimentarse de la belleza, la verdad y el bien, y establece un paralelismo entre la belleza y la condición de indigencia o pobreza del hombre porque en la contemplación de la belleza se requiere el desinterés y la liberalidad, que el sujeto renuncie a cualquier intención sobre lo contemplado, una atención desinteresada que solo mira y espera:

“En las casas de los ricos, decía con razón Simone Weil, no hay poesía, se sustituye con el amontonamiento de cosas hermosas, que a Teresa le chocaban tanto en el palacio de la duquesa de Alba, en Alba de Tormes. La belleza brilla, sin embargo, como un relámpago en un rincón enjalbegado de sus conventillos, donde se ha colocado una orza o una pequeña femenina zapatilla de esparto”<sup>47</sup>.

Al analizar la presencia de estas dos voces femeninas en los dietarios llama la atención el hecho de que el nombre de Simone Weil vaya asociado con frecuencia al de los místicos, a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz; en todos ellos se perciben elementos que configuran una dimensión trascendente y religiosa de la vida. Si bien cuando aludimos a la mística nos referimos a la vivencia profunda del misterio cristiano que conduce a la penetración de la gracia en toda la vida o a la experiencia de Dios por parte del hombre que la recibe y, en este sentido, no podríamos señalar que este sea el itinerario que presida la obra de Simone Weil ni la de Jiménez Lozano, sin embargo, sí están presentes los rasgos que han ido configurándola: sincretismo ideológico –con fuerte predominio del neoplatonismo agustiniano–, madurez doctrinal, capacidad de

<sup>44</sup> Cfr. *Ibidem*, pp. 19-20.

<sup>45</sup> Cfr. Weil, Simone, *La gravedad y la gracia*, Madrid, Trotta, 1995, p. 182.

<sup>46</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Segundo abecedario*, cit., p. 250.

<sup>47</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Los tres cuadernos rojos*, cit. p. 36.

introspección, valoración del ascetismo, realismo y alto valor literario, sobriedad sentimental y desnudez espiritual compatibles con la riqueza y sugestividad de las imágenes, etc.<sup>48</sup>. En este aspecto, son relevantes las circunstancias biográficas de Simone Weil. Durante la Segunda Guerra Mundial –cuando su familia se había visto obligada por su condición judía a huir de París en dirección a Estados Unidos y ella se encontraba en Marsella–, se produjo el encuentro de la pensadora francesa con el filósofo francés Gustave Thibon, por mediación del padre Perrin –al que había conocido a través de su amiga Hélène Honnorat y con quien Thibon había trabado una estrecha amistad<sup>49</sup>–, quien le había pedido a Gustave que aceptara a Simone como obrera agrícola en la granja familiar que tenía con sus padres en Saint-Marcel d’Ardèche, en Marsella. El sincero espíritu de búsqueda de Simone –en medio de un pensamiento gnóstico, impregnado de estoicismo místico antiguo y de un fuerte influjo cátaro–, el ascetismo y desinterés que la caracterizaban, la lectura compartida de Platón en el griego original y la recitación del Padrenuestro fueron permitiendo el acceso a la interioridad de los planteamientos espirituales y filosóficos de Thibon, de los que Simone Weil saldría enriquecida con una mayor cercanía a la fe cristiana –en la Espera de Dios cuenta cómo al recitar la oración del Padre Nuestro, Cristo mismo se le hizo presente–. Aunque Simone recibió algunas gracias místicas que la llevaron a descubrir la sonrisa de un rostro amado a través del sufrimiento, sin embargo, su estoicismo – presente en la publicación de *Intuitions pre-chétiennes*– la condujo a vivir un universo religioso impregnado de un sentimiento de armonía y en unión mística con el Logos, y a experimentar un cierto drama espiritual debido a su obsesión por hallar una certeza matemática donde se había de producir un encuentro con la fe en la Palabra de Dios, algo que le impidió que llegara a recibir el bautismo<sup>50</sup>. Sin embargo, tanto para Simone Weil como para Jiménez Lozano, la realidad de lo humano se resuelve en reminiscencia e imagen plástica bajo la que se entreve la esencialidad religiosa. Ambos abordan –y Jiménez Lozano lo lleva a cabo a lo largo de toda su obra, también en los dietarios– las cuestiones centrales de la existencia humana, las radicalidades últimas que plantean los místicos, esos seres presentes ante el mundo como locura y necesidad cuando, como recientemente ha escrito el abulense, son ellos desde su insignificancia mundanal los que han sostenido el mundo<sup>51</sup>. Será de la mano de Simone Weil de quien se acompañe en alguna de las reflexiones sobre la trivialización y banalización de la muerte que caracterizan a la sociedad contemporánea, como vemos en la siguiente anotación de *Segundo abecedario*:

“La muerte de un ser humano es una inmensa tragedia, que pone en cuestión al mundo y a Dios mismo. Si hay algo horrible en nuestra civilización de hoy es la pérdida total de este sentido de tragedia, la inconsciencia ante la catástrofe, la ‘racionalización’ de la muerte, la resignación ante su señorío.

Es una civilización sin un átomo de alegría, incapaz siquiera para *il dolce far niente*, el goce puro de la existencia. Se venden incluso libros para saber qué hacer con el ocio, y hay empresas que lo organizan. Los encargan las mismas autoridades. Es el aburrimiento mortal. Generaciones enteras no tendrán ya idea de lo que es una patata asada, ni los novillos de un escolar.

El Estado y la empresa privada nos administran nuestro horrible miedo a la muerte, banalizándolo, y con ‘movidas’. Es decir, haciendo ruido, ese ruido del mundo del que decía Simone Weil que ‘no significa nada’: toda la actividad humana está encaminada a esa administración. Un mes sin televisión, ni periódicos, ni coches, ni trenes sería una hecatombe universal en los países desarrollados. No se sabría qué hacer, sencillamente”<sup>52</sup>.

<sup>48</sup> Cfr. Cuevas, C. (ed.), San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual, Poesías*, Madrid, Alhambra, 1979.

<sup>49</sup> Gustave Thibon contribuyó en gran medida a rescatar del olvido los escritos de Simone Weil; esta le confió, antes de salir de Francia, el manuscrito de su libro *La gravedad y la gracia* que el escritor publicó en 1947.

<sup>50</sup> Cfr. Moeller, Ch., “Simone Weil y la incredulidad de los creyentes”, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, I, cit., pp. 291-331.

<sup>51</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., “Una cierta mirada sobre la mística cristiana”, cit., p. 18.

<sup>52</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Segundo abecedario*, cit., pp. 260-261.

No hace mucho ha recordado Jiménez Lozano cómo ha sido el místico el que ha aparecido en tantas ocasiones como “un pobrecillo medio imbécil, y, siempre rodeado de equívocos. Es un loco, un idiota, un *donnadie*, y le pillan de medio a medio todos los traumas, complejos y demás desgracias y patologías médicas y psíquicas; y es un marginal o un desclasado también con harta frecuencia”<sup>53</sup>; unas lecturas e interpretaciones que –como señala el escritor abulense– han sido efectuadas unas veces, desde enfoques marxistas, para los que sería su pertenencia a grupos sociales marginales desde el punto de vista económico o religioso lo que habría determinado la búsqueda del “trasmundo de la mística”, y otras, desde claves freudianas, en las que los principios de la gracia y de la fe no estarían sino ausentes; en una anotación del año 1997 escribe:

“T. que es todo un gentleman, se siente muy irritado, hasta casi perder los estribos, ante las hermenéuticas *sexo-místicas* tan de moda en los mismos estudios académicos sobre san Juan de la Cruz, pero no menos ante la literatura religiosa sobre estos temas que, desde luego, es tan ridícula, y tan azucaradamente vomitiva. Mañana se irá a su país, y esta noche misma tendrá que estar en Madrid, así que, cuando salimos de nuestra visita a la iglesia de Fontiveros, y recapitulando nuestro encuentro, mientras tomamos una taza de café, me dice que, en suma, tenemos que rezar para que, si se nos otorga el don del genio, del que hablaba la Weil, para sentir y contar la desgracia y la alegría, al menos se nos niegue el talento según las medidas del mundo que nos ha tocado vivir, y que éste se compre un mono que le ría las gracias”<sup>54</sup>.

Por este motivo, los místicos –sostiene Jiménez Lozano– han sido excluidos de los mundos de la cultura de moda imperante, alejados de la verdad o de la belleza. Una referencia a Simone Weil, contenida no en los cuadernos de notas sino en un artículo que fue publicado en *Archipiélago*, proporciona el marco necesario para lo que en este momento estamos señalando:

“Naturalmente, el mundo de la cultura está muy lejos de funcionar tal y como la Weil lo entendía, como el universo de la verdad, la belleza y el bien, que está reservado a los genios. Pero cualquier ser humano puede entrar en ese reino, con tal de que haga el suficiente esfuerzo de atención y tenga un profundo deseo de la verdad; pero debe quedar claro que éste es el territorio propio de quienes podría llamarse, en este plano de cosas, ‘príncipes naturales de él’: la escoria del mundo, *les malhereux, l’idiot de village*, que está más cerca de Platón de lo que jamás pudiera estarlo Aristóteles. Y la capacidad para descubrir y contar esa desgracia suya constituye la única medida del genio en el pensamiento y en la literatura; por lo que los verdaderos genios del pensamiento, el arte y la escritura, los verdaderos grandes serían muy pocos, y a la Weil le sobran dedos en las manos para enumerarlos, aunque su enumeración no trate de ser exhaustiva, claro está. Todo lo demás sería, es verdaderamente, *un rien*, estaribela y fulguración de mundo; y desde donde se juzga a la Weil de ordinario. Y a todos los otros místicos. ¿Qué se podría entender? Las relaciones con la mística por parte del mundo intelectual, que está estructurado y funciona como puro poder, son verdaderamente las mismas que las señaladas por Huxley entre política y mística”<sup>55</sup>.

En los cuadernos de notas Jiménez Lozano logra una religiosa penetración intelectual a través de agudos análisis psicológicos, de suaves y exquisitas insinuaciones, de comportamientos y pensamientos que reflejan su confianza en la capacidad del hombre para una entrega sublime. En su obra literaria, también en los dietarios, el plano humano –como en la poesía mística de San Juan de la Cruz– es elevado al sobrenatural, expresado en símbolos y metáforas, y refleja el don de establecer relaciones de empatía con los demás

<sup>53</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., “Una cierta mirada sobre la mística cristiana”, cit., p. 13.

<sup>54</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Los cuadernos de letra pequeña*, cit., p. 173.

<sup>55</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., “Queridísima e irritante Simone”, cit., p. 14.



–una capacidad que Américo Castro atribuyó a la Santa de Ávila y que cifró en “el arte de ser íntima con los demás”–, abriendo la senda de la confidencia y de la confesión<sup>56</sup>. Una trascendencia que se pone de relieve en una anotación de *Los tres cuadernos rojos* sobre el origen de la verdadera alegría, en la que no falta la alusión a Simone Weil:

“Esta nota de Simone Weil sobre la alegría: ‘La joie est un besoin essentiel de l’ame. La manque de joie qu’il s’agisse de malheur ou simplement d’ennui est un etat de maladie ou l’intelligence, le courage et la generosité s’eteignent. C’est un asphyxie. La pensé humaine se nourrit de joie.

Es exacto, y los textos más negros y desesperados que uno escribe también han nacido o sobre todo ellos han nacido en un estado de alegría. Y la alegría, como continúa diciendo Simone Weil, no es el placer, ni las distracciones, ni las diversiones, ni las satisfacciones de los sentidos o los trastornos psíquicos producidos por la vanidad: la alegría nace de uno mismo, no viene de fuera, ni está motivada por razones externas a uno mismo. Es como si se tuviese dentro un manantial. Es como un don que se tiene y que quizá exige solamente, para que no se pierda, la fidelidad a la simplicidad, la sencillez.

Lo mismo que la poesía sólo se halla en la pobreza, como también escribe Simone Weil con una intuición extraordinaria.

‘Il y a dans pauvreté –escribe– une poesie dont el n’y a aucune equivalent. C’est le poesie, qui emane de la chair miserable vue dans la verité de sa misere... La richesse anéantit cette beauté non pas en apportant un remède a la misere de la chair et de l’âme soumise a la chair, car aucun remède ne nous est accordé ici-bas, mais en la dissimulant par une mensonge. C’est la mensonge enfermée dans la richesse qui tue la poesie. C’est pourquoi les riches on besoin d’avoir le luxe comme erzat. Depuis qu’on a enlevé au pauvres les biens de la pauvreté, eux aussi, ont besoin de luxe. Seulement ils ne l’ont pas’.

Estos textos, juntamente con otro de Kafka, me han acompañado desde hace muchos años atrás, escritos incluso en mis agendas o en un papel en mi cartera, y me han ayudado a atravesar muchas tormentas y algunas noches oscuras. Y siguen sosteniéndome.

El texto de Kafka habla de quedarse quieto en la oscuridad; un texto en cierta medida paralelo del de San Juan de la Cruz sobre las cinco condiciones del pájaro solitario<sup>57</sup>.

En otra de las anotaciones que hacen referencia a la escritora francesa alude Jiménez Lozano a la ascesis, a la muerte de los sentidos y al amor gratuito, elementos imprescindibles en los místicos:

“Toda gran obra, en efecto, que resplandece en el mundo, ha costado lágrimas y sangre porque está alzada en la mundanidad; y, en la mundanidad, los resplandores y las excelencias sólo pueden asentarse en la peana de los aplastamientos, las reyertas y los dineros, y tienen que ser mentiras para ser relucientes y excelsas. Ineluctablemente, la verdad y la belleza están destinadas a aparecer en el mundo como el muchacho *desambridillo* de la calle comparece ante el comisario o el magistrado, temblando y balbuciendo, como decía la Weil. Esto explica por qué una hermosura artística puede atravesar los siglos sin consideración mundanal ninguna, y por qué, si se la recibe, se la recibe por razones ajenas a sí misma, y adobándola antes de grandeza, porque sólo la grandeza y el poder son valores en el mundo. El canon estético mundanal siempre es de grandezas, riquezas y *faux brillants*, al igual que en los demás planos de cosas, y al precio que sea<sup>58</sup>.

<sup>56</sup> Cfr. Castro, A., *Teresa la Santa y otros ensayos*, Madrid, Alfaguara, 1972 (reimpresión con adiciones de un estudio de 1929, *Santa Teresa y otros ensayos*).

<sup>57</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Los tres cuadernos rojos*, cit., p. 174.

<sup>58</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Los cuadernos de letra pequeña*, cit., p. 118.

Las reflexiones de Simone Weil sobre la sacralidad de cada hombre y el clima de entrañable y cordial respeto que han de rodearlo porque “el hombre precisa un silencio cálido”<sup>59</sup> laten en otro de los apuntes de *Segundo abecedario*:

“En Simone Weil, mientras la niebla se cierra más y más, y cae la noche, sobre la perversidad de privarse de tener genio.

Para ella sólo hay que pedirlo ‘au nom du Crist’. Como el pan de cada día”<sup>60</sup>.

En las reflexiones de Simone Weil encuentra asimismo Jiménez Lozano, como lo hiciera Gustave Thibon, la libertad que el pensamiento necesita para buscar la verdad sobre sí mismo, para no amedrentarse y oponer resistencia a los totalitarismos, a cualquier instrumentalización de la realidad y a toda manifestación ostentosa del poder:

“En las cartas de Felipe II a sus hijas, Isabel Clara y Micaela, la atención del rey se centra un momento en el cantor de los ruiseñores y en referencias a las enanillas y graciosos.

¿Qué pensaría de los ruiseñores y de estos ‘seres de desgracia’, como los llamaría Simone Weil, el dueño del mundo?”<sup>61</sup>.

En otras ocasiones, a través de la filósofa francesa las referencias a Cervantes le sirven de pretexto para debilitar las grandes construcciones de la historia, las ideologías y lecturas que se imponen desde el poder:

“(…) Cervantes puede, y debe, ser incluido, sumo honor realmente, en ese pequeño número de genios verdaderos que Simone Weil señala como los únicos dignos y capaces de mostrar la desgracia y la condición de los aplastados por ella, y que no debemos confundir con los poseedores de talento, que es muy otra cosa; algo brillante y ruidoso siempre desde luego, pero, como Ernest Renan pensaba, al fin y al cabo, sólo la forma más baja de la inteligencia”<sup>62</sup>.

En el pensamiento del escritor abulense está presente el deseo de despertar a las almas y de alertar de algunas de las tentaciones que han acechado desde siempre al ser humano: la tentación de olvidar la memoria de la historia; la de liquidar la cultura antigua; la de otorgar un carácter de sacralidad a personas, poderes, instituciones que no lo tienen (sean estas ideológicas, económicas, políticas, etc.), con el consiguiente esfuerzo por buscar nuevas víctimas en ámbitos diversos (la técnica, la cultura, la economía la política, etc.); una tentación mayor en una civilización que por llamarse secular ha prescindido –el escritor abulense utiliza la expresión “arruinado”– del mundo de lo religioso, con consecuencias nefastas:

“El hecho de que nuestra civilización se llamase secular, o el que la razón científica haya zarandeado o supuestamente arruinado el mundo de lo religioso, sólo ha venido a significar –quizás, irremediamente– que se ha constituido un único espacio sagrado y religioso, que no dice su nombre pero funciona sacral y religiosamente, con una *doxa* y un sacerdocio incluso, pero, en todo caso, con sacrificio victimal, cuya necesidad justifican, desde luego, la ciencia, la técnica, la economía y la política, o la misma cultura que, libre ya de todo lo que está fuera de sí misma, proporciona y define el concepto mismo de hombre *ex potere ipso*, por puro decisionismo incluso estético, por razones instrumentales, funcionales y abstractas, cuya formulación por cierto es frecuentemente

<sup>59</sup> Cfr. Weil, S., “La persona y lo sagrado (Colectividad-Persona-Impersonal-Derecho-Justicia)”, *Archipiélago*, 43, 2000, pp. 79-100.

<sup>60</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Segundo abecedario*, cit., p. 147.

<sup>61</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 264.

<sup>62</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., “Discurso de José Jiménez Lozano en la recepción del Premio Cervantes 2002”, cit., p. 105.

vertida en una jerga sacerdotal e impenetrable, un lenguaje técnico como gramática sagrada, que queda velada a los ojos de los no iniciados. Y, por supuesto, de las víctimas, que deben hacer su oblación de buen grado, porque tal es el designio ineluctable”<sup>63</sup>.

Cuando los distintos poderes han intentado imponer sus dogmáticas y estereotipos y mentalizar al hombre de la muerte de las esencias, de la inexistencia de la realidad, y la afirmación de que únicamente existe lo que cada uno decide que exista; cuando la verdad y la belleza y el bien se presentan como meros convencionalismos sociales o ideológicos; cuando proclama que, de ignorarlas o falsearlas, solo han nacido los totalitarismos ideológicos y políticos, el comunismo con todo el horror y sus víctimas, y las recetas democráticas para africanos o árabes; cuando se niega la capacidad cognoscitiva de la razón, de la filosofía y de la condición ontológica del arte, que queda reducido a “un puro caleidoscopio de divertimento, figuraciones y lenguaje plástico o de escritura que no nombra –y al que se niega su capacidad para hacerlo– y solo debe relucir como bengala o sol de exhibición de ingenio y juego”<sup>64</sup>; cuando desde las clases ideológicas imperantes se imponen normas que buscan contemporizar con cada época de la historia, se llega –como afirma el escritor– a la estupidez de pretender convencer de que “en último término, en el orden de las artes plásticas como en el de la filosofía y la escritura, el grosor y consistencia de lo artístico vienen exclusivamente dados por la expresión de una subjetividad: la del artista o escritor demiurgo, que crea mundos y universos en mucho menos de ocho días y sin dubitación, sin lucha con la tiniebla, sin pasmo ante la luz, y sobre todo sin el rostro del hombre, y sin necesidad de acabar luego haciendo desfilar a las criaturas recién salidas del horno y con olor aún a pintura, para nombrarlas”<sup>65</sup>. Y no duda el autor de *Segundo abecedario* recoger los ecos de la interpretación que de la filósofa francesa hizo el italiano Alessandro del Lago en el ensayo *La ética de la debilidad. Simone Weil y el nihilismo*, donde para definirla alude a la estética de la desnudez, un rasgo configurador asimismo de la mística:

“Su estética –su escritura– es la desnudez, dice también Del Lago. ¿Pero cuál otro puede ser el camino? ¿Y qué otra estética puede haber para hablar de las cosas esenciales: por ejemplo, de las alegrías y sufrimientos humanos de cada día?

Algunos, en las altas instancias culturales, como saberes de ‘alta costura’, hablan de la nueva estética del barroquismo; y puede ser; pero estas son cosas de temporada, claro está. Una obra de pensamiento o de arte es siempre inactual, en alteridad dialéctica con ‘el instante’ para decirlo, más o menos, con una fórmula kierkegaardiana”<sup>66</sup>.

Jiménez Lozano alza la voz para defender que hay que atender y atenerse a la historia, a la verdad, al ser del hombre y de las cosas. Las anotaciones de los cuadernos de notas parecen surgir con la voluntad de rescatar del exterminio, del olvido y de la ignorancia cada una de las realidades narradas, y de sacar a la luz lo que tiene valor, los gestos interiores en los que habita la verdad del hombre y los mundos de oralidad, de historias contadas a la luz de una candela, de mundos habitados por seres que se encuentran lejos de los estereotipos sociales y de las élites intelectuales. Ofrecen, en definitiva, un mundo con memoria de hombre porque, como él mismo ha señalado, “cuando se hace fulgurar, así sea un leve resplandor, aquella belleza soterrada o destruida, ocurre ciertamente ese instante crítico, y en su ámbito es donde surge nuestro ‘yo’ de hombres, porque así somos cernidos y cribados en nuestra sensualidad y nuestra ánima, por el icono que nos mira o la geometría que tenemos que leer”<sup>67</sup>; memoria de hombre como esta que preside, no sin ironía y crítica, una anotación de *Los cuadernos de letra pequeña*:

<sup>63</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., “Me aterra lo sagrado”, *Archipiélago*, 36, 1999, pp. 11-15, p. 14.

<sup>64</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., “Mantener en pie una memoria”, cit., p. 34.

<sup>65</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 34.

<sup>66</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Segundo abecedario*, cit., pp. 267-268.

<sup>67</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., “Mantener en pie una memoria”, cit., p. 40.

“Algún día, creo yo, habrá que hacer la historia de los *clérigos* o de la *intelligentsia*. El bufoncillo, el *scurrula*, el antiguo hombre de ingenio de los romanos, y de después, jugaba con las ideas, las *gracias* y las *sales* y donaires, para divertir. Es Yorick. Se ganaba la vida con su inocencia, y su mente y su alma entera, ancladas en la infancia. Era un ser puro, entregado a la consideración o a la burla, según la entidad del alma de quienes le trataban, o, como *l’idiot de village*, o *tonto de la aldea*, estaba más cerca de Platón de lo que jamás pudo estarlo Aristóteles, y era, y es, la más cierta medida de los genios que sean capaces de desposar su desgracia, según dice Simone Weil.

Luego abundaron en las cortes de los reyes, al filo del Barroco sobre todo, los hombres y mujercillas de placer, o sabandijas de Palacio como también se las llamaba, que, a veces, desde su mismo no ser nada y para hacer reír, decían la verdad a los poderosos, porque ciertamente quizás la verdad sólo puede pisar el mundo en uniforme de loco o idiota. Herodes lo sabía muy bien cuando ordenó vestir a Jesús con una bata de loco, y Nietzsche lo sabía también, cuando encargó a un loco que gritase que Dios había muerto. La verdad sólo puede ser aceptada por el mundo, en efecto, si se la toma como cosa a beneficio de inventario”<sup>68</sup>.

En 1983 recoge una de las preguntas que se plantea cualquier alma que busca de verdad la verdad, como esta de Simone Weil recogida en *Los tres cuadernos rojos*:

“Una pregunta de Simone Weil; ‘¿Hay ruiseñores en América?’.

Respuesta: Por lo menos sí hay petirrojos, y la querida Emily Dickinson los amó.

Y probablemente también hay *idiots de village*, pese al psicoanálisis y a las instituciones públicas y privadas de asistencia a esos ‘idiots’, los seres más misteriosos de la tierra: los más dignos de amor.

Y Simone Weil se fue a América”<sup>69</sup>.

Por los cuadernos de notas desfilan, como por la mayor parte de sus relatos, historias de silencio, de perdedores, de hombres aplastados por la pobreza de su condición o por la indigencia moral de sus almas; discurren rostros que pretenden espolearnos y sacudirnos de la cotidianeidad, trastornarnos e inquietarnos con sus voces y conmover nuestro presente, desinstalarlos, etc. Circulan a lo largo de las páginas de estos cuatro volúmenes reflexiones críticas, poco acordes con los puntos de vista “políticamente correctos”; lecturas inquietantes que pretenden despertar al lector de la rutina y de la pasividad, del conformismo intelectual, y que intentan desatar los posibles vínculos o nudos que puedan establecerse con la mediocridad. En suma, constituyen una invitación a constituir un suelo sobre el que edificar la vida, amueblar las inteligencias y enriquecer las almas; un territorio impregnado de humanidad y una ayuda para que, a través del trasluz de lo narrado, de lo entrevisto y apenas esbozado, podamos entender algo más sobre la hermosura y la maldad del corazón humano; recorremos una anotación de *Los cuadernos de letra pequeña*:

“En la prensa, la noticia de que en un pueblo ya grande, o una ciudad pequeña del sur, unos ‘disminuidos psíquicos son drogados y embadurnados como diversión’, y de que en la pasada Semana Santa, ‘una joven disminuida sufrió los excesos de este grupo que fabricó una corona de espinas para colocársela en la cabeza’.

Pero ¿cómo puede contar este horror así de planamente’ ¿Cómo se puede escribir *excesos*? Verdaderamente que, para contar esta historia, se necesita ser un genio de primera clase, que son los únicos capaces de desposar y describir la desgracia y a los desgraciados, como hay que repetir que decía Simone Weil, pero ¿acaso no es exigible una mínima dignidad expresiva, incluido el reflejo de la herida que siente quien da la noticia? ¿O dónde estamos ya?

<sup>68</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Los cuadernos de letra pequeña*, cit., p. 233.

<sup>69</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Los tres cuadernos rojos*, cit., p. 164.

¿Adónde estamos para que hacer eso con tales criaturas, las más misteriosas y puras que hay en la tierra, sea pensable como diversión? Antes sólo era pensable como barbarie y salvajismo. Hay una abismal diferencia”<sup>70</sup>.

Como bien ha señalado J. A. González Sainz, la literatura de Jiménez Lozano debe ser entendida “como una apelación en toda regla a la definitividad y unicidad de la realidad y la historia, como una impugnación de la excluyente opacidad de los hechos de la realidad histórica, de su irreversibilidad y absolutismo, del hecho de que no haya más cera que la que arde, de que esto sea todo”<sup>71</sup>. Unicidad de la realidad y de la historia que no está en contraposición con el miedo a la formulación de juicios condenatorios, como en esta anotación que con la compañía de Simone Weil recoge en *La luz de una candela*:

“El estilo ensayístico –incluido el ensayo filosófico e histórico– es cada día más contundente y seguro. Da un cierto miedo: está lleno de juicios sumarísimos y ejecuciones, ni una duda, ni ironía, ni melancolías. ¡Y eso que se habla de pensamiento débil!

Me acuerdo de que Simone Weil dice que J. Maritain había deducido del famoso texto aristotélico sobre la esclavitud que nadie había condenado ésta en el mundo griego. Pero Aristóteles dice que algunos piensan que la esclavitud repugna a la naturaleza y a la razón, y entonces, la afirmación de Maritain es una calumnia contra toda una civilización, que habría que reparar, dice la Weil. Y así es. Si no tenemos este escrúpulo, estamos perdidos: sólo serviremos para amontonar más palabras vacías o mortales, y hacer mayor la oscuridad”<sup>72</sup>.

Unos juicios fríos, sumarísimos, que le llevará a considerar en una anotación de *La luz de una candela* que “todos nos hemos tornado ya demasiado ‘alemanes’, en todo caso, en una civilización ciega para la fragilidad, incapaz de tolerancia, segura de todo, sin una pizca de escepticismo, ni ironía”<sup>73</sup>. Y prosigue en esa misma nota: “Nunca se tiene demasiada indulgencia, demasiada comprensión”.

Hannah Arendt, también judía como Simone Weil, es otra de las voces femeninas presentes en los cuadernos de notas. Jiménez Lozano encuentra en los campos de Auschwitz y en el sufrimiento el soporte del oficio de escribir, manifiesto a raíz de la lectura del libro de Émile Fackenheim en que formula la razón fundante de la escritura cuando todo gira en contra del corazón humano:

“La revuelta era algo sin esperanza. No había más que una sola esperanza. Poder escapar. ¿Para qué escapar? Para contar. ¿Para qué contar cuando ya era evidente que el mundo no escucharía? Porque no contar, cuando se podía, era impensable..., no entregar a la memoria lo que podía ser entregado era impensable: hubiera sido un sacrilegio’.

Pues lo mismo ocurre si no contáramos historia de lo que hemos visto y oído allí dentro de nosotros y en la vida de los hombres. Lo demás no tiene importancia en la literatura: es ‘vida social’”<sup>74</sup>.

En otro orden de alusiones, en este caso de referencias indirectas, encontramos en los cuaderno de notas de Jiménez Lozano el término *outsider*, frecuente también en la interpretación de la obra de Hannah Arendt. Fue su biógrafa Elizabet Young-Bruehl quien propuso leer la vida de esta intelectual precisamente bajo su condición de judía o paria, una condición que la misma Arnedt tomó como punto de partida en la biografía

<sup>70</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Los cuadernos de letra pequeña*, cit., pp. 186-187.

<sup>71</sup> Cfr. González Saiz, J. A., “Para que todo esto no sea todo”, cit., p. 143.

<sup>72</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *La luz de una candela*, cit., pp. 169-170.

<sup>73</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 19.

<sup>74</sup> Cfr. *Ibidem*, pp. 85-86.

que escribió sobre Rahel Varnhagen, una dama del Berlín del siglo XVIII, tras terminar la tesis doctoral<sup>75</sup>. Como bien ha señalado M. Cruz, “el paria es mucho más que un apátrida, que un desarraigado: es un *outsider*”<sup>76</sup>.

Hannah Arendt nació en 1906 en el seno de una familia judía en Hannover y creció en las ciudades de Königsberg y Berlín. Fue discípula de Heidegger en la Universidad de Marburgo. La amistad más estrecha con este filósofo, que mantenía cierta afinidad con el partido nazi, la hicieron merecedora de algunas críticas, motivo por el cual se distanció de él trasladándose a Heidelberg donde se doctoró en Humanidades. Inhabilitada por su condición judía para el ejercicio de la docencia universitaria en Alemania desde el año 1933, Hannah Arendt se trasladó a París desde donde estuvo ayudando a los refugiados judíos. Fue en la ciudad del Sena donde conoció al crítico literario de orientación marxista Walter Benjamín –también presente en las lecturas y pensamiento de Jiménez Lozano–. Con la ocupación alemana que siguió a la Segunda Guerra Mundial y con la deportación de los judíos a los campos de concentración, se vio obligada a huir de Francia; allí se casó con el filósofo y poeta Heinrich Blücher en 1940 y emigró un año más tarde a los Estados Unidos donde se dedicó a la enseñanza en las Universidades de Berkeley, Princeton, Columbia y Chicago. En este país participó activamente en la ayuda a la comunidad judía establecida en Nueva York; fue la directora de investigaciones de la Conference on Jewish Relations (1944-1946) y colaboradora de diversas publicaciones periódicas como *Review of politics*, *Jewish Social Studies*, *Partisan Review* y *Nation*. Con una vocación especial hacia el ejercicio de la filosofía, se consagró a la teoría política<sup>77</sup>. Murió en 1975 en Nueva York.

Desde la década de los años treinta en que Arendt había comenzado a estudiar el destino del pueblo judío en ensayos como “La tradición oculta”, “Franz Kafka”, o “La ilustración y la cuestión judía”<sup>78</sup>, fue esta una de las cuestiones que centraron sus reflexiones histórico-políticas. El análisis sobre la situación del hombre contemporáneo la condujo a la defensa no sólo de la capacidad humana para la libertad sino también de la tarea que ella consideraba más elevada, la del pensamiento. Su condición de intelectual anticonformista formada filosóficamente bajo los magisterios de Heidegger, Husserl y Karl Jaspers, consciente de que –nos servimos de sus propias palabras– el anti-conformismo social ha sido y será siempre el distintivo de los intelectuales, “casi la condición *sine qua non* para su realización”<sup>79</sup>, ejerció un pensamiento independiente y audaz. No se inscribió en ninguna escuela filosófica y procedió a la elaboración de reflexiones inesperadas y sorprendentes, en nada acordes con el pensamiento de los tiempos en que vivió. En medio de una gran polémica no dudó publicar, en 1951, *Los Orígenes del Totalitarismo*, un libro sobre las raíces que desataron las dominaciones ideológicas del comunismo y del fascismo en el que rechazó cualquier signo de totalitarismo. En el estudio que emprendió sobre la cuestión judía como determinante del estado nazi, sostuvo que lo que preparó a los hombres para este tipo de regímenes fue el aislamiento y la soledad a que conducía la sociedad de masas y que ahí, y no en otra realidad, se encontraba la verdadera esencia, el mal radical de todo gobierno totalitario; un mal presente también en el antisemitismo moderno, que se fue implantando en la Francia del siglo XIX con el caso Dreyfus y en la Inglaterra victoriana, con la idea de la superioridad racial de los colonizadores; una comparación osada por tratarse de dos ideologías que habían sido consideradas opuestas. Arendt no temió proclamar que en la raíz de todo gobierno totalitario se encontraban junto al protagonismo de las masas, el rol de la propaganda y el uso del terror, factores esenciales de estas formas

<sup>75</sup> Cfr. Arendt, H., *Rahel Varnhagen: The Life of a Jewess*, London, Eastend West Library, 1959.

<sup>76</sup> Cfr. Cruz, M., “Introducción” a Arendt, Hannah, (1958), *The Human Condition*, Chicago, The University of Chicago Press [Traducción de Ramón Gil Novales (1993), *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1998, 3ª. Ed., pp. I-XVII].

<sup>77</sup> A lo largo de toda su producción literaria emprendió en diversos tratados una reflexión profunda sobre el siglo XX en los que analizó los fenómenos totalitaristas, la naturaleza del poder y las manifestaciones del abuso de la autoridad, etc.; sus reflexiones giraron en torno aspectos nucleares del desarrollo histórico y de la condición humana. Sus aportaciones sobre la naturaleza de la política en el siglo XX siguen siendo de referencia por su originalidad y honestidad. Escribió *La condición humana* (1958), *Entre el pasado y el futuro* (1961), *Sobre la revolución* (1963), *Hombres en tiempos de oscuridad* (1968). Sus memorias, *Correspondencia, 1926-1969*, fueron publicadas en 1992.

<sup>78</sup> Cfr. Arendt, H., *La tradición oculta*. Traducción de Gómez Ibáñez, Barcelona, Paidós, 2004. Otras reflexiones suyas han sido publicadas recientemente: Hannah Arendt, *La vida del espíritu*, Barcelona, Paidós, 2002; H. Arendt, *Una revisión de la historia judía*, Barcelona, Paidós, 2005.

<sup>79</sup> Cfr. Young-Bruehl, E., “From the pariah’s point of view: reflections on Hannah Arendt’s life and work”, en M. A. Hill (comp.), *Hannah Arendt: The Recovery of the Public World*, New York, St. Martin’s Press [Traducción: “Reflexiones sobre la vida y obra de Hannah Arendt”, *Revista de Occidente*, 23, abril 1983, pp. 21-42, p. 27.

de gobierno<sup>80</sup>. El juicio realizado en Jerusalén en 1961 a uno de los principales oficiales nazis, que mantuvo relación estrecha en lo que se ha llamado “cuestión judía”, a Eichmann tras su detención por un comando israelí en Buenos Aires –noticia que ella cubrió periodísticamente para *The New Yorker*– constituyó el punto de partida de las reflexiones sistematizadas que expuso en *Eichmann en Jerusalem*, publicada en 1963, donde se planteó el tema del mal y se cuestionó la existencia de un mal radical original o si este es simplemente un producto de la banalidad. Arendt concluyó que la tiranía no se cifró solamente en la creación de un clima de terror arbitrario e indiscriminado ni en la destrucción de la libertad de las víctimas por el miedo y la sospecha. Lo que levantó interrogantes en el análisis de Eichmann no fue el deseo de hacer el mal por el mal ni una voluntad depravada sino el recurso continuado a los clichés y a las frases hechas que terminaron por incapacitar la toma de decisiones personales y la formación de juicios independientes.

La presencia de Hannah Arendt en los cuadernos de notas del escritor abulense es más tardía que la de Simone Weil y más breve en cuanto a referencia explícita se refiere, pues solamente en dos ocasiones hemos encontrado su nombre, aunque por el conocimiento del autor que hemos ido rastreando no dudamos que su pensamiento forma parte considerable del humus intelectual que ha nutrido sus lecturas. La primera vez que se menciona su nombre es en *Los cuadernos de letra pequeña*, en unas anotaciones que realizó Jiménez Lozano en el año 1998 en los que recoge los diálogos de esta pensadora judía con el filósofo alemán existencialista Karl Jaspers, director de su Tesis doctoral sobre *El concepto del amor en San Agustín* en Heidelberg, Universidad en la que este filósofo ocupaba la cátedra de Psicología. De Jaspers retomó Arendt algunas de las cuestiones que centraron su pensamiento y le ofrecieron algunas de las claves temáticas: la libertad, el análisis de situaciones-límite, la historicidad, la trascendencia de Dios, etc. Las reflexiones de Jiménez Lozano, en que consta una referencia directa a Arendt, se centran en la trascendencia de Dios, a la que había accedido Jaspers a través de la fe filosófica –concebida esta como una especie de sentimiento irracional por el que cada existencia descubre en su interior su propia vocación de trascendencia, la llamada de ese “Otro”, al que parece intencionalmente orientada–, al igual que Hannah Arendt. Sin embargo, cuando Jiménez Lozano aborda este tema e intenta designar la relación con Dios prefiere servirse de la palabra confianza, como refleja esta reflexión del penúltimo de sus dietarios:

“¿Es que IHWH no se ha alejado un poco del horizonte?’, pregunta Karl Jaspers en una carta a Hannah Arendt, y ésta responde: ‘Su pregunta me persigue sin que me venga una respuesta... Personalmente yo me defiendo bien que mal (y, en realidad, más bien que mal) con una especie de confianza (¿infantil porque nunca la he puesto en duda?) en Dios (a diferencia de la fe que cree siempre saber y cae, eso mismo, en la duda y las paradojas). No se puede, naturalmente, hacer nada salvo estar contento’.

La Arendt utiliza para decir *fe* la palabra *Glauben*, que significa *entendimiento* y *conocimiento*, pero yo, sin traicionar nada, prefiero decir *fiducia*, *confianza*, al margen de la expresión intelectual de ella en el cuerpo de la Iglesia, que es otro asunto; y creo estar sustancialmente de acuerdo con la Arendt. Sólo matizaría que, incluso la *fiducia* de un amor o una amistad, ¿cómo se nombraría siquiera sin paradojas? Pascal ya dejó claro que, si nos asomamos a ciertos abismos, son absolutamente precisas. Otra cosa es también que las paradojas tengan poco que hacer, o más bien nada, en el discurso filosófico”<sup>81</sup>.

De las enseñanzas de Karl Jaspers tomó Hannah Arendt puntos de referencia sobre la independencia y la necesaria actitud de defensa frente a todo absolutismo, al fanatismo y a la intolerancia que en tantas ocasiones se refleja a través del lenguaje. Jiménez Lozano retoma de Arendt lo que ha denominado la “educación en la sospecha” respecto a todo embellecimiento con que se pretenda revestir la realidad, pues este modo de

<sup>80</sup> Cfr. Arendt, H. (1951), *Los orígenes del totalitarismo*, Barcelona, Taurus, 1998.

<sup>81</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Los cuadernos de letra pequeña*, cit., p. 235.

proceder implicaría una presentación deformada. Por este motivo, teniendo presente esta fuente –importante pero no exclusiva–, el escritor abulense considera que la escritura “brota de la verdad de lo real” y que el fruto de la instrumentalización de la belleza formal y técnica por el sentido, aun perfectamente lograda, solo puede ser una mentira: “es realmente una maravilla formal, pero cuenta lo que cuenta, y nos acercamos a pulsar su verdad”<sup>82</sup>. En una anotación de 1998 –es esta la segunda y última vez que explícitamente la cita en los cuatro primeros volúmenes de su dietarios– se trasluce esta idea, en la que subyace la defensa de la ascesis en la escritura:

“Por cierto que Hannah Arendt fue educada en la sospecha, o incluso en un cierto desprecio del pensamiento francés, no por lo que era, sino por la cierta facilidad o encanto con que era expresado con frecuencia, y así lo confiesa; pero no sé si sabía que los *señores* de Port-Royal tenían el mismo miedo a la traducción francesa de la Biblia, porque quedaba como *embellecida*, y, por lo tanto traicionada. Y a un embellecimiento similar es al que se opuso *madame* Pèrier que se hiciera con los *Pensées* de su hermano. Y así debe ser. No sólo el pensar, sino la propia escritura exigen cierta ascesis, y más bien mucha”<sup>83</sup>.

Estas palabras recuerdan aquellas otras, también del abulense, sobre los demonios del escritor que alertan a huir de la instrumentalización del lenguaje, de su embellecimiento como mecanismo de manipulación y de dominio:

“No hay escritura si el sentido instrumentaliza a las palabras, y, mucho menos, si es el propio escritor el que lo hace, pesando palabras como los pesadores de oro, decían en Port-Royal; *faux brillants* siempre, porque no proceden de lo real”<sup>84</sup>.

Las alusiones frecuentes en los ensayos y en los cuadernos de notas de Jiménez Lozano a algunos de los temas que vertebran su pensamiento como la defensa de la libertad interior del hombre y de la verdad, la lucha contra los estereotipos de la sociedad de consumo, etc., remiten a algunas de las ideas defendidas por Hannah Arendt en *La condición humana*, especialmente a las reflexiones sobre la verdad que discurren a lo largo del capítulo “La *vita activa* y la época moderna”<sup>85</sup>, y a aquellas en que defiende la verdad como un atributo esencial para el ser humano, en cuya defensa o condena está en juego lo que la persona es, de ahí que su búsqueda siempre incluya riesgos:

“Ningún mundo humano destinado a superar el breve lapso de la vida de sus mortales habitantes podrá vivir jamás si los hombres se niegan a hacer lo que Heródoto fue el primero en asumir conscientemente: decir lo que existe. Ninguna permanencia, ninguna perseverancia en el existir, puede concebirse siquiera sin hombres deseosos de dar testimonio de lo que existe y se les muestra porque existe”<sup>86</sup>.

La verdad está fuera del juego de mayorías y minorías porque si la verdad se impone sin violencia pero gracias al apoyo logrado de la mayoría, ¿qué sucederá cuando esa mayoría pase a ser minoría y a estar en desventaja? Arendt concluye que se la consideraría una opinión minoritaria:

<sup>82</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., “Los demonios del escritor”, cit., p. 43.

<sup>83</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., *Los cuadernos de letra pequeña*, cit., p. 235.

<sup>84</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., “Los demonios del escritor”, cit., p. 26.

<sup>85</sup> Cfr. Arendt, H., *The Human Condition*, Chicago, The University of Chicago Press, 1958 [Arendt, H., *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1998, 3ª. Ed., pp. 277-360].

<sup>86</sup> Cfr. Arendt, H., *Entre el pasado y el futuro: Ocho ensayos sobre la reflexión política*, Barcelona, Ediciones Península, 1996, p. 241.



“Las mentiras resultan a veces mucho más plausibles, mucho más atractivas a la razón, que la realidad, dado que el que miente tiene la gran ventaja de conocer de antemano lo que su audiencia desea o espera oír. Ha preparado su relato para el consumo público con el cuidado de hacerlo verosímil mientras que la realidad tiene la desconcertante costumbre de enfrentarnos con lo inesperado, con aquello para lo que no estamos preparados”<sup>87</sup>

Jiménez Lozano sostiene un empeño firme en denostar la constricción sociocultural y la *doxa* aceptadas por la inmensa mayoría porque tal concepción no es ajena a la noción de imperio: “Lo específico de todo hombre de cultura con alguna profundidad y seriedad, y se supone que por lo tanto lo específico de un escritor, es el no ser hombre de su tiempo; es decir, no desposarse con los estereotipos de él, sino encontrarse en situación dialéctica con ellos, y por eso es por lo que dice una palabra personal y diferente”<sup>88</sup>. Estas reflexiones de Jiménez Lozano remiten a aquellas otras de Hannah Arendt relativas al apoyo que la mentira busca en la tendencia del ser humano a ser psicológicamente manejado, un recurso que la sociedad de consumo maneja a través de la economía de mercado, un tema muy estudiado por el escritor abulense:

“La limitación del especialista sobreviene cuando advierte que la misma gente que quizás pueda ser “manipulada” para adquirir una determinada clase de jabón, no puede ser manipulada -aunque desde luego pueda forzársela por el terror- para “adquirir” opiniones y puntos de vista políticos”<sup>89</sup>.

Finalmente, en los estudios comparativos realizados sobre de los regímenes totalitaristas de la Alemania nazi y de la Rusia de Stalin, Arendt constató que el ejercicio autoritario no sólo manipuló la información, sino que buscó garantizar que su lectura inhibiera la capacidad crítica de los ciudadanos; también explicó que, aunque durante mucho tiempo no se creyó que la mentira organizada pudiera llegar a ser un arma poderosa contra la verdad<sup>90</sup>, con el convencimiento en ella arraigado de que es el hombre el responsable de la historia –tesis que fue exponiendo en los distintos ensayos y obras de reflexión política y ética–, defendió que son las voces individuales las que se han de alzar en defensa de la verdad, sin miedos ni sometimientos a coacciones de ningún tipo<sup>91</sup>. Para quienes hemos leído los ensayos, artículos periodísticos y cuadernos de notas de Jiménez Lozano, no extraña que la voz de esta escritora haya sido recogida para permitir en la medida de lo posible evitar el error y no olvidar el sufrimiento existente a lo largo de la historia.

---

<sup>87</sup> Cfr. Arendt, H., *Crisis de la República*, Barcelona, Taurus, 1998, p. 14.

<sup>88</sup> Cfr. Jiménez Lozano, J., “Los demonios del escritor”, cit., p. 29.

<sup>89</sup> Cfr. Arendt, H., *Crisis de la República*, cit., pp. 14-16.

<sup>90</sup> Cfr. Arendt, H., *Entre el pasado y el futuro: Ocho ensayos sobre la reflexión política*, cit., p. 244.

<sup>91</sup> Cfr. Arendt, H., *De la historia a la acción*, Barcelona, Paidós, 1995.



## II. Voces de la feminidad

Estudios de Lingüística y Retórica



# Sexismo lingüístico: teorías y propuestas

Ángela Pérez García

Este estudio es un recorrido por los trabajos y las aportaciones que se plantean sobre el sexismo lingüístico. Para ello, analizaremos la interacción entre lengua y realidad, y referiremos algunas de las ideas fundamentales de la teoría feminista. Podremos entender así las tesis de estos trabajos, que identifican género gramatical y género sexual, basándose en la supuesta existencia de una ancestral estructuración simbólica del mundo fundada en la oposición masculino-femenino. Por último, describiremos las conclusiones a las que se ha llegado desde el análisis de distintos ámbitos de la lengua y las soluciones aportadas al problema del sexismo lingüístico.

## 1. Introducción

En este artículo vamos a asomarnos al panorama de lo que ha sido el estudio del fenómeno del sexismo y su repercusión en la lengua. Para ello, en primer lugar, revisaremos la premisa de la dependencia entre palabra y realidad, tan recurrente en los estudios sobre sexismo lingüístico. En un segundo momento, presentaremos una definición de género, pero desde dos ópticas diferentes: la feminista y la propiamente gramatical. Esto nos permitirá afrontar, por último, el problema que resulta de confundir género gramatical y género sexual y las tesis que se han originado en torno a este aspecto.

## 2. Interrelación entre palabra y realidad

Una constante que se repite en los materiales que tratan sobre el sexismo en la lengua es la correspondencia entre el sistema de la lengua y la realidad extralingüística. Casi todos los autores coinciden en afirmar la comunión entre la palabra y la vida. Frecuentemente este análisis se realiza al comienzo de la obra en cuestión y sirve para justificar la relación entre “sociedad machista” y “lenguaje sexista”, relación que sirve de premisa para después afrontar el análisis de las formas léxicas o sintácticas que incurren en sexismo.

Estos trabajos retoman las tesis idealistas de Humboldt, que fue el primero en proponer la íntima vinculación entre lengua y pensamiento: «El hombre describe la objetividad del universo desde la subjetividad de la lengua. La imagen que el hombre se hace del universo depende de la lengua que habla. El lenguaje es el punto de síntesis entre la objetividad del mundo y la subjetividad del hombre». A partir de Humboldt, muchos otros lingüistas se han hecho eco de esta afirmación: la lengua influye en nuestra interpretación de la realidad e incluso en nuestra conducta.

Robin Lakoff, autora de una de las obras inaugurales sobre el estudio de la influencia de los roles sociales en el lenguaje, en esta misma línea, comenta: «El lenguaje nos utiliza a nosotros tanto como nosotros a él. De la misma manera que los pensamientos que queremos expresar guían nuestra selección de formas de expresión, el modo en que percibimos las cosas del mundo real domina nuestra manera de expresarnos

sobre esas mismas cosas»<sup>1</sup>. Lakoff afirma que la sociedad es la que se encarga de determinar los vocablos de cada individuo dependiendo de la esfera a la que pertenece. Tanto es así que, según ella, «si se produjera de repente –digamos por voluntad divina– una reestructuración completa de la sociedad que conocemos, de modo que las mujeres pasaran a ser, en la práctica, iguales que los hombres, podríamos realizar algunas predicciones sobre el funcionamiento de la lengua en el futuro»<sup>2</sup>. Un cambio social provocaría un cambio lingüístico.

Eulàlia Lledó, en este sentido, afirma que la lengua «es, como mínimo, un espejo de la realidad; refleja, pues, cómo es la sociedad que la utiliza; es normal que recoja todas las desigualdades que se dan (...) Si tenemos en cuenta que una de las discriminaciones sociales más extendidas y amplias es la discriminación sexual (...) tendremos que concluir, como es lógico, que esta desigualdad se refleja en la lengua; es decir, si la sociedad es machista, o aun mejor, las sociedades son machistas, el uso de la lengua será machista y androcéntrico»; y va más allá: «En el momento en que aprendemos una lengua, adquirimos un conjunto de valores, actitudes, etc., que nos sirven para organizar e interpretar nuestra experiencia. Es decir, el acto de hablar, la construcción de la lengua nos estructura lo que sabemos y el pensamiento. La lengua no sólo nos permite comunicar y comunicarnos, sino que aprendemos, adquirimos otros conocimientos a través de ella». De hecho, al hablar de los supuestos de los que parte para su análisis del *DRAE*, se expresa así: «Pienso que la presencia de las mujeres en un documento como un diccionario (...) tiene que ser similar y representativa de la ideología y de los valores dominantes de la determinada sociedad donde se ha hecho el diccionario»<sup>3</sup>.

Sobre este mismo aspecto de la fusión entre lengua y sociedad, García Meseguer afirma que cada lenguaje es «una forma de segmentar el mundo de acuerdo con la experiencia pasada de los hablantes»<sup>4</sup>. En la obra citada, García Meseguer nos introduce en la reflexión de la vinculación entre lenguaje y sociedad en un aspecto concreto: la educación, comentando la importancia del papel del lenguaje en el proceso educativo del niño.

Todas estas aportaciones ponen de manifiesto una de las conclusiones a las que llegan algunos estudios: la creencia de que un cambio en la lengua traerá consigo un proceso de cambio social; o dicho de otra manera, estas aportaciones suponen que la lengua es un resorte que contribuye a la perpetuación o superación del sexismo en el ámbito social.

Antes de pasar a ver las manifestaciones en la lengua de esta vinculación entre lengua y sociedad, haré un pequeño recorrido por la teoría del feminismo para encuadrar el estudio lingüístico del sexismo dentro de la corriente feminista.

### 3. Movimientos y teorías feministas

Enmarquemos el estudio del sexismo en el ámbito de la lengua. En las obras que abren el debate sexista de la lengua siempre se incluye un punto de vista “femenino” (casi siempre se trata de estudios realizados por mujeres), cuando no abiertamente “feminista”: se reflexiona sobre la lengua y se examinan los repertorios desde la óptica de la mujer, partiendo de la premisa de que una sociedad machista originará un sistema lingüístico en el que la mujer y todo lo que se refiere a ella será tratado de modo discriminatorio. Esta premisa no puede sustraerse de las tesis planteadas por el feminismo.

---

<sup>1</sup> (Robin Lakoff, 1981:17)

<sup>2</sup> *Ibidem*.

<sup>3</sup> (Eulalia Lledó, 1998: 45 y ss.)

<sup>4</sup> (García Meseguer, 1988:65)

El feminismo viene definido por García Meseguer como una «defensa activa de un tipo de valores, que hemos llamado valores patriarcales, con rango de protagonismo y no de mero acompañamiento, y no sólo para que “adornen” a la mujer, sino como *valores necesarios a la persona*». El feminismo constituye, además, una nueva manera de reflexionar sobre las relaciones entre los sexos que pondrá en tela de juicio los roles de género tradicionales.

### 3.1 Hitos del movimiento feminista

Podemos resumir la historia de la teorización del feminismo en tres etapas fundamentales: la etapa prefeminista, la primera ola feminista (años 60) y la segunda ola feminista (años 70).

Todos los materiales que estudian la teoría feminista ven en la figura de Simone de Beauvoir el antecedente de la “revolución feminista” de los sesenta. En su obra *El segundo sexo* (1949), sitúa el problema ético de las relaciones personales en el contexto histórico de la opresión de las mujeres. Elvira Burgos y José Luis Aliaga comentan de esta obra: «Ha sido muy influyente su argumentación de que las mujeres han sido conceptualizadas en el pensamiento occidental como lo Otro, como el segundo sexo; siempre en dependencia de la norma masculina, en relación con lo cual la mujer es el polo negativo que recoge aquello que el hombre arroja fuera de sí en el proceso de teorización de su identidad»<sup>5</sup>. Su influencia en el neofeminismo de los años 70 lo resume M<sup>a</sup> Teresa López Pardina en cuatro puntos o afirmaciones: el género es una construcción cultural, la maternidad es algo impuesto a la mujer por la sociedad patriarcal, el trabajo remunerado constituye una posibilidad de liberación de la mujer, y las relaciones sexuales también pueden llegar a ser una “trampa temible”, una cadena por la que la mujer se ate al hombre.

Otro de los grandes hitos es una obra de los años de la Primera ola Feminista: *La mística femenina* (1966) de Betty Friedan, donde se expone que el problema de las mujeres es el “problema que no tiene nombre”, y el objeto de la teoría y la práctica feministas fue, justamente, el de nombrarlo. En esta obra, Friedan se alza en contra de una sociedad patriarcal que identifica mujer con madre y esposa, vinculación que, según ella, resta total libertad a la mujer para su realización personal y que culpabiliza a la mujer que no desempeña su rol de “ser para los demás”. La obra de Friedan se opone a la teoría social del funcionalismo americano que relegaba a las mujeres al ámbito del hogar basándose en una supuesta base biológica para la distribución de roles, distribución necesaria para el logro del correcto funcionamiento social.

Es en los años 70 cuando se da el denominado Feminismo radical, o “Segunda ola”, cuya figura principal es Kate Millet, que en su libro *Política sexual* (1969) acuña conceptos fundamentales del feminismo, como *patriarcado* y *género*. Igualmente relevante en esta época será la obra de Shulamith Firestone, *La dialéctica de la sexualidad*, que ofrece una explicación del porqué de la opresión de la mujer: su naturaleza biológica, la cual determinaría en un segundo momento la clase social y económica.

Veamos ahora dos conceptos clave acuñados por el feminismo: *patriarcado* y *género*.

### 3.2. Patriarcado, Teoría de Género y sus repercusiones en la lengua

Uno de los conceptos más importantes del feminismo es el de *patriarcado*, difundido en Estados Unidos en los años 70. Victoria Sau lo define como «una toma de poder histórica por parte de los hombres sobre las

---

<sup>5</sup> (Suardiaz, 2002:33)

mujeres cuyo agente ocasional fue de orden biológico, si bien elevado éste a la categoría política y económica»<sup>6</sup>. Rivera expone que el patriarcado tiene su base de organización en el contrato sexual, que comporta para las mujeres «una pérdida muy importante de soberanía sobre sí (obligación de heterosexualidad y maternidad) y sobre el mundo»<sup>7</sup>. Marcela Lagarde lo define como «un orden social genérico de poder, basado en un modo de dominación cuyo paradigma es el hombre»<sup>8</sup>.

Parece haber cierta correspondencia entre la definición de patriarcado y lo que Lledó, cuando refiere las dos modalidades de utilización discriminatoria del lenguaje, define como *androcentrismo*: «El androcentrismo es un punto de vista, una determinada y parcial visión del mundo, es la consideración de que lo que han hecho los hombres es lo que ha hecho la humanidad (o que todo lo que ha realizado el género humano lo han realizado sólo los hombres)»<sup>9</sup>. Esta visión conllevaría a lo que Cecilia Amorós define como «una conceptualización disimétrica de lo masculino y lo femenino, apropiación de la genericidad por parte de los varones y exclusión de las mujeres, en tanto que sujetos, de los discursos con pretensión universal, con el consiguiente solapamiento de lo masculino con lo genérico humano y la consideración de la mujer como lo otro»<sup>10</sup>.

Esta “apropiación de la genericidad por parte de los varones” recibe, desde la óptica de los estudios sobre sexismo y lengua, la denominación de “ocultación de la mujer en el lenguaje”, que «deriva del empleo sucesivo y reiterado de voces masculinas en sentido genérico (...); es la mente del poderoso colectivo varonil de todos los tiempos, que ha ido conformando el lenguaje a su medida y conveniencia»<sup>11</sup>. Este fenómeno se manifiesta concretamente en el uso de los pronombres indefinidos, la concordancia y el uso del masculino genérico.

En cuanto al concepto de *género*, el término fue igualmente acuñado en los años 70. Gerda Lerner lo describe como «la definición cultural de la conducta definida como apropiada a los sexos en una sociedad dada en una época dada. Género es una serie de roles culturales. Es un disfraz, una máscara, una camisa de fuerza en la que hombres y mujeres bailan su desigual danza»<sup>12</sup>. La teoría del género está ligada al hecho biológico, al sexo, y «el orden fundado sobre la sexualidad es desde luego un orden de poder. En conjunto es un complejo mosaico de generación y reparto de poderes que se concretan en maneras de vivir y en oportunidades y restricciones diferenciales»<sup>13</sup>. ¿Qué implicaciones conlleva la teoría del género? Socialmente, el género define la actividad de la mujer en el mundo y las expectativas a todos los niveles, incluyendo el lingüístico, que hay sobre ellas: «La intelectualidad y la afectividad, los lenguajes, las concepciones, los valores, el imaginario y las fantasías, el deseo del sujeto, la subjetividad del sujeto»<sup>14</sup>.

Entramos de lleno en la definición de los roles y en sus implicaciones lingüísticas. M<sup>a</sup> Ángeles Calero afirma que «uno de los aspectos culturales reflejados en la lengua que más se ha analizado han sido los roles sexosociales, en especial cómo la discriminación social de la mujer ha dado pie a ciertas designaciones, empezando por el género gramatical (en las lenguas que lo poseen), siguiendo por las palabras y los campos semánticos existentes, y acabando en la fraseología»<sup>15</sup>.

<sup>6</sup> (Victoria Sau, 1989:237-238)

<sup>7</sup> (M<sup>a</sup> Milagros Rivera, 1994:75)

<sup>8</sup> (Marcela Lagarde, 1996:52)

<sup>9</sup> (Eulalia Lledó, 1992:12)

<sup>10</sup> (Celia Amorós, 1985:21 y ss.)

<sup>11</sup> (García Meseguer, 1988:132)

<sup>12</sup> (M<sup>a</sup> Milagros Rivera, 1994:79)

<sup>13</sup> (Marcela Lagarde 1996:29)

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 27

<sup>15</sup> (M<sup>a</sup> Ángeles Calero, 1999c:18)



Un ejemplo de trabajo que estudia las implicaciones que los roles sociales tienen en la lengua es el de Patrizia Violi, que presenta como uno de sus objetivos «demostrar que el género no es sólo una categoría gramatical que regula hechos concordantes puramente mecánicos, sino que, por el contrario, es una categoría semántica que manifiesta dentro de la lengua un simbolismo profundo ligado al cuerpo: su sentido es precisamente la simbolización de la diferencia sexual»<sup>16</sup>. La discriminación en el lenguaje, manifestada en el léxico y el género gramatical, sería un residuo de la forma en que se ha venido concibiendo la figura de la mujer y su papel sociocultural a lo largo de la historia.

Veamos cómo se inserta el estudio de la lengua dentro de la teorización feminista.

### 3.3. El feminismo y la lingüística

¿Qué objetivo persigue el feminismo? El feminismo trata de entender *cómo están construidas*, como hecho cultural y social (no como hecho natural), las relaciones entre mujeres y hombres, por qué y cómo la mujer se ha convertido en un ser subordinado al hombre, y, a la luz de esto, cómo pueden ser cambiadas estas relaciones. Por eso, se centran en la consideración del rol sexual, y es aquí donde se dan las reflexiones sobre la importancia de las representaciones culturales del género, de cómo aparecen representadas las mujeres (cuando aparecen) y los hombres en libros de historia, en manuales escolares, en los diccionarios, y qué repercusiones puede tener esto el día de mañana en el ámbito de la educación infantil: qué valores, nociones y expectativas están inculcándose en los niños en cuanto a la identidad de hombre y mujer, y lo que caracteriza a las nociones de masculino y femenino.

Por otra parte, las reflexiones aportadas por el feminismo en la lingüística surgen como un combate contra una especie de “poder maligno” del que se ha dotado al lenguaje para regular las relaciones sociales humanas: «No cabe duda de que hoy en día los hablantes heredan la idea de que el lenguaje es un arma utilizada por los poderosos para oprimir y silenciar a sus subordinados; esta creencia no es gratuita. Pero, ¿por qué el lenguaje, y el pensamiento del lenguaje, deberían ser sólo un recurso para los poderosos? ¿Por qué no podría ser esta “arma” útil para los del otro lado?»<sup>17</sup>. Como dice Cameron, las feministas no consideran el lenguaje como una cuestión secundaria o un lujo, sino como una parte esencial de la lucha por su liberación. Uno se podría preguntar por qué el feminismo toma como objeto de estudio y revisión la lengua, y no se hace, por ejemplo, una aplicación del feminismo al estudio de la química. Volvemos a la premisa de los primeros apartados de este estudio: porque muchos aspectos de la lengua tienen que ver con símbolos y acciones sociales; de hecho, la lingüística ha sido, junto a la historia, la sociología y la crítica literaria, uno de los aspectos más “dóciles” y productivos para el feminismo desde sus comienzos. Veámoslo.

Ya en los primeros años del siglo XX, escritoras como Virginia Woolf y Dorothy Richardson estudiaron la cuestión de la “woman’s sentence” en busca de un lenguaje literario adecuado para expresar la experiencia femenina. Estas autoras partían de la convicción de que un lenguaje forjado por varones no podía satisfacer las necesidades expresivas de la mujer.

La segunda ola feminista se centró en la preocupación de la “imagen de las mujeres”, en la forma en que éstas venían representadas, considerándose también el lenguaje como un medio de representación de la mujer. Los estudios y los esfuerzos se dedicaron en este sentido a destapar y reformar los usos ofensivos para la mujer de algunas palabras, o que daban una visión androcéntrica, pues hacían presuponer que la norma de la humanidad era la masculina. La conquista por un “lenguaje no sexista” incluía la creación de términos “neutros” (por ejemplo, la acuñación en inglés del término *humanity* o *genkind* en lugar de *mankind*).

<sup>16</sup> (Patrizia Violi, 1991:37)

<sup>17</sup> Deborah Cameron (1992)

En estos años, la batalla de las mujeres para reinterpretar el mundo se encontró con el hecho de que el lenguaje no garantizaba por sí mismo la comunicación, y que las palabras eran inadecuadas la mayor parte de las veces. Por otra parte, los estudios sobre la lengua desde un análisis feminista normalmente se apoyaban en la idea del “condicionamiento del lenguaje”: cuando se está expuesto repetidamente a estereotipos y distorsiones, uno acaba creyendo en ellos y los toma por buenos; el lenguaje ayudaría así a la perpetuación de los roles sociales que relegan a la mujer.

En los años ochenta, el feminismo se encontró con la corriente postmoderna. Esta corriente pone en tela de juicio la existencia de verdades: el subjetivismo y el relativismo se convierten en la base del pensamiento. Como se pone en duda la existencia de una verdad objetiva y racional, también se hace así en el caso del lenguaje: el postmodernismo afirmaría que el lenguaje no está totalmente bajo nuestro control consciente y se llega también al relativismo lingüístico, que afirma que no somos nosotros los que contamos el mundo mediante el lenguaje, sino que es el lenguaje “el que nos cuenta a nosotros”. La utilidad que las feministas sacaron de estas teorías es que si el lenguaje “nos cuenta”, debería contar tanto a las mujeres como a los hombres, y de una forma diferente. Por eso, se desarrolla en estos años la tesis del feminismo de la diferencia: aquel que busca la identidad más íntima de la mujer. Se buscan modos de definir lo femenino con la esperanza de sustraer lo que es común a todas las mujeres, luchando contra la dificultad que el subjetivismo imponía, para que la unificación de la categoría “mujer” pudiera ser la base y fundamento de la lucha por la liberación. La diferente relación con el lenguaje que se da entre hombres y mujeres se descubre como un aspecto crucial del género de la persona.

En los años noventa (tercera ola feminista), será la tesis de Judith Butler la que más influya sobre el pensamiento feminista. Se centra en el análisis crítico de los términos que han venido acompañando la reflexión feminista, como *sexo* o *género*. En oposición a lo que marcaba la búsqueda en los ochenta, Butler se erige contra la existencia de una supuesta esencia identitaria negando cualquier diferenciación natural entre ambos sexos, pues ésta habría sido fabricada; además, alerta de la peligrosidad del feminismo de la diferencia, ya que la diferencia por excelencia, la capacidad de engendrar hijos, puede ser vehículo del poder (del varón) para reafirmar la supeditación de la mujer al rol de madre. El sexo, la diferencia sexual, sería lo mismo que el género, un producto sociocultural, y la lengua sería un motor de esta creación sociocultural, en cuanto que es la lengua la que crea la sociedad y sus roles.

En estos últimos años, se está procediendo al análisis de las diferencias de estilo comunicativo entre hombres y mujeres en el ámbito que proporciona Internet. Este tipo de comunicación procura una mayor “impersonalización” de lo que se dice por el carácter muchas veces anónimo que adopta el usuario, lo que le aporta un mayor radio de libertad de expresión. Sin embargo, el análisis lingüístico desde la óptica feminista de estos fenómenos apunta a que, lejos de abrirse un terreno de expresión “democrático”, se sigue detectando la relegación de la mujer, que trata de participar en estos espacios de comunicación en igualdad de condiciones.

Hemos visto los distintos ámbitos de la lengua en los que se han centrado los estudios feministas y los enfoques que han suscitado; veamos ahora cómo se ensamblan en concreto dos tesis fundamentales de la teorización feminista (Patriarcado y Teoría de género) y dos aspectos lingüísticos determinados: el uso del genérico y la naturaleza del sistema de géneros.

## 4. Vinculación entre género gramatical y género sexual: las teorías lingüísticas

En este apartado recogemos la polémica suscitada sobre la naturaleza simbólica o meramente arbitraria del género. Por un lado, tenemos las tesis que desarrollan la oposición teórica *arbitrariedad contra simbolismo* y, por otro, las tesis que se reúnen en torno a la oposición *simbolismo contra arbitrariedad*. Veamos brevemente las argumentaciones que se apuntan en ambas teorías.

La primera de ellas, la tesis *arbitrariedad contra simbolismo*, considera la creación y evolución del género gramatical como algo intrínseco a la lengua, que no se puede extrapolar al ámbito de la realidad o de la concepción que de ésta tiene la humanidad. Esta teoría toma como punto de partida el hecho de que la lengua no manifiesta la diferencia sexual, y que cuando ésta se manifiesta lo hace de un modo arbitrario. En razón de esta arbitrariedad, el género sería una categoría “inútil”, redundante, que se opone al principio de economía del lenguaje y que es, por tanto, eliminable, como ha ocurrido en el caso del inglés.

Martinet se basa en la funcionalidad comunicativa del género, ceñida estrictamente a los pronombres y a la derivación para designar lo femenino; esta teoría tiene el inconveniente de que no explica por qué si el género sólo “funciona comunicativamente” en el caso de lo pronominal y de la sufijación por derivación que señala a un referente femenino, esta marca se ha extendido tan ampliamente por todo el léxico. Según Martinet, si el género se ha extendido a formas léxicas de naturaleza inanimada ha sido bajo la presión de las necesidades de la concordancia, de modo que no serían las creencias de los pueblos las que imprimirían en el idioma la distribución masculino / femenino, sino «la existencia en el idioma de un principio de oposición formal que ofreció a la imagen colectiva un punto de partida para el desarrollo de sus mitos y leyendas». En la misma línea, aunque no atendiendo ya a una reflexión de tipo funcional sino natural, Lyons propone que el género como categoría gramatical es independiente de cualquier asociación semántica que se pueda establecer entre el género de un nombre y las características, por ejemplo, físicas de un objeto o persona.

A esta primera hipótesis se contraponen las tesis *simbolismo contra arbitrariedad*. La premisa de la que parte esta segunda hipótesis es la de la existencia de una estructuración simbólica del mundo basada en la oposición masculino / femenino, que es anterior a la creación de los morfemas gramaticales y que determinaría la formación de éstos. Jakobson remite a la función simbólica y metafórica del lenguaje, y señala que la potencialidad semántica interna existe en las mismas categorías gramaticales<sup>18</sup>. Esta carga semántica del género tendría que ver con la interpretación mítica y personificadora del mundo en las sociedades antiguas. A esta teoría se le ha objetado que la distribución del género masculino y femenino es desigual si comparamos las distintas lenguas, y de ahí su carácter no universal. Violi lo resuelve afirmando que si bien esta objeción es cierta y que la atribución de masculino y femenino puede variar según el idioma, lo que sí es universal es la relación que se establece entre género gramatical y diferencia sexual en las lenguas, pues la relación entre los dos términos permanece.

Dentro de esta segunda tesis, Hjelmslev parte del hecho de que la carga semántico-simbólica de la categoría de género puede no ser percibida por el hablante actual, que la llega a considerar como algo mecánico carente de sentido. Sin embargo, se haga o no patente para el hablante, la carga semántica que ha originado la categoría gramatical se mantiene como un recurso que en un momento determinado puede funcionar para evocar un determinado efecto sensorial.

<sup>18</sup> Jakobson relacionó la diferencia sexual con el simbolismo fonético: existiría, según él, una íntima unión por semejanza de sonido y significado. La misma formulación es presentada por Jespersen. Esta formulación puede ilustrarse a través de una hipotética conexión metafórica entre la vocal *i* con las cualidades “pequeño” y “femenino”.

Para Violi, la diferenciación entre género gramatical y género sexual no es pertinente, ya que en realidad detrás de una representación formal “género” (masculino / femenino) habría existido un valor simbólico ancestral (macho / hembra) que correspondería a una determinada forma de ver el mundo, valor del que hoy no tendríamos conciencia en la mayor parte de las palabras: «Existiría entonces una primera inversión, prelingüística y emocional, de valores conectados con el simbolismo sexual (...) sobre conceptos y datos del mundo natural que se construyen como figuraciones dentro de la lengua del dualismo sexual»<sup>19</sup>. Su estudio está, de hecho, jalonado de ejemplos de pares tipo sol / luna, agua / fuego etc., donde ambos términos se articulan dentro del mismo campo y se perciben como conectados entre sí, formando partes complementarias de una unidad. Para avalar la relación entre el género gramatical y el símbolo sexual, Violi recurre a los mitos y se posiciona —aunque tímidamente, porque es consciente de la dificultad que entraña probar tal cosa— en torno a la tesis de Hjemslev: la afirmación de la existencia de una base semántica en los morfemas: «La diferencia sexual se configura no como accidente, y tampoco como mero dato material, biológico, sino como elemento ya significativo, como una de las categorías que fundan nuestra percepción y representación del mundo»<sup>20</sup>.

García Meseguer no pone en duda en ningún momento el presupuesto de la conexión entre género sexual y gramatical: «Cada lenguaje es, en efecto, una forma de segmentar el mundo de acuerdo con la experiencia pasada de los hablantes. Y, como, por otra parte, el lenguaje es el principal vehículo de transmisión de formas culturales de una a otra generación, resulta, en fin, que el lenguaje, fruto de la cultura pasada, actúa como volante de inercia para su conservación y perpetuamiento, condicionando de algún modo la cultura futura para que se parezca lo más posible a la actual»<sup>21</sup>.

A pesar de la probada interacción que se da entre palabra-percepción y percepción-palabra, García Meseguer alerta del peligro de confundir “sexo natural” y “género gramatical” a la hora de hacer un estudio sobre las presuntas marcas de sexismo del sistema de la lengua. Para ello, dedicará una amplia parte de su estudio a ofrecer una terminología novedosa y clarificadora «para que se separen las “neuronas de género” y las “neuronas de sexo”» de los lectores —en cuyo subconsciente los conceptos de género y sexo aparecen casi como sinónimos—, ya que «es inútil e infundada la pretensión de buscar paralelismos entre el género de ciertas palabras inanimadas y los sexos»; la prueba estaría en que en español el género no tiene valor semántico en los inanimados, ni en los artículos ni adjetivos, excepto cuando refieren directamente a personas. El género se limita a ser una marca gramatical que divide a los nombres en dos familias e impone reglas de concordancia<sup>22</sup>.

Hasta aquí hemos expuesto las tesis más relevantes de los estudios sobre la relación entre género sexual y género gramatical; ahora abrimos el siguiente punto, en el que haremos un reconocimiento de los planteamientos que se proponen en los estudios sobre el sexismo lingüístico.

## 5. Sexismo lingüístico. Definición y tipo de estudios

Antes de entrar en los aspectos y enfoques que se han realizado en los estudios sobre sexismo lingüístico, veamos primero qué definición se da en ellos del término sexismo. Suardiaz lo define como «aquellas manifestaciones discursivas en las que la mujer emerge en una posición subordinada o discriminatoria»<sup>23</sup>.

<sup>19</sup> (Violi, 1991:49)

<sup>20</sup> (Violi, 1991:62)

<sup>21</sup> (García Meseguer, 1988:65)

<sup>22</sup> Jespersen (1975: 52; 281) observa que «el sexo existe en el mundo de la realidad, pero no siempre se expresa en las lenguas, ni siquiera en aquellas que, como el latín, el francés y el alemán, tienen un sistema de géneros gramaticales que coincide en muchos puntos con la distinción natural de los sexos». Sin embargo, no deja por ello de admitir que «no puede haber duda de que la tendencia poética a personificar cosas inanimadas o nociones abstractas (...) se debe en gran medida a la influencia de lenguas, cuyo género va estrechamente relacionado con la idea de sexo, principalmente en latín».

<sup>23</sup> (Suardiaz, 2002:66)

Para García Meseguer es fundamental la diferenciación entre sexismo propiamente lingüístico y sexismo social. Por ello estudia en sus obras la importancia del *contexto*, que «juega en la comunicación un doble papel. Por un lado, nos servimos de él en forma consciente para ahorrarnos palabras (...). Por otro lado, somos prisioneros del contexto de forma inconsciente, lo que nos conduce en ocasiones a emitir mensajes sin percatarnos de que pueden ser captados por el oyente de forma distinta a como imaginábamos»<sup>24</sup>. De este modo, García Meseguer propone tres posibles sexismos: el del hablante, el del oyente y el del lenguaje en sí mismo. Lo interesante es que descarta la propuesta del sexismo del lenguaje mismo, y no describe el modo en que el hablante incurriría en sexismo, de modo que parece que el único sexismo que existe, o al menos que es digno de ser descrito, es el del oyente, que viene determinado por la sensibilidad feminista de éste, y que interpreta con sesgo sexista una expresión no sexista.

Eulàlia Lledó es bastante más tajante a la hora de definir las manifestaciones del uso sexista o androcentrista de la lengua: la presencia agobiante del masculino, la ocultación sistemática del género femenino y el uso del supuesto genérico, usos que “se cuelan” en las gramáticas, en los diccionarios y en los libros de texto.

Entremos a analizar estos aspectos esbozados por Lledó: veamos cómo incide el sexismo en la lengua, las formas que los lingüistas han empleado para desenmascararlo y los enfoques que se han dado sobre él.

## 5.1. Ámbitos y ópticas del estudio sobre el sexismo lingüístico

Haciendo un rápido reconocimiento por el panorama de las obras que tratan el género gramatical con el objetivo de denunciar la existencia de sexismo lingüístico, podemos esbozar principalmente dos líneas de estudio; por un lado, tenemos obras en las que se analiza el lenguaje utilizado por la mujer y, por otro, obras que han basado su estudio en el análisis de la lengua en su sistema morfológico, léxico y sintáctico.

Dentro de la primera línea destaca la obra de Lakoff, *Language and woman's place*, que será pionera en exponer esta óptica derivada de la sociolingüística de mediados de los años setenta. Este tipo de estudio sigue aún hoy vigente, y tenemos obras como la de Pilar García Mouton, *Así hablan las mujeres*, de 2003, que sigue la misma trayectoria.

¿De qué modo se interrelacionan el hecho social y el hecho lingüístico en este tipo de estudios? Parece que preguntarse qué lengua hablan las mujeres implica necesariamente reflexionar sobre las formas a través de las que se expresa la diferencia en la lengua. Los dos planos de análisis, el lingüístico y el social, interaccionan, de modo que la lengua establece y construye en su estructura unos papeles sexuales que después los hablantes (y las mujeres en particular) asumen como propios: para ser mujer también hay que hablar de un modo determinado. Este patrón lingüístico serviría para reforzar el rol que hombres y mujeres desempeñan en la sociedad.

La otra gran corriente de estudios sobre el sexismo trata de la repercusión del género gramatical sobre el léxico, la producción de expresiones de carácter sexista dentro de la lengua y, en menor medida, del comportamiento del género en la sintaxis. El léxico, según los investigadores, es el nivel de la lengua que más debe a la realidad que rodea a la comunidad hablante, ya que «da nombre al mundo natural en el que ésta se encuentra inmerso (orografía, flora y fauna, climatología), a las cosas creadas por sus diferentes miembros (indumentaria, refugios artificiales, utensilios, gastronomía, técnicas, leyes, etc.), y al conjunto de ideas y de creencias que éstos tienen»<sup>25</sup>.

<sup>24</sup> (García Meseguer, 1994:89)

<sup>25</sup> (M<sup>a</sup> Ángeles Calero, 1999b:149ss.)

Dentro del ámbito del léxico, encontramos muchos estudios sobre los repertorios lexicográficos. En este tipo de obras se examina detalladamente la definición que aporta cada entrada de un determinado diccionario. Además, en este campo del léxico se suelen analizar aspectos como los *tratamientos de cortesía*, los *pares incorrectos* (del tipo «varón /hembra» *vs.* al correcto «varón /mujer»), los *duales aparentes* (como la oposición entre “un cualquiera”, sinónimo de “sin oficio ni beneficio”, y “una cualquiera”, sinónimo de “mujer de mala vida”), los *vacíos léxicos* (como “hombría” o “caballerosidad”: cualidades humanas referidas únicamente al varón), los *vocablos ocupados* (como “alcaldesa”: cuando queremos referirnos a una mujer que desempeña este cargo topamos con el término que ha venido designando a la “mujer del alcalde”). También se analizan los insultos, los chistes, y el campo léxico de las profesiones.

Dentro del aspecto sintáctico, estas obras denuncian la utilización discriminatoria del lenguaje a través del *androcentrismo*, tal como vimos en el apartado 3.2.: la ocultación de la mujer en el lenguaje mediante el uso de un supuesto genérico, que en realidad no incluye a la mujer, sino que la margina de los discursos de pretensión universal.

## 5.2. Soluciones y aportaciones

Como último punto de esta aproximación al tratamiento del sexismo en el lenguaje, nos ocuparemos de las soluciones o alternativas que se han dado para subsanar el sexismo lingüístico.

En líneas generales, se han propuesto una serie de neologismos para suprimir los términos que discriminan y ocultan a la mujer (“cuerpo docente” *vs.* “profesores”), así como la modificación del sistema pronominal, lo que es bastante difícil de llevar a cabo de un modo sistemático y generalizado.

Estas aportaciones han sido consideradas innecesarias por gran parte de estudiosos; la solución para García Meseguer está en que la mujer se apropie del genérico y se sienta incluida, ya que el género gramatical masculino no debe confundirse con el género sexual varonil: «La mujer que, con carácter general, asocia el género gramatical masculino al varón estará perjudicando su propia causa. Debería reparar en que hacerlo así es como asociar al varón el tabaco o el alcohol: una reliquia del pasado»<sup>26</sup>.

Alejándose de la ingenuidad de las teorías que vaticinan un cambio social si se produce un cambio en la forma de denominar la realidad, Suardiaz dice: «La idea de modificar la mentalidad de las personas y el concepto que poseen de las mujeres mediante la reforma de la lengua que se utiliza para hablar a las mujeres y sobre éstas no resulta compatible con una concepción racionalista de la naturaleza humana»<sup>27</sup>.

## 6. Conclusiones

Después de todo lo dicho, queda claro que antes de abrir el discurso del sexismo lingüístico, se impone la necesidad de entrar en dos aspectos que parecen un poco alejados del objetivo del estudio. En primer lugar, la interacción entre lengua y realidad, premisa necesaria para desarrollar un binomio como es el de *sexismo lingüístico* en el que uno de los términos, *sexismo*, no puede sustraerse de un fenómeno social concreto. El otro punto que se plantea es la indagación sobre el origen del mismo estudio, esto es, de dónde surgen y por qué las primeras voces que pretenden desenmascarar este fenómeno. Para intentar responder a esta cuestión, es necesario remitirse a la historia del feminismo y a algunas de sus ideas fundamentales.

<sup>26</sup> (García Meseguer, 1994:244)

<sup>27</sup> (Suardiaz, 2002:210)

Después de estos planteamientos, llegamos a uno de los aspectos que las tesis que han denunciado la existencia del sexismo en la lengua han esgrimido como punto en el que queda patente la relación entre sociedad y lenguaje: la configuración del sistema de géneros en las lenguas como reflejo de la influencia de la realidad extralingüística en el lenguaje. A pesar de que algunos aspectos de esta tesis son interesantes —aunque sólo sea porque evidencian el interés que suscita el lenguaje en cuanto a su relación con el poder— y en cierta parte aceptables, parece más sensato que, sin desestimar completamente la motivación semántica en el origen del sistema de géneros de las lenguas indoeuropeas y la creación del léxico, vaciemos de biologicismo lo que es lingüístico, escindamos dos “mundos” distintos como son el de la lengua y el de la realidad, para poder realizar un análisis no “contaminado” del sistema de la lengua, tal como propone, entre otros, García Meseguer.

## BIBLIOGRAFÍA:

AA.VV.: *El sexismo en el lenguaje*. Málaga, Centro de Ediciones de la Diputación Provincial de Málaga, 1999. (vol. I y II).

AA.VV.: *Lo femenino y lo masculino en el Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer, 1998.

AA.VV.: *Recomendaciones para el uso no sexista de la lengua*. Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1988.

AMORÓS, Celia [coord.] (1994): *Historia de la teoría feminista*. Madrid, Comunidad de Madrid, Dirección General de la Mujer: Universidad Complutense, Instituto de Investigaciones Feministas.

.— (1995): *10 palabras clave sobre mujer*. Estella, Verbo Divino.

CABRERA, Miguel Ángel (2001): *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Madrid, Cátedra.

CALERO FERNÁNDEZ, M<sup>a</sup> Ángeles (1999a): *Sexismo lingüístico: análisis y propuestas ante la discriminación sexual en el lenguaje*. Madrid, Narcea.

.—(1999b): “Diccionario, pensamiento colectivo e ideología (o los peligros de definir)” en M. Neus Vila, [et. al.] (eds.): *Así son los diccionarios*. Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida.

.—(1999c): “Los estereotipos sexuales en el léxico de la familia y en los nombres propios” en *El sexismo y el lenguaje*, I.

CALERO, M<sup>a</sup> Luisa (1999): *En femenino y en masculino*. Madrid, Instituto de la Mujer.

CAMERON, Deborah (1985): *Feminism and linguistic theory*. London, Macmillan.

CATALÀ GONZÁLVIZ, Aguas Vivas (1995): *Ideología sexista y lenguaje*. Barcelona, Octaedro.

GARCÍA MESEGUER, Álvaro (1988): *Lenguaje y discriminación sexual*. Barcelona, Montesinos.

.—(1994): *¿Es sexista la lengua española?: una investigación sobre el género gramatical*. Barcelona, Paidós.

.—(1999): “El español, una lengua no sexista” en *El sexismo en el lenguaje*, Málaga, Centro de Ediciones de la Diputación Provincial de Málaga, vol. I.

- GARCÍA MOUTON, Pilar (2003): *Así hablan las mujeres: curiosidades y tópicos del uso femenino del lenguaje*. Madrid, La esfera de los libros.
- (2000): *Cómo hablan las mujeres*. Madrid, Arco Libros.
- JESPERSEN, Otto (1975): *La filosofía de la gramática*, Barcelona, Anagrama.
- LAGARDE, Marcela (1996): *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*. Madrid, Cuadernos inacabados.
- LAKOFF, Robin (1981): *El lenguaje y el lugar de la mujer*. Barcelona, Hacer.
- LLEDÓ, Eulàlia (1992): *El sexismo y el androcentrismo en la lengua: análisis y propuestas de cambio*. Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, Institut de Ciències de l'Educació.
- OSBORNE, Raquel (1993): *La construcción sexual de la realidad*, Madrid, Cátedra.
- PEI, Mario (1965): *La maravillosa historia del lenguaje*. Madrid, Espasa-Calpe.
- RIVERA GARRETAS, M<sup>a</sup> Milagros (1994): *Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista*. Barcelona, Icaria.
- SAU, Victoria (1989): *Diccionario ideológico feminista*, Barcelona, Icaria.
- SUARDIAZ, Delia Esther (2002): *El sexismo en la lengua española*. Zaragoza, Pórtico.
- VALDRÈ, Lido (1991): *Il linguaggio dell'Eros. La parola come segnale erotico*. Milano, Rusconi.
- VIOLI, Patricia (1991): *El infinito singular*. Madrid, Cátedra.



# La ideología de género a través del idioma

Pedro Fernández Barbadillo

Soy autor de dos libros en los que analizo, con sentido del humor más o menos logrado, la manipulación del lenguaje por intereses políticos. Uno es el *Bocabulario para entender a los nazionalistas baskos*, en el que estudio el lenguaje inventado por los *abertzales*. Tuve tanto éxito que el PNV presentó una interpelación parlamentaria al Gobierno socialista para saber por qué se había permitido la presentación del libro en la Biblioteca Nacional; además, la editorial se quedó sin distribuidora en el País Vasco. En el *Diccionario para entender a Rodríguez el progre* me dedico a diseccionar el pensamiento progresista y políticamente correcto a través de su vocabulario habitual.

Por ello, creo que puedo analizar el papel que cumple en la actualidad la ideología de género entre los creadores de opinión y los políticos. La ocasión es oportuna. El Gobierno socialista, cuyo principal mérito es su paridad entre ministros y ministras –todos a las órdenes de un hombre- acaba de aprobar el anteproyecto de Ley para la Igualdad de Oportunidades entre Hombres y Mujeres. Esta ley llega a intromisiones en la vida de los ciudadanos como la de fijar los porcentajes de personas divididas por sexos en los empleos, los partidos políticos y los órganos de gestión de las empresas. Y esta obsesión por el género afecta tanto a los partidos de izquierdas como a los que interpretamos que son de derechas, que se suelen someter al discurso y las consignas de sus adversarios. Tal como dice con ironía Jesús Lainz, “*la derecha es la izquierda con quince años de retraso*”.

Empecemos por contestar a la primera pregunta que parte de los aquí presentes se habrán hecho: **¿por qué lo llaman género cuando quieren decir sexo?**

El Real Academia Española elaboró en mayo de 2004 un informe sobre la expresión VIOLENCIA DE GÉNERO poco antes de que el Gobierno socialista presentase su anteproyecto de Ley Integral contra la Violencia de Género.

De acuerdo con los académicos,

*La expresión violencia de género es la traducción del inglés gender-based violence o gender violence, expresión difundida a raíz del Congreso sobre la Mujer celebrado en Pekín en 1995 bajo los auspicios de la ONU. Con ella se identifica la violencia, tanto física como psicológica, que se ejerce contra las mujeres por razón de su sexo, como consecuencia de su tradicional situación de sometimiento al varón en las sociedades de estructura patriarcal.*

Cabe elogiar la sobriedad y exactitud de este informe. Violencia de género es un concepto ideológico pergeñado por los burócratas de la ONU y las feministas en la mayor tiranía comunista del mundo, donde el Estado ordena a las parejas el número de hijos que pueden engendrar. A este conciliábulo asistió en nombre de España Cristina Alberdi, entonces ministra de Asuntos Sociales.

Leamos otro párrafo del informe:

*Como en español, gender se utiliza también con el sentido de 'género gramatical'. Pero, además, se documenta desde antiguo un uso traslaticio de gender como sinónimo de sex sin duda nacido del empeño puritano en evitar este vocablo. Con el auge de los estudios feministas, en los años sesenta del siglo XX se comenzó a utilizar en el mundo anglosajón el término gender con el sentido de 'sexo de un ser humano' desde el punto de vista específico de las diferencias sociales y culturales, en oposición a las biológicas, existentes entre hombres y mujeres.*

Por esas paradojas de la historia y del lenguaje, las feministas y los progres han aceptado un eufemismo puritano.

La última afirmación que extraemos del informe es la siguiente:

*mientras que con la voz sexo se designa una categoría meramente orgánica, biológica, con el término género se ha venido aludiendo a una categoría sociocultural que implica diferencias o desigualdades de índole social, económica, política, laboral, etc.*

Tan bien ha descrito la Academia el concepto de género y su encaje en la ideología feminista que sólo para confirmar con palabras ajenas lo ya expuesto citaremos a una de las feministas españolas más conocidas, la mencionada Cristina Alberdi. Ésta, en la actualidad presidenta del Consejo Asesor contra la Violencia de Género de la Comunidad de Madrid, nombrada por Esperanza Aguirre, publicó en *El País* (6-7-2004) un artículo en el que defendía la pertinencia de la expresión violencia de género. Para ella,

*La perspectiva de género explica las diferencias como fruto de la construcción social y del sistema de dominación masculino. Alude a las desigualdades sociales y culturales, no a las diferencias de sexo, que son biológicas.*

Por tanto, tenemos claro que el género es un palabra manipulada por ideólogos –sobre todo ideólogas– por intereses políticos y de control social. Cuando la igualdad jurídica y social entre hombres y mujeres es absoluta, tanto en lo bueno trabajo por cuenta ajena, disposición de derechos como en lo malo divorcios, despidos, estrés, algo tenía que encontrar el movimiento feminista para mantenerse en los titulares de los periódicos, las subvenciones y la elección de lo que los anglosajones denominan *la agenda*.

Antes de continuar, y para aclarar el debate, merece la pena detenerse en deshacer un tópico asentado en esta España inculta y acomplexada. La discriminación de la mujer en Occidente parte del Código Napoleónico, donde se la considera menor de edad mental y se la colocaba bajo el imperio del padre o del marido, y duró hasta la segunda mitad del siglo XX.

La historiadora francesa Regine Pernaud publicó en los años 70 un excelente libro titulado *Para acabar con la Edad Media*. Uno de los capítulos trataba el estatus legal y social de las mujeres en la Edad Media, idéntico al de los varones en asuntos como la disposición de su patrimonio y el permiso para casarse. Hasta el siglo XX, Castilla fue el único reino europeo en cuyo trono se sucedieron dos mujeres: Isabel I y Juana I.

En los años 50 una abogada, Mercedes Fórmica, miembro de la Falange, consiguió que el Código Civil español –heredero del napoleónico– se reformase a favor de la mujer en asuntos de familia. Su nombre ha

desaparecido de los santorales feministas.

Sobre la supuesta discriminación que padecen LAS mujeres en salarios ya me gustaría a mí sufrir la discriminación de Ana Patricia Botín, el economista Xavier Sala i Martí explicaba las causas mediante un informe elaborado por dos economistas en Estados Unidos. Lo cito brevemente.

Los O'Neill demuestran que uno de los elementos explicativos es que la mujer tiende a abandonar el mercado laboral temporalmente para tener y criar a sus hijos y eso reduce su experiencia. Si se tiene en cuenta esto, el diferencial baja de 23,5% a 12,1%. Otro factor es que las mujeres tienden a querer trabajos con más flexibilidad y con menos estrés (como trabajos a tiempo parcial o en ONG) y eso reduce el diferencial hasta el 7,9%. El resto se podría atribuir a la discriminación... aunque también pueden existir elementos de difícil medición como la inferior "dedicación" –entendiendo por ello, el no querer quedarse en la empresa hasta altas horas de la madrugada porque hay que cuidar a los niños, la menor disponibilidad a la hora de viajar, etc.

El estudio de los O'Neill apunta a que la verdadera diferencia entre hombres y mujeres proviene del distinto papel juegan dentro de la familia.

¿Cuál es la alternativa que proponen TODOS los partidos políticos, desde el PNV a izquierda Unida a esta situación? ¿Que las mujeres pasen todavía menos tiempo con los hijos, que trabajen para obtener un salario que vaya casi íntegramente a una ecuatoriana que cuida a los hijos! La medida auténticamente innovadora, revolucionaria, sería que un solo salario fuese suficiente para que se mantuviese una familia.

Volvamos a la política de género. Algunos ingenuos o bienintencionados pueden pensar que esas duplicidades cargantes de "españoles y españolas", "vascos y vascas", "trabajadores y trabajadoras", "ciudadanos y ciudadanas" son inofensivas. En un artículo en *ABC*, el académico Francisco Rodríguez Adrados ya se burló de un manual de lenguaje antisexista elaborado por el Ayuntamiento de León. Éste propone, aconseja, sugiere, MANDA que "los empleados y empleadas municipales" en vez de decir "funcionarios" digan "funcionariado". Así se elimina el tan molesto sexo, que no género.

Como bien escribe don Francisco,

"¿por qué son tan sexistas las antisexistas? ¿Por qué se empeñan el colgar a cada palabra el sanbenito del sexo? Demasiado sexo".

Pero las consecuencias de la ideología de género que se está imponiendo en España no se limitan a las locuciones. ES TODO UN MECANISMO PARA EL DOMINIO Y CONTROL DE LA SOCIEDAD, Y EL MOLDEAMIENTO DE ÉSTA A LA VOLUNTAD DE UN GRUPO DE IDEÓLOGOS. Progenitor A y Progenitor B.

Desde hace más de dos años está vigente la Ley 30/2003, de 13 de octubre sobre medidas para incorporar la valoración del impacto de género en las disposiciones que elabore el Gobierno. En su exposición de motivos, la ley, firmada por José María Aznar, invoca la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada en Pekín en 1995, amén de diversas declaraciones y tratados de la Unión Europea. De acuerdo con la ley,

"Todo anteproyecto de ley elaborado por un Ministerio se acompañará de un informe sobre el impacto por razón de género de las medidas que se establecen en el mismo, así como por una memoria económica que contenga la estimación del coste que dará lugar".

Como si las mujeres fueran colonias de ardillas a las que alterase la construcción de un puente.

La guía para la elaboración de estos informes sobre el impacto por razón de género, aprobada también por el Gobierno del PP, establece que los funcionarios o expertos deben analizar a cuántos hombres y mujeres afectará la norma en preparación y “sus consecuencias sobre la posición social” de cada género. También se estudiarán las opiniones sociales implicadas en el asunto. Por ejemplo, por qué no hay más mujeres en las Fuerzas Armadas o en las Escuelas Politécnicas y si esa discriminación se debe a un ambiente social en el que se cree que las mujeres no están capacitadas para manejar cañones antiaéreos o para programar ordenadores. El informe contendrá una valoración, positiva o negativa, sobre el impacto de la norma en la eliminación de las desigualdades de género. Estamos por tanto ante un mecanismo que concede a los políticos otra licencia para entrometerse en las vidas particulares de las personas.

Encima, ya hay cinco autonomías con guías similares.

Más papeleo, más burocracia y más entrometidos.

El anteproyecto de Ley de Igualdad establece, entre otras, medidas la presencia mínima obligatoria de un 40% de mujeres en los consejos de administración, con independencia de lo que decidan los propietarios. He aquí todo un chollo para las mujeres profesionales de su sexo, al igual que pasó con los consejeros independientes. Hay un mercado de consejeros independientes y lo habrá de mujeres de cuota.

Dinero, dinero y dinero.

Y encima toda crítica a las mujeres, sean ministras, empresarias o columnistas de prensa, se acalla con el ladrido de machista.

La escritora Lucía Etxebarría ha afirmado “Si fuese hombre, ya estaría en la Real Academia de la Lengua”. Es decir, a la entrada de la Academia hay una especie de sexador de pollos que decide quién entra. ¡Qué cómoda es la vida con una excusa semejante que permite sobrellevar los fracasos propios y atribuirselos al prójimo!

Estamos por tanto ante un nuevo corporativismo.

Dos conclusiones para acabar esta parte de mi ponencia:

Primera: Esta burocracia y su ideología están creando una nueva lengua, la neolengua descrita por George Orwell en 1984. ¿Les parece exagerada esta comparación? Como dice un personaje de la novela,

*“¿No ves que la finalidad de la neolengua es limitar el alcance del pensamiento, estrechar el radio de acción de la mente? Al final, acabamos haciendo imposible todo crimen del pensamiento”.*

Segunda: ¡Cada vez es más difícil escapar de los funcionarios y de sus ideologías! Este empequeñecimiento de nuestra libertad debería preocuparnos a todos.

¿Cuál es el papel de la ideología de género en la España menguante actual? El abogado Jesús Trillo Figueroa acaba de publicar hace unos días un libro titulado *La ideología invisible* en el que sostiene que el feminismo es, en estos momentos, la fuerza que impulsa al PSOE.

Vayamos a las palabras. El presidente José Luis Rodríguez declaró a *Time* lo siguiente en septiembre de 2004: “No soy simplemente antimachista; soy feminista. Una cosa que despierta mi ansia de rebeldía es la dominación de un sexo sobre otro desde hace 20 siglos. Hablamos de esclavitud, feudalismo, explotación, pero la más injusta dominación es la de media mitad de la raza humana sobre la otra mitad. Cuanta más igualdad tengan las mujeres, más justa, civilizada y tolerante será la sociedad. La igualdad de los sexos es mucho más efectiva contra el terrorismo que la fuerza militar”.

Cualquiera que analice las frases se dará cuenta de que el jefe de los socialistas atribuye la culpabilidad de la discriminación de la mujer a la Iglesia. Y semejante tontería la piensa alguien que a la vez promueve una alianza con los países islámicos como Irán. Por lo que deducimos, el islam no discrimina a las mujeres.

Además uno de los elogios que más le gustan a Rodríguez es el que, según él, le dedicó una delegada mexicana en una asamblea general de la ONU: el Justiciero de las Mujeres. He aquí al Superhéroe Progresista.

En mi *Diccionario para entender a Rodríguez el progre*, he incluido declaraciones de otros portavoces de la izquierda feminista.

Federico Mayor Zaragoza: “Si el mundo hubiese estado dirigido por mujeres en vez de hombres, muchas de esas guerras podrían haber sido evitadas. (...) Y así el mundo no puede ir bien porque el hombre tiene una mayor tendencia a emplear la fuerza, a imponer, a competir. La mujer piensa de otra manera porque parte de un profundo respeto a la vida”.

José María Mendiluce: “La mujer tiene otra forma de ver la vida, el mundo y la política y debe de contaminar al mundo. Afortunadamente las mujeres no son iguales que los hombres. Sí en derechos, pero espero que no copien de este modelo machista, agresivo y violento, sino que introduzcan otros valores que tienen que ver más con nuestra historia, nuestros orígenes y nuestro futuro”

Y uno se acuerda de Margaret Thatcher y de La Pasionaria y de Golda Meir y de Indira Gandhi y de Elena Ceuceacu y de la viuda de Mao Tsetung, todas ellas con muy malas pulgas, y duda de si se trataba de mujeres.

Tanto por las palabras como por los hechos, el Gobierno en el poder está aplicando de pe a pa la ideología de género. Incluso ha introducido nuevos conceptos lingüísticos como la paridad.

Jesús Trillo insiste en que el PSOE entero está dominado por un lobby feminista. El autor distingue entre socialistas feministas, como Matilde Fernández, y feministas socialistas, como Carlota Bustelo. El citado *lobby* está encajado en el partido desde hace décadas. En 1977, el PSOE, por medio de Carmen García Bloise, ayudó a Elena Arnedo, primera esposa de Miguel Boyer, a organizar y abrir el primer centro de planificación familiar, al que se le puso el nombre de Pablo Iglesias. Después de las elecciones municipales de 1979, los Ayuntamientos socialistas y comunistas establecieron cientos de estos centros por toda España, en los que se distribuían condones e ideas.

En 1988, las feministas consiguen en el trigésimo primer congreso del PSOE, una cuota obligatoria del 25% de los cargos del partido reservada para las mujeres. Una de las mujeres que promovió y celebró este acuerdo fue Carmen Romero, esposa de Felipe González.

En el trigésimo cuarto congreso del partido, en 1997, con Joaquín Almunia como secretario general, se aprueba el principio de paridad, del que Trillo afirma que “ha sido objetivo fundamental del feminismo para

obtener el poder en el partido”. En ese congreso, un joven diputado de 37 años de edad, José Luis Rodríguez Zapatero, se incorporaba a la Ejecutiva Federal. La secretaria de Participación de la Mujer la ocupa Micaela Navarro, que alinea y agrupa a todas las mujeres que desempeñan cargos orgánicos y públicos. En este *lobby* aparecen Carmen Alborch, María Teresa Fernández de la Vega y Carlota Bustelo.

En la lucha por el poder dentro del PSOE, el *lobby* feminista decide apoyar a Zapatero. Éste se da cuenta de que puede disponer de un grupo que moviliza o representa al 40% de los cargos del partido, y se convierte al credo feminista. En el trigésimo quinto congreso del PSOE (julio de 2000), Zapatero cita el feminismo en su discurso de presentación.

El mayor éxito del *lobby* ha sido la formación de un Gobierno con igualdad de ministros y ministras. Por el momento están a las órdenes de un hombre, pero todo puede cambiar.

La ideología de género se está expandiendo de una manera incontenible por toda España, a través de las diferencias de partido. Juan José Ibarretxe también se jacta de presidir un Gobierno paritario. Hasta el PNV dice suscribir la igualdad de la mujer cuando en su órgano dirigente, el Euskadi Buru Batzar, de los 14 puestos sólo dos los ocupan mujeres. Pero lo importante es aceptar el discurso dominante e imponérselo a la sociedad. Lo importante es el titular del periódico.

Otro éxito del *lobby* feminista, consecuencia de su ascendiente sobre el Superhéroe Progresista ha sido el mal llamado *matrimonio homosexual*.

¿Por qué esta insistencia de los homosexuales y las feministas en obtener el matrimonio, cuando hace unos pocos años lo consideraban una institución burguesa y clerical totalmente prescindible para ellos? En 1988, en *Diario 16* se publicó un comentario de un libro de Shere Hite en el que se escribía:

*“La conclusión de que el matrimonio es una institución maravillosa para los hombres pero no para las mujeres es ya conocida y aceptada en círculos académicos bien informados”.*

Entonces, ¿por qué DIGNIFICARLO con la inclusión de los homosexuales? Pues porque estamos ante la destrucción por las leyes y el lenguaje de la antropología humana, queridos progenitores A y B. Y no estamos más que al principio de la creación del hombre nuevo. Éste antes era socialista; ahora será un ente andrógino, sin sexo pero con género. Los modelos de la ideología de género los tenéis en esos programas infectos presentados por un hombre apuesto y homosexual y una mujer operada y liberada.

Comenzamos esta charla con un elogio a la valentía y el acierto de la Academia en su informe sobre la expresión VIOLENCIA DE GÉNERO. Por desgracia, no podemos felicitar a la institución por su aceptación de la ideología de género en los últimos años.

Hablo, en concreto, de la acomodación de varias palabras de uso frecuente por los políticos y los periodistas al vocabulario paritario. Así, juez y concejal han dejado de ser sustantivos de género común, en los que el género lo da el artículo o el pronombre; ahora son exclusivamente masculinos. Los femeninos son JUEZA y CONCEJALA, que antes describían únicamente, y de modo casi despectivo, a las esposas del juez y la concejal. He aquí en metáfora las consecuencias de la ideología de género. Donde había armonía y acuerdo, se crea diferencia y malestar. Por todo ello, creo que nosotros, desde nuestros modestos puestos, hemos de enfrentarnos a este feminismo.

Siquiera por recuperar la paz social... Nada más.

# Breve descripción del concepto de yihad y de su extensión a la mujer suicida en el discurso terrorista islamista

Ricardo Ruiz de la Serna

## 1. Introducción

El Corán se presenta como la continuación del mensaje de Alá a los hombres, y así comprende y perfecciona todos los anteriores mensajes proféticos. De esta forma, la relación de los musulmanes con las restantes religiones, y en particular con el cristianismo y el judaísmo, debe ser de paz y tolerancia, no de enfrentamiento armado. Esta exigencia de paz se hace extensiva incluso a los pueblos que profesan el politeísmo, dado que pueden hacerlo porque nadie les predicó el Islam<sup>1</sup>. Así lo señala el Corán (sura 9, ayat 6):

*(6) Y si alguno de aquellos que atribuyen divinidad a otros junto con Alá busca tu protección, concédesela, para que tenga ocasión de escuchar [de ti] la palabra de Alá; y luego hazle llegar a donde esté seguro: esto, porque [pueden ser] gentes que [pecan sólo porque] no conocen [la verdad].*

Así, el punto de partida, desde la perspectiva del Islam, en su relación con los no musulmanes no es la lucha, sino la tolerancia que, a veces, se ha interpretado como una ciudadanía de segunda clase (entendiendo como tal el concepto de *dhimmi*).

A lo largo de las páginas siguientes, describiremos brevemente el concepto de yihad y la ampliación de la figura del shahid a la mujer suicida en el discurso terrorista islamista.

## 2. La batalla de Badr

El episodio de la batalla de Badr resulta relevante en el Islam porque –hasta ese momento– los musulmanes habían soportado los ataques de sus adversarios sin responder a ellos. Sin embargo, al poco tiempo de estar en Medina, el Profeta recibió una revelación como se dice en el Corán (22, 39-41):

*(39) LES ESTÁ PERMITIDO [combatir] a aquellos que son víctimas de una agresión injusta<sup>57</sup> - -y, ciertamente, Alá tiene en verdad poder para auxiliarles-- : (40) aquellos que han sido expulsados de sus hogares, contra todo derecho, sólo por haber dicho: “¡Nuestro Sustentador es Alá!”  
Pues, si Alá no hubiera permitido que la gente se defendiera a sí misma unos contra otros, [todos] los monasterios, iglesias, sinagogas y mezquitas --en [todos] los cuales se menciona el nombre de Alá en abundancia-- habrían sido [ya] destruidos.  
Y Alá, sin duda, ha de auxiliar a quien auxilia a Su causa: pues, ciertamente, Alá es en verdad fuerte, todopoderoso, (41) [consciente de] aquellos que, [aun] cuando los establecemos firmemente en la*

<sup>1</sup> Dejamos de lado la relación con los apóstatas, que para el Islam cometen un crimen gravísimo.

*tierra, son constantes en la oración, dan limosna, ordenan la conducta recta y prohíben la conducta inmoral; y a Alá se remite el desenlace de todos los asuntos.*

Así, los musulmanes resuelven defenderse de las agresiones y –tras algunas escaramuzas como el combate de la caravana de Abu Sufián- el ejército mequí y el de los musulmanes libraron la batalla de Badr. En ella, Alá ayudó a los musulmanes (Corán, 8, 17-20):

*(17) Y no obstante, [Oh creyentes,] no fuisteis vosotros quienes matasteis al enemigo,18 sino que fue Alá quien les mató; y no fuiste tú quien arrojó [el terror dentro de ellos, Oh Profeta], cuando lo arrojaste, sino que fue Alá quien lo arrojó:19 y [Él hizo todo esto] para probar a los creyentes con una prueba saludable ordenada por Él.20 ¡En verdad, Alá todo lo oye, es omnisciente!*

Así, los ángeles lucharon del lado de los musulmanes contra el ejército de La Meca (Corán 8,9-12):

*(9) He aquí que implorasteis el auxilio de vuestro Sustentador, y entonces Él os respondió: “¡En verdad, os auxiliaré con mil ángeles, unos detrás de otros!” (10) Y Alá dispuso esto sólo para que fuera una buena nueva y para tranquilizar con ello vuestros corazones --pues el auxilio no viene sino de Alá: ¡ciertamente, Alá es todopoderoso, sabio! (11) [Recuerda] cuando Él hizo que se adueñara de vosotros una calma interior, como una garantía Suya, e hizo descender sobre vosotros agua del cielo para purificaros con ella y liberaros de los susurros de Satán, fortalecer vuestros corazones y afirmar así vuestros pasos.*

*(12) He aquí que tu Sustentador inspiró a los ángeles [para que transmitieran Su mensaje a los creyentes]: “¡Estoy con vosotros!” [Y ordenó a los ángeles:] “Y dad firmeza a los que han llegado a creer [con estas palabras Mías]: ¡Infundiré el terror en los corazones de los que insisten en negar la verdad; golpeadles, pues, en el cuello, [Oh creyentes,] y golpeadles en todos sus dedos!”*

Así, el ejército de La Meca fue derrotado por los musulmanes, que habían decidido reaccionar a las agresiones y defenderse. Debemos señalar que en este episodio encontramos algunos de los rasgos más significativos del Yihad: se trata de una lucha defensiva y amparada por Alá, que no abandona a los musulmanes.

De esta forma, el Corán legitima la lucha armada en defensa de la fe y de aquí vendrá uno de los dos sentidos que veremos del término Yihad.

### 3. El concepto de Yihad

Yihad significa esfuerzo. Se trata de una palabra mencionada numerosas veces en el Corán y tiene dos acepciones. Por una parte, designa el esfuerzo del musulmán por luchar contra sus defectos, es decir, el esfuerzo interior por ser un buen musulmán y no un hipócrita. Recordemos, en este sentido, que el Corán censura con la mayor dureza al musulmán falso en la práctica del Islam. Por otra parte, yihad significa también la lucha defensiva por la causa del Islam, y se la considera menor que la anterior. En este sentido, observaremos que la pequeña yihad o yihad exterior no es necesariamente armada ni siempre es violenta. Se configura como un último recurso en defensa de los oprimidos y de aquellos a quienes se impide vivir el Islam, y el Corán señala los casos en los que procede y las circunstancias que han de darse para que se desencadene y para que cese.



## 4. La gran Yihad o Yihad interior

Como señalábamos más arriba, la pequeña yihad o yihad del alma (yihad an-nafs) es el esfuerzo interior del musulmán por ser mejor, por ser un buen creyente y vencer sus más bajas pasiones. Es una lucha espiritual del hombre en pos de vivir conforme a su naturaleza y apartarse de la degeneración y la impiedad.

El asunto de la gran yihad ha gozado de la atención de los místicos y los investigadores de la oración en el Islam. Se trata de la lucha contra todas aquellas cosas que pueden extraviar o corromper el alma del musulmán y alejarlo del Islam. Es, de esta forma, al mismo tiempo, un enfrentamiento con el *infiel* que todo el mundo lleva dentro, pero también una búsqueda de la forma de vida más verdadera, más auténtica.

Así, el mal puede ser derrotado y es posible *vivir de otro modo* a la luz de la *fitnah* en la cual fuimos creados. Así, con el esfuerzo personal y la misericordia de Alá –y en este sentido todo progreso en la yihad le debe ser agradecido porque sólo es un don suyo- es posible salir del error y la imperfección del mundo.

De esta forma, la gran yihad supone una buena noticia para el hombre porque no existe ninguna culpa metafísica que deba sobrellevar y es un don porque es posible que el hombre supere así sus vicios y defectos y se reencuentre con su naturaleza. Si no pudiera ser así, esta carga sería para él insoportable y sólo ha de soportarla el Diablo (Corán 38: 71-85):

(71) *[Pues,] he ahí, que tu Sustentador dijo a los ángeles: “¡Ciertamente, voy a crear un ser humano de arcilla;*

*(72) y cuando lo haya formado por completo y haya insuflado en él [algo] de Mi espíritu, caed postrados ante él!”*

*(73) Entonces, los ángeles se postraron todos juntos,*

*(74) excepto Iblís, que se mostró arrogante, y se convirtió [así] en uno de los que niegan la verdad.*

*(75) [Alá] dijo: “¡Oh Iblís! ¿Qué te ha impedido postrarte ante ese [ser] que he creado con Mis manos? ¿Eres demasiado orgulloso [como para inclinarte ante otro ser creado], o eres de los que se creen superiores [a todos]?”*

*(76) [Iblís] respondió: “Yo soy mejor que él: Tú me creaste de fuego, mientras que a él lo creaste de arcilla.”*

*(77) Dijo: “¡Sal, pues, de este [estado angélico] –pues, ciertamente, eres [de aquí en adelante] un maldito,*

*(78) y Mi rechazo será tu merecido hasta el Día del Juicio!”*

*(79) Dijo: “¡Oh Sustentador mío! ¡Concédeme, entonces, una prórroga hasta el Día en que sean resucitados!”*

*(80) Respondió: “Así sea, en verdad: serás de aquellos a quienes se ha concedido una prórroga*

*(81) hasta el Día cuyo momento es conocido [sólo por Mí].”*

*(82) Dijo: “¡[Juro] entonces por Tu poder que, ciertamente, les induciré a caer en el error –*

*(83) [a todos] salvo a quienes de ellos sean realmente siervos Tuyo!”*

*(84) [Y Alá] dijo: “¡Esta, pues, es la verdad! Y esta verdad declaro: (85) Ciertamente, he de llenar el infierno contigo y con los que te sigan, todos juntos!”*

De esta forma, el esfuerzo es la opción de los creyentes que desean ser fieles a su fe y no desviarse. Esto fortalece su fe y los mejora espiritualmente. Así lo señala el Corán (29: 2, 3 6, 7):

(2) *¿PIENSAN LOS HOMBRES que [sólo] con decir: “Hemos llegado a creer”, se les va a dejar en paz, y que no serán puestos a prueba?*

(3) *Y en verdad pusimos a prueba a los que vivieron antes que ellos; y así, [también, serán probados los que ahora viven: y] Alá ciertamente tendrá constancia de quienes son los veraces, y ciertamente tendrá constancia de quienes están mintiendo.*

(6) *Así pues, quien lucha esforzadamente [por la causa de Alá] lo hace sólo por su propio bien: pues, en verdad, Alá puede prescindir de todos los mundos. (7) Y a quienes lleguen a creer y hagan buenas obras, ciertamente les borraremos sus malas acciones [anteriores] y, ciertamente, les recompensaremos con arreglo a lo mejor de sus obras.*

La oración, el recuerdo del Allah y las buenas obras son necesarios para luchar y vencer en la gran Yihad (Corán 13, 19-22):

(19) *¿PUEDE, ACASO, igualarse a quien sabe que lo que se ha hecho descender sobre ti por tu Sustentador es la verdad, con quien está ciego?*

*Sólo quienes están dotados de perspicacia tienen esto presente: (20) los que son fieles a su pacto con Alá y no rompen su compromiso;<sup>42</sup> (21) y los que mantienen unido lo que Alá ha ordenado mantener unido,<sup>43</sup> y sienten temor reverencial por su Sustentador y temen el funesto ajuste de cuentas [que aguarda a quienes no responden a Él]; (22) y los que son pacientes en la adversidad por anhelo de la faz de su Sustentador, y son constantes en la oración, y gastan en los demás, en secreto y públicamente, de lo que les proveemos como sustento, y [los que] repelen el mal con bien*

## 5. La pequeña Yihad o Yihad exterior

### a. Concepto

Como decíamos más arriba, junto a la gran Yihad está la pequeña Yihad o Yihad exterior. Se trata de la lucha que el musulmán libra en defensa de la fe y de los oprimidos a quienes no se permite vivir humanamente. En este sentido, es una empresa de liberación. Se trata de una lucha que no es necesariamente violenta, pero que permite la violencia en determinadas circunstancias que fuerzan al musulmán a recurrir a ella. Recordemos que el Corán prohíbe la agresión pero permite la defensa violenta hasta que la agresión cese como en el episodio de la batalla de Badr.

En esta lucha, es posible alcanzar la redención mediante el sacrificio por la causa del Islam sin que esto suponga, nótese bien, el suicidio ni la matanza de inocentes. Al contrario, veremos que quien lucha en defensa del Islam no teme a la muerte pero ama la vida y es precisamente en ese abandono a la voluntad de Alá, que dará la vida o la muerte como recompensa al combate, el ejemplo de máximo de amor a la vida entregada a Su voluntad. Los caídos en la lucha son perdonados por sus malas acciones y la generosidad de Alá los recompensa<sup>2</sup>.

Notemos, no obstante, que la guerra está prohibida contra gente que no combate (Corán 2, 190):

*(190) Y COMBATID por la causa de Alá a aquellos que os combatan, pero no cometáis agresión --pues, ciertamente, Alá no ama a los agresores.*

<sup>2</sup> Debemos señalar, igualmente, que la posibilidad de la Yihad no excluye el perdón del agresor, que puede ser incluso más meritorio, pero este perdón no es obligatorio.

La lucha ha de cesar tan pronto como cesa la agresión (Corán 2, 192-193; 208-209; 8: 61):

*(192) Pero si cesan --ciertamente, Alá es indulgente, dispensador de gracia.*

*(193) Por tanto, combatidles hasta que cese la opresión y la adoración esté consagrada por entero a Alá; pero si cesan, deben acabar todas las hostilidades, salvo contra aquellos que [deliberadamente] hacen el mal.*

*(208) ¡Oh vosotros que habéis llegado a creer! Someteos por entero a Alá, y no sigáis los pasos de Satán: pues, ciertamente, él es enemigo declarado vuestro. (209) Y si caéis en el error después de todas las pruebas evidentes que habéis recibido, sabed que, ciertamente, Alá es todopoderoso, sabio.*

*(61) Pero si se inclinan a la paz, inclínate tú también, y confía en Alá: ¡en verdad, sólo Él todo lo oye, todo lo sabe!*

El Corán menciona en diversas ocasiones la posibilidad de esta guerra defensiva y señala sus requisitos.

## b. Requisitos

No toda lucha armada es Yihad, y el Corán señala qué requisitos han de darse para que la lucha armada sea lícita.

En primer lugar, debe ser una guerra proporcional y limitada moralmente. Queda excluido el concepto moderno de *Guerra Total*. El creyente lucha por la causa de Alá y, por tanto, debe entregarse a él pero aceptando los límites que el propio Alá ha puesto para el enfrentamiento armado (*Corán 2, 192-193; 208-209; 8: 61*):

*(192) Pero si cesan --ciertamente, Alá es indulgente, dispensador de gracia.*

*(193) Por tanto, combatidles hasta que cese la opresión y la adoración esté consagrada por entero a Alá; pero si cesan, deben acabar todas las hostilidades, salvo contra aquellos que [deliberadamente] hacen el mal.*

*(208) ¡Oh vosotros que habéis llegado a creer! Someteos por entero a Alá, y no sigáis los pasos de Satán: pues, ciertamente, él es enemigo declarado vuestro. (209) Y si caéis en el error después de todas las pruebas evidentes que habéis recibido, sabed que, ciertamente, Alá es todopoderoso, sabio.*

*(61) Pero si se inclinan a la paz, inclínate tú también, y confía en Alá: ¡en verdad, sólo Él todo lo oye, todo lo sabe!*

La Yihad debe declararse después de haber ofrecido a los agresores tres posibles alternativas: aceptar un pacto, convertirse al Islam o combatir con las armas en la mano. Notemos que, si no hay agresión, no cabe obligar a nadie a aceptar una de estas alternativas.

Encontramos estos límites en el hadiz que dice:

*“No los combatáis sino después de haberlos invitado a escoger. Si declinan vuestro ofrecimiento, no los combatáis antes de que hayan tomado ellos la iniciativa. Si la toman, esperad a que hayan matado a uno de vuestros hombres y mostradles el cuerpo del caído diciendo: ¿no hay mejor remedio que éste? Si Alá convierte a un solo hombre por nuestro ejemplo, valdrá más que dominar el mundo entero”.*

En la yihad, no es lícito matar a mujeres, ni a niños ni a ancianos, ni a lisiados, ni a enfermos mentales, ni a inválidos, ni a los mercaderes y agricultores, ni a viandantes y a transeúntes civiles ni a clérigos ni líderes religiosos. Esto viene recogido en diversos hadices, como los recogidos por el imán An Nawawi:

8

*Yahya me relató de Malik de Ibn Shihab que un hijo de Ka'b Ibn Malik (Malik creía que Ibn Shihab dijo que era Abdurrahmán Ibn Ka'b) dijo: "El Mensajero de Allah, que Allah le bendiga y le conceda paz, prohibió a aquellos que lucharon contra Ibn Abu Huqayq (un judío traidor de Medina) que matasen a mujeres o niños. Dijo que uno de los hombres que lucharon dijo: "La mujer de Ibn Abi Huqayq empezó a gritar y yo levanté varias veces mi espada contra ella. Entonces recordé la prohibición del Mensajero de Allah, que Allah le bendiga y le conceda paz, y me contuve. Si no hubiera sido por eso, nos hubiéramos deshecho de ella."*

9

*Yahya me relató de Malik de Nafi de Ibn Umar que el Mensajero de Allah, que Allah le bendiga y le conceda paz, vio el cadáver de una mujer muerta en uno de los ataques, y lo desaprobó y prohibió que se matase a mujeres y niños.*

10

*Yahya me relató de Malik de Yahya Ibn Sa'id que Abu Bakr as-Siddiq estaba enviando ejércitos a ash-Sham. Salió a dar un paseo con Yazid Ibn Abu Sufián que era el jefe de uno de los batallones. Se dice que Yazid dijo a Abu Bakr: "¿Montas o desciendo yo?" Abu Bakr dijo: "No montaré ni tu descenderás. Quiero que estos pasos míos vayan en el camino de Allah."*

*Luego Abu Bakr aconsejó a Yazid: "Encontrarás a un pueblo que dice haberse entregado totalmente a Allah. Déjalos con aquello a que dicen haberse entregado. Encontrarás a unas gentes que llevan afeitada la cabeza por el medio: golpea lo que tienen afeitado con la espada.*

*"Te aconsejo diez cosas: No mates mujeres o niños, o a una persona anciana o desvalida. No tales árboles frutales. No destruyas un lugar deshabitado. No sacrifiques ovejas o camellos excepto para comer. No quemes abejas ni las disperses. No robes del botín, y no actúes cobardemente."*

11

*Yahya me relató de Malik que él había oído que Umar Ibn Abd al-Aziz escribió a uno de sus gobernadores: "Nos ha sido transmitido que cuando el Mensajero de Allah, que Allah le bendiga y le conceda paz, enviaba una partida a hacer una incursión, les decía: "Haced vuestros ataques en el Nombre de Allah en el camino de Allah. Combatid a todo aquel que niegue a Allah. No robéis del botín, y no actuéis traidoramente. No mutiléis ni matéis a los niños." Decid esto mismo a vuestros ejércitos y partidas, si Allah quiere. La paz sea con vosotros."*

### c. La Yihad contra el gobernante injusto

Se admite que la yihad es un recurso lícito contra el gobernante injusto que oprime a los musulmanes, pero sólo como último recurso. En primer lugar, debe recurrirse a la resistencia pacífica ejerciendo sobre él presiones populares, políticas o culturales. A esto se asemeja hoy la denuncia ante la opinión pública y las instancias de derechos humanos. Sin embargo, si el gobernante injusto persiste en su actitud y gobierna a su pueblo por la fuerza de las armas, el gobernante pierde su autoridad legal y es legítimo combatir contra él. Este combate puede convertirse, incluso, en una obligación en la medida en que combatir contra la injusticia en un deber.

Así, As Seyyed Muhammad Fado Al-lah señala varios textos que confirman esto<sup>3</sup>:

*“Te he dado la responsabilidad para no oír las voces de los oprimidos y no dejaré las injusticias sin castigo, aunque sean kafirún”.*

*“Si alguno de vosotros ve un gobernante tiránico que transgrede las prohibiciones de Al-lâh, que traiciona su pacto, que contradice los actos de Rasulullah (s) y que administra los asuntos de los sirvientes de Al-lâh mediante la ofensa y la agresión, sin intentar de que cambie en su actitud, mediante las palabras o los actos, es entonces el deber de Al-lâh tratarlo como a él”.*

#### d. La figura del muyahid

El muyahid representa la máxima aspiración de un musulmán. El muyahid ama la vida, pero no teme a la muerte sino que ha trascendido sus miedos, sus limitaciones, sus inseguridades y vive la vida de la forma más intensa. En esta trascendencia, se manifiesta el mayor amor a la vida entendida según la *fitnah*, es decir, según esa aceptación de la propia naturaleza tras la purificación. Cuando el muyahid muere en la lucha, se convierte en un shahid, en alguien que ha entregado su vida por la causa de la yihad. Tradicionalmente, se entendía que el shahid era un varón que luchaba como guerrero en los ejércitos del Islam.

Existen diversos hadices que tratan la figura del shahid. Por ejemplo, he aquí algunos de los recopilados por An Nawawi, en los que se muestra precisamente la dualidad del amor a la vida del shahid y la serenidad y falta de miedo ante la muerte:

27

*Yahya me relató de Malik de Abu'z Zinad de al-Araj de Abu Huraira que el Mensajero de Allah, que Allah le bendiga y le conceda paz, dijo: “¡Por Aquél en cuyas manos está mi ser! Me gustaría morir luchando en el camino de Allah, y ser devuelto a la vida luego para ser muerto de nuevo.” Abu Huraira dijo tres veces: “¡Doy testimonio de ello por Allah!”*

*Yahya me relató de Malik de Abu'z Zinad de al-Araj de Abu Huraira que el Mensajero de Allah, que Allah le bendiga y le conceda paz, dijo: “Allah se ríe por dos hombres. Uno de ellos mata al otro, pero ambos irán al Jardín: uno lucha en el camino de Allah y muere, luego Allah se vuelve al que lo mató, de forma que lucha (en el camino de Allah) y muere a su vez mártir.”*

29

*Yahya me relató de Malik de Abu'z Zinad de al-Araj de Abu Huraira que el Mensajero de Allah, que Allah le bendiga y le conceda paz, dijo: “¡Por Aquél en cuyas manos está mi ser! Ninguno de vosotros es herido en el camino de Allah, y Allah sabe mejor quién es herido en Su Camino, sin que cuando llegue el Día del Levantamiento, salga sangre de su herida. Tendrá el color de la sangre, pero su olor será el del almizcle.”*

30

*Yahya me relató de Malik de Zayd Ibn Aslam que Umar Ibn al-Jattab solía decir: “¡Oh Allah! ¡No permitas que me mate la mano de un hombre que haya hecho una sola sayda ante Ti con la cual podría disputar conmigo ante Ti en el Día del Levantamiento!”*

35

*Yahya me relató de Malik de Yahya Ibn Sa'id que Umar Ibn al-Jattab dijo: “La nobleza del mumin es su taqwa. Su din es su noble estirpe. Su hombría es su buen carácter. La audacia y la cobardía son sólo instintos que Allah pone donde Él quiere. El cobarde rehuye defender aún a su padre y a su madre, y el valiente lucha por el combate mismo, no por el botín. Ser matado es sólo una de las formas de*

<sup>3</sup> Cf. As Seyyed Muhammad Fado Al-lah: *Sobre el Yihad*, Pp. 2-3 en [www.webislam.es](http://www.webislam.es)

*encontrar la muerte, y el mártir es aquel que se entrega a sí mismo, esperando la recompensa de Allah.*

## 6. El papel de la mujer en la Yihad. La mujer como mártir

Quien muere en combate por la causa de Allah, como hemos visto, es considerado un mártir<sup>4</sup>. Dadas las circunstancias en que el Islam nace y se extiende, la mujer no entraba dentro de la idea de combatiente aunque la maternidad se configuraba como una forma de lucha en cuanto suponía dar guerreros para el Islam. Así lo señala David Cook:

*«The other interesting personality on this list is the woman who dies in childbirth. In general women are not participants in jihad. The foundational tradition in this regard is cited by al-Bukhari, who quotes A isha (the Prophet Muhammad's favorite wife) asking: "O Messenger of Allah, since we see that jihad is the best of actions, can we [women] not fight? He answered: For you [women] the best type of jihad is a righteous hajj [pilgrimage to Mecca]"<sup>5</sup>. A number of other traditions are available that exclude women from the process of fighting, and it is rare to find Muslim women who fought actively in battle during the pre-modern period, although there are a few exceptions to that rule. But the above tradition opens the process of martyrdom to women and is extremely important, especially when one remembers that the percentage of women who died giving birth during the pre-modern period was extraordinarily high. Also, the childbirth martyrdom would glorify the act of giving birth, which does serve to augment the number of Muslims in the world (and presumably future fighters as well)»<sup>6</sup>.*

Esto ha cambiado, sin embargo, en la retórica de algunos grupos islamistas que, alejados de la distinción y de la complejidad del concepto de Yihad, han hecho del terrorismo suicida un arma estratégica en el contexto de una guerra asimétrica y no convencional. Igualmente han ignorado la condena del suicidio que en el Islam es clara.

El fenómeno de las mujeres suicidas es relativamente nuevo frente al de los varones, cuyos precedentes se remontan al siglo XI (recordemos a la secta de los Asesinos). Así, el primer atentado cometido por una suicida data del año 1985 y desde entonces se han repetido. En efecto, estos atentados ofrecen claras ventajas tácticas (la sorpresa, el pudor de registrar y cachear a una mujer) así como propagandísticas porque tiene un mayor impacto en la opinión pública y un efecto psicológico más profundo y duradero.

El ejemplo más claro es el de Ayat al-Akhras, que iba a casarse y se suicidó en un acto terrorista. Mathew Levitt resume algunos casos:

*Así, tenemos el caso de Ayat al-Akhras<sup>7</sup>, que se suicidó detonando la bomba adosada en su cuerpo en un mercado matando a uno de los guardias y a una adolescente israelí. El motivo, según su familia, era la desesperación ocasionada por la ocupación israelí. En cambio, otra mujer Cisjordania llamada Jala intentó también cometer un atentado de forma similar, pero esta vez movida por el deseo de escapar de su propia vida, marcada por los abusos de su marido y una paliza que le había inflingido*

<sup>4</sup> Utilizamos la traducción más extendida del término Shaid. Más allá de la similitud en el hecho de sacrificar la vida, no guarda mucha relación con la figura del martirio en el cristianismo.

<sup>5</sup> Al-Bukhari, *Sahih*, iii, p. 264 (nº. 2784).

<sup>6</sup> COOK, David: "Martyrdom in Islam", pp. 34, Cambridge University Press, New York, 2007.

<sup>7</sup> LEVITT, Matthew: "Hamás: Política, beneficencia y terrorismo al servicio de la Yihad", pp. 161, Belacqva, Barcelona, 2007.

uno de sus hermanos<sup>8</sup>. En ese mismo documental de National Geographic se entrevistaba a una adolescente palestina de Rafah que, tras observar cómo el ejército israelí había destrozado varios edificios en su pueblo, exclamaba: “Siento una cólera tan fuerte que incluso estoy dispuesta a volar en pedazos”.

Algunos poetas contemporáneos, como Ghazi al-Qusaybi han cantado a estas mujeres mártires precisamente como modelos de creyentes en comparación con todos los demás, hombres incluidos. Así, en el discurso radical la mujer suicida se eleva a la misma categoría que el varón que, históricamente, ha muerto en la defensa de la fe del Profeta. Veamos el texto del poema For the Martirs (*Li-l-shuhada*):

*God bears witness that you are martyrs; the prophets and friends [of God] bear witness.  
You have died so as to glorify the Word of my Lord, in the dwellings glorified by the Night Journey [of the Prophet Muhammad].  
Have you committed suicide?? [No,] we are the ones who have committed suicide in life, but our dead are alive.  
O people, we have died, so prepare to listen to how they eulogize us.  
We were impotent until even impotence complained of us, we wept until weeping had scorn for us.  
We prostrated until prostration was disgusted by us, we hoped until hope asked for assistance.  
We licked the shoe of [Israeli Prime Minister Ariel] Sharon until the shoe cried: Watch out, you are tearing me!  
We repaired to the illegitimate rulers of the White House, whose heart is filled with darkness.  
O people! We have died but dust is ashamed to cover us.  
Tell Ayat [al-Akhras]: O bride of the highest heavens, [We] ransom all beauty for your pupils.  
When champions are castrated, the choice [ones] of my people.  
Beauty confronts the criminal, she kisses death and laughs in proclamation –when leaders flee from death.  
Paradise opens its gates and is cheerful. Fatima the Splendorous [daughter of Muhammad] meets you!  
Tell those who embellished those fatwas [against suicide attacks]: Grant a delay. Many fatwas have heaven in an uproar.  
When jihad calls, the learned man is silent, the reed [pen], books, and the jurisprudents.  
When jihad calls, there is no asking for fatwas: the day of jihad is [a day of] flood.<sup>9</sup>*

Así, el paraíso se abre para la terrorista suicida Ayat al-Akhras y la convierte en la novia del más alto cielo, la propia hija del Profeta la espera.

Así, como señala David Cook, hay una reconstrucción de la figura del mártir, de ese guerrero amante de la vida pero no temeroso de la muerte, en clave femenina:

*«But even beyond these accusations, al-Qusaybi is clearly part of a reconstruction of the idea of Muslim martyr. Traditionally the martyr is greeted in heaven by the houris, the women of Paradise. Here, Ayat al-Akhras is welcomed into heaven, even though she does not have the male equivalent of the houri (of which there are none in the classical texts). She is herself the “bride of heaven”; she is going joyfully to her wedding day in heaven, although it is not clear to whom she will be married. This is the more poignant because Akhras was about to be married in her real life before she chose to commit suicide.*

<sup>8</sup> Documental de National Geographic: “Mujeres terroristas suicidas: morir para matar”.

<sup>9</sup> Ghazi al-Qusaybi, *Li-l-shuhada*, pp. 7-10; see also the translation at memri.org. Special Dispatch series n.º. 372 (April 25, 2002) (although I referred to this translation, the above is my own and follows the poem in al-Qusaybi’s published work, not the *al-Hayat* [April 13, 2002] version).

*Thus, in a number of different ways Ayat al-Akhras, through the interpretive lens of al-Qusaybi's poem, poses a challenge to classical Muslim martyrdom<sup>10</sup>».*

De este modo, el discurso islamista terrorista se aleja de la interpretación más tradicional de la yihad y del martirio.

## 7. Conclusión

Como hemos visto, yihad es un término complejo y dotado de dos sentidos distintos. Por una parte, designa la lucha que el musulmán libra en su interior por ser mejor musulmán; se trata de una lucha espiritual y es llamada la gran yihad. Por otra parte, yihad significa también una lucha armada defensiva contra el opresor y quien arremete contra los musulmanes. Se trata de una lucha reglada y que nunca debe plantearse como la única alternativa. Esta lucha debe cesar cuando lo haga la agresión y en ella deben respetarse los límites respecto a los no combatientes. Morir en la yihad no significa haber perdido el amor a la vida, sino haber perdido el miedo a la muerte.

Este concepto, que tradicionalmente excluía a la mujer, se ha extendido a ella en el discurso terrorista islamista porque las mujeres suicidas ofrecen ventajas tácticas y propagandísticas frente a los varones que venían cometiendo este tipo de atentados.

La figura de las mujeres terroristas suicidas son incluidas, así, entre los guerreros que gozan de la recompensa de Alá por haber dado su vida por causa del Islam elevándose a la altura de los mártires varones.

## Bibliografía básica:

1. El Mensaje del Qur'an, Muhammad Asad, Centro de Documentación y Publicaciones de la Junta Islámica, 2001.
2. Los Jardines de los Justos, Imam An-Nawawi, Centro de Documentación y Publicaciones de la Junta Islámica, 1999.
3. Armstrong, Karen: Maoma. La vida del Profeta; Tusquets, Barcelona, 2005.
4. Kufaro, Ahmad: El Islam y la tolerancia religiosa, en [www.webislam.com](http://www.webislam.com)
5. Paz, Abdul Karim: El Yihad y el uso de la Violencia en el Islam, en [www.webislam.com](http://www.webislam.com)
6. Escudero Toby, Yusuf: Yihad: concepto y límites, en [www.webislam.com](http://www.webislam.com)
7. As Seyyed Muhammad Hussein Fado Al-lah: Sobre el Yihad, en [www.webislam.com](http://www.webislam.com)

---

<sup>10</sup> COOK, David: "Martyrdom in Islam", pág. 161-163, Cambridge University Press, New York, 2007.





**CEU**

*Instituto de Estudios  
de la Familia*

*Universidad San Pablo*

## **Boletín de Suscripción**

Deseo recibir los próximos números de los Documentos de Trabajo de la Serie “Ámbitos de la Mujer” del Instituto de Estudios de la Familia de la Universidad CEU San Pablo:

Nombre y Apellidos .....

.....

Dirección.....

Población.....C.P.....País.....

Teléfono.....Correo electrónico.....

Instituto de Estudios de la Familia

Universidad CEU San Pablo

Julián Romea 23, 28003 Madrid

Tfno: 91 456 63 11 | Fax: 91 514 01 41

if@ceu.es, [www.ceu.es/usp/if](http://www.ceu.es/usp/if)





**CEU**

*Instituto de Estudios  
de la Familia*

*Universidad San Pablo*

## **Boletín de Solicitud de números atrasados**

Deseo recibir los números siguientes de los Documentos de Trabajo de la Serie “Ámbitos de la Mujer” del Instituto de Estudios de la Familia de la Universidad CEU San Pablo:

Nombre y Apellidos .....

.....

Dirección.....

Población.....C.P.....País.....

Teléfono.....Correo electrónico.....

Nº	Título
----	--------

.....	.....
-------	-------

.....	.....
-------	-------

.....	.....
-------	-------

.....	.....
-------	-------

Instituto de Estudios de la Familia

Universidad CEU San Pablo

Julián Romea 23, 28003 Madrid

Tfno: 91 456 63 11 | Fax: 91 514 01 41

if@ceu.es, www.ceu.es/usp/if



# **Instituto de Estudios de la Familia**

*Presidente*

José Luis Pérez de Ayala y López de Ayala

*Director*

Enrique Martín López

*Secretario académico*

José María Garrido Bermúdez

*Proyectos y Desarrollo*

Patricia Santos Rodríguez

*Administración*

Arancha Felipes Alonso

*Becarios*

Juan Meseguer Velasco

Jesús Romero Moñivas

## **Área de Terapia Familiar**

*Director*

Aquilino Polaino-Lorente

*Secretario académico*

Javier López Martínez

*Terapeuta asociado*

Gabriel Dávalos Picazo

## **Observatorio Universitario de la Mujer**

*Directora*

María de los Ángeles Varela Olea

## **Centro Universitario de Información y Salud Sexual**

*Directora Médico*

Dra. Ondina Vélez Fraga

*Médico adjunto*

Dra. Nieves Cano Linares

*Trabajadora social*

Isabel Lara Luque

**Resumen:** *Voces de la feminidad. Estudios de Literatura, Lingüística y Retórica* (vol. II), recoge los frutos de la investigación realizada por profesores del Área de Lengua y Literatura del Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala en las Jornadas “Voces de la feminidad. Estudios de Literatura, Lingüística y Retórica”. En él se abordan cuestiones de gran relevancia en consonancia con las materias de estudio propuestas, pudiéndose establecer dos módulos temáticos perfectamente diferenciados: los estudios de crítica literaria en torno a mujeres comprometidas con los tiempos en los que vivieron, como Elena Fortún, Simone Weil y Hannah Arendt, o en torno a la narración del descenso a los infiernos vivido durante el asedio y la caída de Berlín, relatado por una voz anónima (*Una mujer en Berlín*, Anagrama, 2005). Y estudios de carácter lingüístico en torno a la noción de género y sus relaciones con las teorías de sexismo lingüístico; o la manipulación de algunos términos, como el de yihad en el discurso terrorista islamista.

**Palabras clave:** sexismo lingüístico, criticismo literario, *Una mujer en Berlín*, José Jiménez Lozano, Simone Weil, Hannah Arendt, Woman’s sentence, género, feminismo, Elena Fortún, yihad.

**Abstract:** *Voces de la feminidad. Estudios de Literatura, Lingüística y Retórica* (vol. II), collects the research done by lecturers of the Language and Literature Area of the Angel Ayala CEU Institute of Humanities in the Conference “Voces de la feminidad. Estudios de Literatura, Lingüística y Retórica”. The work covers issues of great relevance in respect of women’s literature, linguistics and rhetoric and is divided in two well defined sections: the first, criticising both the literary works of women committed with the times in which they lived as Elena Fortún, Simone Weil and Hannah Arendt, and the narration of the descent to hell during the siege and fall of Berlin as narrated by an anonymous author (*Una mujer en Berlín*, Anagrama, 2005); and the second, comprising both linguistic studies on the genre notion and its relationship with the theories of linguistic sexism, and on the manipulation of some terms, such as yihad, in the terrorist Islamic speech.

**Keywords:** Linguistic sexism, Literary criticism, *Una mujer en Berlín*, José Jiménez Lozano, Simone Weil, Hannah Arendt, Woman’s sentence, Gender, Feminism, Elena Fortún, yihad.

Colabora:



**CEU**

*Instituto de Humanidades  
Ángel Ayala*

Instituto de Estudios de la Familia  
Universidad CEU San Pablo  
Julián Romea 23, 28003 Madrid, España  
Teléfono: +34 91 456 63 11 / Fax: +34 91 514 01 41  
if@ceu.es [www.ceu.es/usp/if](http://www.ceu.es/usp/if)